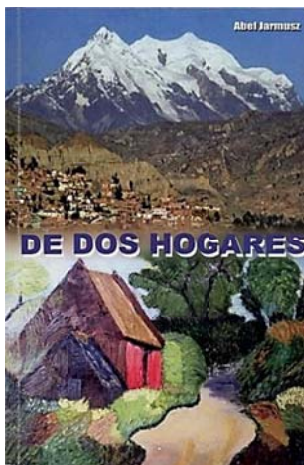




ABEL JARMUSZ

DE DOS HOGARES

Cuadros y Ensayos
Buenos Aires, 5725 – 1965

La publicación electrónica, diseño y diagramación de este libro, fue realizada en La Paz-Bolivia en el año 2007, por Abel Jarmuz Levy (nieto del escritor)

© Rolando Diez de Medina, 2016
La Paz - Bolivia

INDICE

ABEL JARMUSZ PINCELADAS BIOGRAFICAS
FOTOGRAFIAS
UN SENTIDO HOMENAJE A NUESTRO PADRE
SEMBLANZA DEL QUE FUE MI RECORDADO PADRE DON ABEL JARMUSZ TRAJBER
PROLOGO

1RA PARTE TIPOS Y CUADROS DE UN MUNDO MODERNO

- 1.- EN VÍSPERAS DE PESAJ
- 2.- FECHORÍA EN YOM KIPUR
- 3.- HUYENDO DEL EJÉRCITO ALEMÁN
- 4.- SE AHOGÓ EN LO DÍAS DE SLIJES
- 5.- QUEMARON EL PUENTE
- 6.- DON SHOUL EL "ENFERMERO MAYOR"
- 7.- DAVID ITZIK "EL DIRECTOR DE ESCENAS"
- 8.- DON YOSEF WOLF "EL COCHERO"
- 9.- EL ASESINO KOZELE
- 10.- SIMON EL PELIRROJO
- 11.- ABRAHAM YACOB BAND
- 12.- YEJIEL KLEZMER Y SU CONJUNTO
- 13.- SHOLEM EL SEPULTERO
- 14.- EL HOMBRE DE LAS LIMONADAS
- 15.- DE VISITA AL PUEBLO

2DA PARTE LA VIDA DE INMIGRANTE

- 16.- MOISHE EL INVÁLIDO
- 17.- SHOLEM TRAS UNA FAMILIA
- 18.- ¿POR QUÉ?

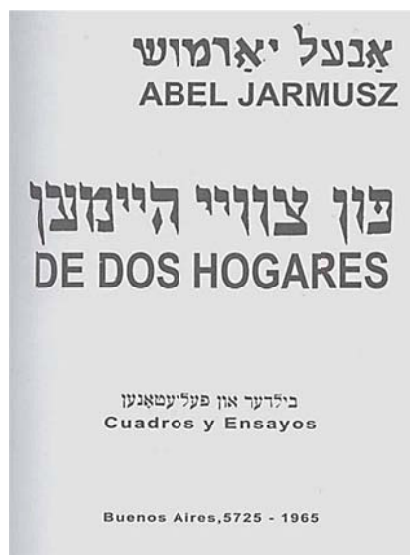
3RA PARTE ANECDOTAS HUMORISTICAS DEL PRIMER HOGAR

- 19.- CÓMO ENVIAR LIBROS DE POLONIA AL EXTRANJERO
- 20.- UNA VIVIENDA CON COMODIDADES
- 21.- ANÉCDOTAS DE UN RECIEN MUDADO
- 22.- MI COMPOTA QUEMADA
- 23.- PROBLEMAS CON LAS VISITAS DEL VERANO
- 24.- LIBRE COMO PAJARO
- 25.- UN ALMUERZO CON ARVEJAS
- 26.- UFF! LOS REMEDIOS
- 27.- EMPACANDO PARA EL VIAJE

4TA.PARTE ANECDOTAS SUDAMERICANAS

- 28.- VUELO CON EL "JET" DIRECTO A BRASIL
- 29.- VEO TELEVISIÓN... ESCUCHO TELEVISIÓN
- 30.- ME CONVIERTO EN CORREO A BRASIL
- 31.- PROBLEMAS POR MI FOTOGRAFÍA
- 32.- ME OCURRIÓ UN MILAGRO
- 33.- VOY A TOMAR BAÑOS TERMALES
- 34.- DEBO PERDER PESO
- 35.- CASI ME VOY AL OTRO MUNDO
- 36.- ME ENVÍAN LIBROS PARA QUE LOS VENDA

EPILOGO



La Comisión que hizo posible la publicación de

"DE DOS HOGARES":

- Jacobó Sapirstein
(Presidente del Círculo Israelita de La Paz)
- Yehuda Stopnicki
(Past President del Círculo Israelita del La Paz)
- Boris Grinstein
(Dirigente comunitario)
- Samuel Binjer
(Dirigente Comunitario de Cochabamba)
- Hans Mayer
- Samuel Isaac Brechner
- José Ajke
- Samuel Kenigsztejn
- Abraham Szurek
- Majer Kronenberg

Abel Jarmusz

PINCELADAS BIOGRAFICAS

Nacido en 1895 en el pueblo de Kolo (polonia) próxima a Kalisz a muy temprana edad tuvo que dejar los tradicionales estudios del Talmud para aprender una profesión. En proximidades, del estallido de la Primera Guerra Mundial encontrabase en Kalisz y sobrevivió al incendio de la ciudad por parte de la ocupación de tropas alemanas.

Su primer ensayo se produce en 1915 en el Semanario de Varsovia "La Voz de la Libertad". Con el artículo de humor "Judaísmo en la Provincia" comentado por los periodistas Fajguenboin y Grafmann empieza la carrera literaria del autor quien se especializa inicialmente en guiones cortos y artículos de humor y sátira.

En el año 1933 viaja como periodista acreditado a París a cubrir el Congreso Mundial Colonial y también fue invitado a visitar la Congregación Judía de Ginebra. Sus reportajes e impresiones fueron publicadas en el matutino de Varsovia, llamado "Nuestro Expreso" y también en una cadena de publicaciones provinciales.

En el año 1936 gana un concurso auspiciado por el matutino "Nuestro Expreso" sobre el tema *-sobreviviendo a la Primera Guerra Mundial-* la historia se concentra en el pueblo de Kalisz y relata las vicisitudes del incendio provocadas por las fuerzas de ocupación alemanas sin que estas tengan ninguna oposición por parte de la población.

En el año 1939 y en vísperas del estallido de la Segunda Guerra Mundial emigra el escritor de Polonia junto a su familia a su nuevo hogar: Bolivia. En esta se convierte rápidamente en corresponsal de la I.T.A. (agencia noticiosa de la época con sede en U.S.A.). Bolivia en ese momento era el único País que voluntariamente recibía refugiados judíos de Europa y gracias a reportajes telegrafados el mundo pudo conocer su situación en Bolivia.

En 1947 tomo parte en el primer Congreso de los Sobrevivientes Judíos Polacos que tuvo lugar en Nueva York.

Fue un dirigente Comunitario muy activo donde le cupo desempeñar durante 22 años ininterrumpidos la función de Secretario General del Círculo Israelita de La Paz.

Posteriormente sus artículos fueron publicados en diferentes medios de comunicación continentales entre los que podemos mencionar:

- "El Continente" de México
- Libro Aniversario de Judíos Polacos editado en Argentina
- Der Veig, (El Camino) Periódico Mexicano
- Dos Yddishe Vort (la palabra judía) Chile
- Paginas Literarias Ilustradas- Argentina
- El Momento Actual -Brasil
- The Yddishe Tzaitung (El Periódico Judío) -Brasil
- Haint Hoy -Uruguay
- Canader Adler (El Aguila Canadiense) –Canadá

Además de ser colaborador en otros medios de difusión en otros países.

Desde 1941 permanente colaborador de Die Presse (La Prensa) - Argentina

En 1964 y con motivo del próximo cumpleaños el septuagésimo del autor se constituye en Bolivia una comisión para agasajarlo, quienes deciden publicar la obra "De Dos Hogares" como un justo reconocimiento a su prolífica labor literaria y ante la necesidad de que quede un testimonio especialmente a su adoptiva Bolivia con quien siempre se identificó y llevo en lo más profundo de su corazón.



Año 1919 en Kolo – Polonia
De izquierda a derecha: Abel Jarmusz, Ayzik Hantfurzel y Aron Josef Ajke.

(Foto: Cortesía de Marek Ajke)



Un grupo de Dirigentes Comunitarios Pro Israel el año 1919, en Kolo-Polandia inclinado: Abel Jarmusz de pie el segundo de la derecha: Aron Josef Ajke.

(Foto: Cortesía de Marek Ajke)



Año 1919 Miembros de la Organización Sionista "Tzirei Sion" en Kolo-Polonia. 1ro de la derecha: Abel Jarmusz. 1ro de la izquierda: Aron Josef Ajke.
(Foto: Cortesía de Marek Ajke)



Año 1949, Abel Jarmusz delante de un cartel en el "desaparecido" Círculo Israelita, invitando a una disertación del Secretario sobre el tema "Comunidad Judía en la Rep. de Chile."
(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



En el año 1946 Fiesta de Janucá en el "extinto" Círculo Israelita de La Paz. Enciende la vela Don David Mandelbaum al lado Abel Jarmusz.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1965 Conmemorando el 30 Aniversario del Círculo Israelita, con la visita de Mark Turkow y dos antiguos fundadores Bernardo Giterson y Gregorio Kuschner.

(Foto: Propiedad de Jarmusz K.)



Compra y consagración del Cementerio Israelita de La Paz, que fue comprado y adquirido con los fondos de nuestros Padres, sería bueno que "las damas", "los foráneos y los jóvenes dirigentes del casi extinto Círculo Israelita" sepan que ese Campo Santo no les pertenece para que en forma "antojadiza" lo consideren su feudo personal.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Pronunciando el discurso en la colocación de la Piedra Fundamental del "extinto" Círculo Israelita en el año 1948, que fue construido con la compra de acciones que fue pagado con los peculios de nuestros Padres.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1952 Dirigentes Comunitarios del "inexistente" ya Círculo Israelita dan la bienvenida al Ministro Israelita Jacov Tzur.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Servicio Religioso en memoria de los 6.000.000 de Judíos asesinados en el Holocausto.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1947 Comisión Directiva del "otrora" Círculo Israelita.

Recibe la visita del Dr. Mibashan.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1949 La Comisión Directiva del "desaparecido" Círculo Israelita de La Paz.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1946 Moisés Senderei visita a la Colectividad en La Paz. El Delegado de Buenos Aires junto a Abel Jarmusz, Isaac Dziubek, Janette Scharerf y otros.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1949 Directiva del “desaparecido” Círculo Israelita de La Paz. Bajo la Presidencia del Salomón Cymerman.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1950, Aspecto de la construcción del “evaporado” Círculo Israelita, para lo cual los numerosos socios de otrora compraron acciones privándose de necesidades elementales.



Ex – Sede del Círculo Israelita, que hoy por hoy se esfumó como si fuera por arte de magia, a los accionistas al menor no se nos consultó...



30 de octubre de 1965, Abel Jarmusz inaugura con un discurso el 30 Aniversario del "desaparecido" Círculo Israelita de La Paz.



7 de Mayo de 1967, Abel Jarmusz en un discurso de Recordación del Levantamiento del Ghetto de Varsovia y en recuerdo a la Shoa.



Año 1946 de Izquierda a Derecha: Marek Ajke, Jacobo Jarmusz, Bluma Jarmusz y Aron Josef Ajke sentados en la Plaza Murillo.

(Foto: Cortesía de Marek Ajke)



Año 1948 de Izquierda a Derecha: Abel Jarmusz, Bluma Jarmusz, Ruth Kwacz y Aron Josef Ajke.

(Foto: Cortesía de Marek Ajke)



Año 1951 de Izquierda a Derecha: Marek Ajke, Lala Jarmusz y Jacobo Jarmusz.
(Foto: Cortesía de Marek Ajke)



Año 1964. Abel Jarmusz con los afamados artistas judíos Henry Gerro y Rosita Londner, el pianista Tanenbaun, Aron Josef Ajke y su esposa Sala.
(Foto: Cortesía de Marek Ajke)



Año 1936 Kaliz – Polonia
Bluma de Jarmusz, Jacobo Jarmusz y Abel Jarmusz
(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1943 Lala y Jacobo Jarmusz con sus padres
La Paz-Bolivia
(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1936 en La Paz – Bolivia
Lala y Bluma Jarmusz,
Sentado Jacobo Jarmusz
(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



25 de Mayo de 1947 La Paz – Bolivia Bienvenida de Ruth y Salomón Kwacz; la familia Jarmusz con la familia Gutfrajnd y Aron y Marek Ajke.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1944 en La Paz, Carnaval, disfrazadas de cholitas Lala Jarmusz, Sra. Fraida Gutfrajnd y Jacobo Jarmusz, Abel Jarmusz y Tobias Gutfrajnd oriundos de Kalisz-Polonia.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Año 1946, en La Paz, en un agasajo las familias Gutfrajnd y Jarmusz.

(Foto: Jacobo Jarmusz K.)



26 Marzo 1969:
Visita Bolivia el Ministro del Interior de Israel,
Dr. Joseph Burg junto al Embajador de Israel
Dr. Yahir Behar y el representante del
Círculo Israelita Sr. Jacobo Jarmusz.



Año 1973:
El Canciller de Bolivia, Dr. Romero junto al Sr. Jacobo Jarmusz delegado del Círculo Israelita en una recepción.



En la década de los años 70, el Círculo Israelita entrega al Presidente de Bolivia Gral. Hugo Banzer Suarez 2 ambulancias como donación, entrega el Sr. Jacobo Jarmusz al lado el Ing. Andrés Simon y el Sr. Bernardo Nelkenbaun.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



El Presidente de Bolivia agradece la donación del Círculo Israelita.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



La Señora Yolanda Prada de Banzer viene a una recepción realizada en el Hotel Libertador es recibida por el sr. Jacobo Jarmusz.



La Sra. Raquel de Jarmusz, recibe al Presidente de Bolivia Gral. Hugo Banzer Suarez y su señora Yolanda Prada de Banzer.



Año 1974. Visita Bolivia el Canciller de Israel Dr. Aba Eban, le entrega un presente el Sr. Jacobo Jarmusz.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



Sr. Schumel Hadas, Embajador de Israel en Bolivia junto al Jacobo Jarmusz en una recepción en la década de los años 70.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



En una recepción el Embajador de Israel en Bolivia Sr. Arie Avidor y Sra. Departen con el Monseñor Manriquez, Sr. Jacobo Jarmusz y la Sra. Lidia de Córdova.

(Foto: Propiedad Jacobo Jarmusz K.)



El Sr. Jacobo Jarmusz, el Embajador ante ALADI Sr. Alfonso Revollo y el Embajador de Bolivia en Uruguay Dr. Jorge Siles Salinas.



Una recepción en Montevideo año 1987 en la casa del Sr. Jacobo Jarmusz de izquierda a derecha: Lic. Carlos Mesa (Ex – Presidente de Bolivia), Sra. María Eugenia de Siles, Sr. Jacobo Jarmusz, Sra. Gaby Jordán Pando y el Embajador de Bolivia en Uruguay Dr. Jorge Siles Salinas.



Dra. Paula Peña historiadora cruceña, Lic. Carlos Mesa, Sra. María Eugenia de Siles, Sr. Jacobo Jarmusz y la Sra. Gaby Jordán Pando.

UN SENTIDO HOMENAJE A NUESTRO PADRE

(Remembranzas de Abel Jarmusz Trajber)

Alguna vez leímos que hay personas que se adelantan "a la cita" con la muerte y nuestro padre fue una de ellas que, efectivamente, se adelantó "a la cita".

Rendir un póstumo homenaje a nuestro progenitor parecería que fuese difícil, sin embargo no nos resulta tan complicado porque recuerdos imperecederos de su personalidad afloran en nuestras mentes y así tratamos de rescatar lo máximo de su libro **"DE DOS HOGARES"** y de varios centenares de sus artículos, para poder hacer realidad después de tantos años, nuestro anhelado proyecto.

Hace muchos años que nos propusimos traducir al castellano el libro **"DE DOS HOGARES"** escrito por nuestro Padre en idioma "Yiddish". Pese a que ambos somos buenos castellanistas y tenemos un perfecto dominio del Yiddish. Sin embargo fue una ardua tarea ya que el Yiddish es un idioma muy singular y muchas expresiones y/o palabras pueden tener diversos significados. Una traducción literal puede parecer despectiva y/o ser interpretada como ofensiva en el idioma español.

Fuimos avanzando, adecuando y corrigiendo lentamente el texto con la invalorable colaboración del joven intelectual boliviano Jacobo I. Cukierman.

El propósito de editar el libro de nuestro inolvidable Padre es promover su difusión y obsequiarlo a ese cúmulo de amigos que tenemos, tanto judíos, como aquellos que no lo son. Asimismo, para que nuestros hijos, nietos y los hijos de innumerables amigos de nuestros padres y las generaciones posteriores puedan leerlo y enterarse como fue la vida en los pequeños pueblos de Europa (Polonia), cuentos y anécdotas y vivencias de hace 90 a 100 años atrás. Es por esto que este libro esta dedicado a las siguientes personas: A su abnegada nuera nuestra querida Raquel Levy, a nuestros hijos: Ana, Isaac, Sari, Moisés, Helen Victoria, Beatriz, Abel José; a sus Bisnietos: Damián y Daniel Najman; Jonathan y Adrián Aizenstat; Ronit, Rajeli y Shiri Epstein; Nicole y Bernardo Jarmusz; Daniel y Sergio Rezvani; Karen Zyman y Andrea y Gabriel Jarmusz; a nuestros sobrinos nietos Benny, José Daniel y Ariel, hijos de nuestros siempre recordados primos Noemí y Sztasziek Kwacz (Z'L)

Jacobo y Lala Jarmusz Kohn

**SEMBLANZA DEL QUE FUE MI
RECORDADO E INOLVIDABLE PADRE
DON ABEL JARMUSZ TRAJBER**

Al evocar la figura del que fue mi querido Padre llegan a mi mente algunos pensamientos de Alcides Arguedas; "La vida solo vale y es bella cuando no la acompañan con sus nubes la injusticia" "hay que enseñar a ser justo y sentir hondo y pensar recto", creo que estos dos pensamientos del insigne escritor boliviano son una muestra palmaria de cómo vivía y pensaba mi Padre Abel.

Periodista, escritor y ensayista mi padre tenía una formación intelectual judía en Yidish, que siempre lo distinguió, especialmente durante todos los años que fue Dirigente Comunitario" Secretario General y accionista del inexistente Círculo Israelita de la Paz.

El nos dio siempre un ejemplo de entereza y calidad humana. Su pluma fue muy ágil y, a través de ella, hizo vivir a su familia, a sus amigos y, sobre todo, a sus innumerables y asiduos lectores sus relatos y emotividades sobre Kolo, Kalisz y Bolivia. Al evocar su memoria considero que las palabras son cortas y el idioma castellano me resulta pobre para poder expresar y describirlo.

Conservo el recuerdo de su probada inteligencia, señorío, don de gentes y la alegría que expresaba en sus infinitos artículos periodísticos. Con ese espíritu vocacional, mi padre supo ganarse el cariño y la amistad de todas las personas por sus enaltecidas virtudes de bondad, simpatía y honradez que derrochó generosamente a raudales.

En vida, humilde, lleno de nobleza y sacrificio, siempre se brindó a sus semejantes con sinceridad dando lo mejor de sí, sin esperar contraprestaciones.

Mi Padre amó mucho a esta hermosa tierra Bolivia, que fue la que le abrió las puertas de par en par. El acostumbraba decir: *"Todo lo que pudiera hacer por Bolivia me parece poco, en comparación de lo mucho que ella ha hecho por mí."* Una de sus más grandes emociones fue que sus 7 nietos y 12 de sus 14 bisnietos hubieran abiertos los ojos en esta tierra maravillosa y que sus pupilas hubiesen tenido por primera impresión la vista del majestuoso Illimani.

Al editar este libro, para que sea leído por mucha gente en el País y el exterior, no puedo dejar de pensar en los más caros anhelos de mi padre y su trabajo tesonero, de más de 30 años, en la construcción y creación del Círculo Israelita junto a otros abnegados fundadores y servidores que la edificaron con amor y determinación absolutas. Para ello, a tiempo de adquirir acciones del mismo y privarse de muchas cosas en su propia vida familiar, no escatimaron ni el esfuerzo físico.

En los años 1950 y 1960 fue merecedor de varios reconocimientos por parte de la Mesa Directiva del Círculo Israelita de La Paz, por su encomiable conducta y su colaboración a dicha institución en forma tan ejemplarizadora, que perdurará con este libro para muchas generaciones venideras.

Hoy, después de haber servido 30 años como dirigente comunitario y 26 años de ardua labor, observarnos con inocultable tristeza que muchos de esos logros fueron descuidados o simplemente echados por la borda por los jóvenes y noveles "dirigentes comunitarios". Pero tu dedicación, Padre mío, por más de dos décadas, al frente de la secretaria general, han dado ejemplo de entereza y rectitud; virtudes, hoy por hoy, casi desconocidas. Nuevas generaciones insensibles y carentes de toda tradición no han sabido asumir la posta, al punto de haber pasado por la hoguera las actas que tú, con tanto denuedo elaboraste en idioma Yidish, entre las décadas

de los años 40, 50 y 60. Tal oprobio simbolizaría una trasgresión inconcebible puesto que ellas constituían toda la historia de la primera emigración judía a este cálido País.

Sin el ánimo de distraer al amable lector del tema central de estas líneas, cual es destacar la proficua labor de mi Señor Padre; siguiendo ese viejo adagio que reza: "La pluma es más fuerte que la espada", y yo heredé de mi querido Padre esa pluma.

Por la obra que desplegó y como un servidor obsecuente y disciplinado del Ischuw (comunidad) paceña, considero infinita la tarea de escribir sobre la señera figura de Don Abel Jarmusz Trajber y aunque hoy por hoy, ni siquiera contamos con un Guía Espiritual en nuestra comunidad, estoy seguro que en esta ínclita ciudad de La Paz aún existirán aquellos que lo recuerden en los años venideros.

Para terminar deseo testimoniar mi gratitud a todas las personas que en forma tan noble me han colaborado para que este lejano sueño se haga realidad, a todos mis queridos amigos que, en forma continua y durante años, me han alentado para que no desmaye jamás y siga siempre adelante; un muy efusivo abrazo y cariños a mi querido hijo Abel José Jarmusz Levy quien realizó la publicación electrónica, armado de este libro y elaboración de la tapa; a mis hijos Sara, Moisés, Vicky y Bea, que también aportaron con su aliento en la publicación del libro y a mis nietos que me prometieron leerlo.

Al finalizar, deseo expresar mis agradecimientos y de todos los miembros de la Tercera Edad y de la edad de Oro, y especialmente de todas las personas que tenemos a nuestros seres queridos descansando en el Campo Santo de La Paz, al buen amigo y benefactor del Círculo Israelita Sender Aizencang, hijo del "TALMUD JAJAM" (sabio y erudito de las sagradas escrituras judías) REB, IEJIEL AIZENCANG (Z'L), por haber desplegado una titánica obra dirigida y financiada por el mismo, por los tan acertados trabajos de remodelación que efectuó en el Cementerio Israelita, al achicar las altas e intransitables gradas, por haber edificado un salón velatorio, por la construcción de baños, y por el departamento que cuenta con todas las comodidades humanas para los cuidadores, obra que jamás querían efectuar los jóvenes e inexpertos dirigentes del Círculo Israelita, los cuales ni siquiera destacaron de alguna manera esta generosa e imprescindible labor, y estos mal denominados "académicos" solo atinaron a mofarse de un benefactor de la talla del amigo Sender, deseo expresarte como amigo que a necios y mediocres simplemente no hay que hacerles caso y sigue siempre adelante amigo mío con tus obras de bien que redunden en beneficio de este "Ishuv" (colectividad), ya que ninguno de los jóvenes pseudos dirigentes no hicieron ninguna obra digna de encomia como la tuya, ya que lamentablemente solamente se han destacado en lo negativo y no como tu que siempre hiciste cosas positivas y un favor a la colectividad y a tus prójimos.

Lamentablemente amigo Sender, los que se auto titulan "Directores" de nuestras quebradas organizaciones son "Damas y Caballeros" foráneos que desconocen la vida comunitaria que formamos y realizamos durante más de 70 años en esta nuestra querida Bolivia.

Lamentablemente los últimos dos "Directores Institucionales" foráneos que tuvimos han colaborado muchísimo para la dispersión del otrora unido "Ishuv" (Colectividad) por sus actuaciones deslucidas pobres y mediocres por su exagerada altivez y petulancia porteña tratando de introducir modificaciones y reformas que mereció justificadamente el rechazo de la mayoría de la colectividad en los cuales han sembrado solamente desinterés y apatía, puesto que los mencionados "Directores Porteños" han tratado con sus desaciertos solamente justificar los excesivos emolumentos que perciben.

Ojala los que quedamos aún en esta colectividad mantengamos latente las esperanzas de que en un "Futuro Cercano" estaremos unidos nuevamente.

Sender amigo mío, perdona, olvida y réstale importancia a aquellas personas que por desidia y envidia te critican, ya que con todos sus diplomas, no han llegado siquiera a tus zapatos.

Un agradecimiento muy efusivo a un joven amigo, con el que pasamos muchas horas, Jacobo I. Cukierman, que ayudó en la corrección y compaginación e hizo el prólogo en forma admirable; asimismo al amigo Elías Banach, que colaboró en algunas correcciones de esta edición, un reconocimiento muy especial; al muy apreciado amigo don Álvaro Riveros Tejada, eminente escritor e intelectual Boliviano, que escribió el epílogo con su pluma tan sagaz y certera. También deseo agradecer a mi buen amigo el Periodista Luis Alcalá, por el aliento que durante muchos años me infundió para que publique este libro.

Gracias a mi amigo Marek Ajke, quien tuvo la amabilidad de proporcionarme fotos de nuestras dos familias, ya que nuestros Padres fueron amigos desde muy jóvenes en la otrora y vieja Polonia.

A mi adorada compañera de toda la vida Reiszle, mi mayor cariño y amor por la constancia y paciencia que siempre ha tenido conmigo y cuyo aliento ha sido, para mi, el pilar fundamental para que se haga realidad la impresión de este libro y de esta forma plasmar el sueño de tantos años.

Jacobo Jarmusz Kobn

PROLOGO

En 1930, había en el mundo 8 millones de personas cuya vida, costumbres y cultura, transcurrían alrededor del **Yiddish**, idioma nativo de Europa Central que fue el medio de comunicación de la población mayormente **ashkenazi** del pueblo judío. Sin embargo, casi un siglo después, intentar siquiera levantar un estimado sobre la población que aun habla esta lengua es algo muy difícil, ya que en la actualidad, es escasa la gente que se aferra a su práctica y probablemente esta lengua esté condenada a desaparecer.

Por eso, cuando Dn. Jacobo Jarmusz, hijo del autor del libro "**De Dos Hogares**", me invitó a tomar parte en la recta final de la traducción de esta obra, como así también a realizar su prólogo, no solo vi en ello un inmenso honor en el plano personal, sino que también vi la posibilidad de hacer un homenaje a mis queridos padres, **Wolf y Mirla Cukierman**, quienes, además fueron vecinos y amigos de **Dn. Abel Jarmusz**, autor de este libro. Agradecimiento, por haberme educado y transmitido todos sus conocimientos a través del encanto y la magia de la lengua yiddish. Asimismo, también poder rendir mi más sincero tributo a gran parte de un pueblo al que la barbarie y la esquizofrenia humana, pretendieron acallar en un holocausto, el cual definitivamente, nunca terminará de entenderse ya que sus heridas difícilmente cicatrizaran algún día.

"**De Dos Hogares**", nos relata en una serie de historias, el transcurso de la vida de Abel Jarmusz a traves de vivencias que lo impactaron y que posteriormente habrían de tener tanta influencia no sólo en su formación, si no también en etapas posteriores de su existencia. **Dn. Abel Jarmusz**, repartió su vida entre su natal Polonia de principios de siglo, donde su adolescencia y juventud transcurrieron permanentemente acompañadas bajo las sombras de la persecución y un futuro incierto. Su adoptiva Bolivia, devino en otra Patria que le extendió los brazos y le dió la oportunidad de desarrollar la segunda etapa de su vida, en un clima de paz que le permitió consolidar su familia e inclusive desempeñar una labor comunitaria desinteresada y fecunda.

Sus historias, tienen la típica picardía de un pueblo que, a pesar de las vicisitudes y de las libertades restringidas, siempre encontró la forma de disfrutar de la vida aunque sea en la adversidad.

"**De Dos Hogares**", al igual que las grandes obras de conocidos escritores en idioma Yiddish, como ser **Scholem Aleijem** o los hermanos **Israel Yehoshua** e Isaac **Bashevis Singer**, se inspiran permanentemente en personajes de su comunidad, vecindad, o inclusive familiares, para desarrollar temáticas que fueron importantes en su momento y en su época, y alrededor de las cuales giraba la vida en el pueblo ó **schtetel**. Los relatos son irónicos, y al mismo tiempo divertidos, con una carga de emotividad en todos ellos.

El libro también contiene historias dedicadas a la nueva patria Bolivia, con sorprendentes relatos que, para alguien llegado del viejo mundo, forman parte de una novedosa sociedad, tan distante en costumbres, como lo son las distancias geográficas entre ambas naciones.

Los restos de **Dn. Abel Jarmusz** descansan en **La Paz, Bolivia**, tierra a la que siempre llevo en su corazón, con eterna gratitud, por haberle permitido rehacer su vida y poder así realizarse como ser humano.

Finalmente, considero que el haberse traducido esta obra al castellano, es todo un acierto de la **familia Jarmusz**, porque si bien para los que aún quieren disfrutar de esta obra en su lengua original, el libro existe. Pero para que este legado pueda perdurar a través del tiempo, su traducción al idioma español fue más que importante, puesto que lamentablemente, al **Yiddish**, lengua tan especial en sus características, transportadora de tradiciones, creativa y única en sus expresiones y tan mordaz a la hora de maldecir, la cual fue parte integral de un pueblo por muchas generaciones, tristemente le queda un futuro muy incierto y quizás muy poco tiempo de vida.

Jacobo I. Cukierman
Un amante del Yiddish

טיפון און בילדער פון א פארשוונדענער וועלט

TIPOS Y CUADROS DE UN MUNDO MODERNO

EN VÍSPERAS DE PESAJ

Es un frío amanecer y mamá nos despierta muy temprano, pidiendo que nos pongamos en acción nos dice: *-es víspera de Pesaj y hay que quemar el jametz, y si Dios quiere, mañana podrán dormir hasta más tarde.* Pero cuesta, los ojos todavía se mantienen cerrados, el sueño aún nos domina profundamente y no dan ganas de levantarse, más no hay remedio, urge dejar la cama y vestirse.

Las pequeñas ventanitas que durante todo el invierno estuvieron completamente cerradas, finalmente se abren, y los trozos de algodón que las protegían del viento, cuelgan como flecos del mantel sabático. En medio de la habitación hay un recipiente de agua en el cual mamá lava la vajilla "jametz" (vajilla no apta para la Pascua), ella me pide ir por los cantos de la habitación con tal de no derramar migas de pan en el agua para la fiesta y así no contaminar la vajilla y también que no me sentara en el banco, en fin, en realidad, no tengo donde ubicarme. Mi madre empaca cuidadosamente la vajilla "jametz" para no ser usada durante ocho días completos. La caja que contiene los utensilios para la fiesta ya fue preparada, se encuentra abierta, y desde allí se pueden apreciar ollas, cacerolas, fuentes coloridas, calderitas y copas de vino que parecería que pidieran a gritos ser sacadas de allí, de esa incomodidad y hacinamiento en la cual se encuentran todo el año, como queriendo conocer y disfrutar de la vida, aunque sea tan solo por ocho días.

En el patio reina una alegre algarabía. La vieja paja, de la cuál se desprende un olor a humedad, es quitada de las repisas. No lejos de ellas se divisan majestuosos atados de paja fresca, listos para ocupar en cualquier instante su lugar. Y, mientras tanto, se sacude la ropa de cama con golpes suaves, haciendo salir plumas semeando la caída de copos de nieve en el invierno, se ventila la ropa, y la vecina, Hane, se encuentra simultáneamente haciendo lo mismo. Todos se desean un "Pesaj - Koscher" con la esperanza de llegar con buena salud al próximo año.

Don Yosef Wolf, el conductor, quien viaja dos veces por semana a la gran ciudad, hace un solo viaje en esta semana porque es Pesaj y según dice, no quiere sacrificarse trabajando hasta el último momento. El sol comienza a calentarnos con sus tibios rayos, los niños son los primeros en descubrir la libertad, salen al patio de pantaloncitos rotos y sin medias, van dando brincos en la paja. El recipiente de agua enseguida se transforma en barco, se escuchan gritos, discusiones y el ambiente se cubre con sus voces.

Don Hersch Kaiser, el sastre remendón del pueblo, se convierte durante cada fiesta en diseñador y experto en teñidos, amen de pintar y planchador, logra transformar la ropa vieja, dejándola nueva e irreconocible. Hoy, Erev Pesaj (víspera de Pesaj), comenzó su jornada en la madrugada, se halla parado al lado de una desgastada mesa, cuyas tablas de madera no conviven en paz, pues una de las tablas emerge varios centímetros mientras otra se hunde en igual proporción, como queriendo contrariarse entre ellas, de manera tal que no se puede hablar de "igualdad y hermandad" al mirarlas, pero Hersch Kaiser no le presta atención a estas nimiedades.

Sobre la mesa hay una tinaja con agua azulada destinada a teñir, y de tanto en tanto, Don Hersch moja su cepillo, lo sacude un poco, y lo pasa por los trajes de aquellos clientes que, por

diversas razones, no pudieron conseguir ropa nueva donde Don Pompe, el mejor sastre del pueblo. Debido a la tintura, las uñas de Don Kaiser ya se han tornado azules, y muchas veces pensamos que si las remojara un poco, tal vez podría sacar suficiente tinta como para teñir varias prendas. Los ojos de Don Hersch están rojizos, señal de la falta de descanso. Su segunda mujer Guitel, colabora con él, plancha, cose botones y entrega los trabajos. En *Yom Tov* -dice Don Hersch -*ya tendré tiempo de reponerme.*

Ayer papá, junto con Bulaj el cargador, trajeron matzot (pan ázimo) en una bolsa blanca, de la panadería de Don Mates. Luego de recibir su propina, el cargador nos deseó un feliz y kosher Pesaj y que el próximo año nos encuentre a todos vivos y sanos, retribuyéndole mi padre los mismos buenos deseos.

En nuestra callejuela se percibe la proximidad de la fiesta, se limpia y ordena en todas las casas, todos se preparan para el Pesaj, las vecinas consultan con mama acerca de la comida, cuántos almuerzos y cuantas cenas, y si el shabat cuenta. Se reparte el "jaroset", se comenta acerca de las compras en el mercado y también se cuentan algunos chismes.

Papá colabora para recibir el Pesaj en nuestra casa. Simultáneamente vigila la quema del jametz y nos insta a apresurarnos. Ya están dispuestos en la mesa del seder las hagadot (libros de pascua), listos para ser leídos. A ratos se asoma una que otra vecina para hacerle preguntas como por ejemplo: -*Don Yacov, ¿cuándo hay que quemar el jametz? Papá les contesta a todos por igual: -justa a las nueve en punto, así se dijo en la sinagoga,* exclama con satisfacción, como si con ello diera cumplimiento a algo muy importante.

En el transcurso del mediodía ya se puede percibir el aroma de los bocaditos fritos de piel de ganso, papas con "schmalz" (grasa de gallina) y un típico borscht de Pesaj. Inclusive el gentil zapatero de la callejuela Pintas, Antek Meltzer, quien sabe hablar iddisch, usa una barba parecida a la de los judíos, conoce a cada uno por su nombre, disfruta de la fiesta de Pesaj. Saboreando un trozo de matzá con borscht, también él de sea a sus vecinos judíos un Pesaj - Koscher y que lleguemos todos al próximo año vivos y sanos, incluyéndose él en este mismo augurio.

--- 0 ---

FECHORÍA EN YOM KIPUR

En la callejuela Pintas todos lo conocían, era un pequeño y ágil judío, de ojos pequeños y saltarines que se movían rápidamente de aquí para allá como si estuviesen compitiendo en una carrera de apuestas. Poseía una pequeña y rala barba y usaba un gorro sobre su movediza cabeza. Este era Don Ezriel Fischer, o Ezriel Yoniwitzer.

Su esposa Hene, la típica mujer judía sencilla, no se entrometía en sus negocios, solamente en ausencia de Ezriel, que con cierta frecuencia viajaba a la aldea cercana de Blischnie Wiesch para traer mercadería, ella se hacía cargo del puesto de pescado que tenían en el viejo mercado, al lado del ayuntamiento. Hene, una mujer obediente y discreta, nunca contradecía a su esposo, conocedora de su carácter irascible temiendo arriesgar su integridad física que a veces corría peligro.

Mordejai, su hijo, era un chico temible y mimado. Por ser hijo único (Ben Yajid) se le sobreprotegía y sobrealimentaba. En el "jeder" (colegio judío de la época) de Anshl Bik, no era precisamente un alumno destacado. Los jueves, cuando el resto de los alumnos del "jeder" ya conocían perfectamente la "sedre" (parte del Pentateuco asignada para la lectura semanal) de esa semana, Mordejai todavía lidiaba con su aprendizaje.

Teníamos doce años y pronto llegaríamos al Bar Mitzva, lo que nos convertiría en judíos adultos y responsables. Ya desde el año anterior habíamos ayunado, si bien no logramos hacerlo todo un día, al menos conseguimos prolongarlo hasta el mediodía. Este año, habiendo dejado atrás los doce años, decidimos ayunar todo el día en Yom-Kipur, como corresponde a un judío adulto, y así se lo hicimos saber a nuestros respectivos padres.

El ayuno lo sobrellevamos bien desde Kol-Nidrei hasta el final de la mañana del otro día. A la hora de la lectura, realizamos un paseo todos los alumnos del jeder a la fábrica de cerveza de Kowalski, allí donde los bomberos realizaban pruebas todos los domingos. Después, fuimos a pasear a orillas del lago del pueblo, y observamos a los pequeños pececillos que nadaban en él.

Los padres de Mordejai le dejaron a su Ben-Yahid, desde la víspera de Yom-Kipur, una porción de frutas: peras, manzanas y las deliciosas ciruelas alargadas, las que se guardó, como un judío adulto, para el momento de finalizado el ayuno y poder entonces disfrutarlas al terminar las plegarias, ya de regreso junto a los demás fieles, a su respectivo hogar. Sin embargo, la ansiedad y el hambre, comenzaron a mortificar a Mordejai, tentándolo a dirigirse hacia el lugar donde se encontraba el apetecible manjar, mirando a su alrededor, y convencido de que nadie lo observaba, saco rápidamente varias ciruelas y se las puso en la boca, seguidamente, y ya seguro de que su fechoría había pasado inadvertida, terminó de satisfacer su apetito con dos peras más.

Pero uno de nuestro grupo observaba cuidadosamente a Mordejai, ya que abrigaba ciertas sospechas acerca de él, tomando en cuenta que Mordejai miraba a diestra y siniestra demasiadas veces alrededor de él. Schevaj "benkart", que era quien lo observaba y obviamente lo sorprendió comiendo la fruta, sin pensarlo dos veces, fue donde Ezriel Fischer a contarle, lo que su hijo, la supuesta "joyita", había hecho. Como era de esperarse, se desencadenó el escándalo. Don Ezriel, enfurecido, comenzó a gritar, terminando por golpear a Mordejai. Los vecinos se congregaron para criticar a Ezriel.

La callejuela Pintas se convulsionó, y todos coincidieron en consultar al rabino Zilber acerca del castigo que debía ser infligido al jovencito. Así lo hicieron y el rabino dió su opinión y veredicto. Debido a que Mordejai no había cumplido aún los trece años, quedaba libre de castigo, por lo que no debía ser sancionado. Sin embargo, debía prometer solemnemente que, al cumplir los trece años y después de celebrar su Bar-Mitzvah, ayunaría como cualquier judío adulto y respetuoso de la ley.

HUYENDO DEL EJÉRCITO ALEMAN (Memorias de la Primera Guerra Mundial)

Sucedió a mediados del verano, un Shabat Najamú (el sábado en que se lee el capítulo Najamú) durante el primer año de la guerra. Mientras los días calurosos se sucedían y el sol descargaba toda su furia sobre el río Warta, donde navegaban pequeñas embarcaciones, a la entrada del jardín de la ciudad se encontraba, como siempre, el viejo Valenti, luciendo sus grandes bigotes, sosteniendo en la mano la rústica vara de madera, que utilizaba para evitar los posibles destrozos que la entrada de los pilluelos al jardín pudiera ocasionar. Daba la impresión de estar todo como siempre.

Hacía ya varios días que los diarios no llegaban al pueblo, pero si llegaban noticias de que verdaderamente la guerra había estallado. Pero eran los refugiados de Kalish, quienes llegaban al pueblo en forma masiva a pie y en diferentes tipos de carretas, los que se encargaban de esparcir el miedo. En las calles, grupos de personas hablaban de la guerra. Comentaban acerca de los impuestos con que los alemanes obligaban a los pueblos ocupados.

En el callejón Metim (el callejón de los muertos), al lado de la casa de Svikielski, se encontraba estacionado el carro del Rabino Ber Najman, en otra época tirado por tres caballos colocados a lo ancho, dos castaños y uno tordillo y en cuyo pescante se sentaba orgulloso y sintiéndose importante, el Rabino Yosef Wolf, cual capitán conduciendo su barco.

Y cuando la gran carreta entraba a la calle Kalish, abarrotada de personajes, las despedidas comenzaban una hora antes de la partida. Entre besos, lágrimas y buenos deseos secaban sus ojos y agitaban los pañuelos, como si sus seres queridos se estuvieran yendo al otro lado del mar. Hoy, la carreta permanece inmóvil, con sus dos varas mirando al cielo, como avergonzadas, y sus dos ruedas ensanjadas, dobladas y torcidas como un invalido sobre su único pie.

Los judíos se encuentran reunidos en la calle, charlando sobre política. La policía, identificada con brazaletes rojos en los brazos, vigila calles y esquinas, aconsejando no reunirse en grupos. Es mejor retomar a los hogares porque el enemigo alemán pudiera llegar en avión. Pero los judíos no acatan esa orden. ¿A quién deben escuchar y respetar? ¿A la Natchalstwe (policía) que está integrada por Hersch Yosef Blechner, Zalman Klezmer, David Itzik (el sastre chapucero), o al gentil ayudante Tengas de la cervecería Kowalski?

Sobre los escalones de la casa que pertenece al potentado del pueblo el Rabino Yosef Shatan, permanecen sentados algunos judíos, hombres de familia que cuentan historias y leyendas, una más terrible que la otra. Se habla de "Zapas", el ruso puerco y del pobretón austriaco, acerca de su brutalidad. Al enterarse de que en el grupo se encuentra alguien de Kalish, repentina e inesperadamente hay mucho más de que hablar.

En el "nuevo mercado", en la barra de Abraham Jacob Band, se encuentran algunos muchachos de esos que no le temen a nada, como Itzik Top, el ciego Bonem, Shaie Zeleznik, Wolf Tantzmaister, Haim Eli Majlak, Ozer Katzaf, Haim Iser Kuntzman, Schmuel Shed, Hersch Foier, Jacob Schmotszarsch y otros, toman cerveza, comen bocaditos de pollo e higaditos, mientras comentan anécdotas de la guerra ruso-japonesa acerca de oficiales, alcohol y mujeres.

Entre las plegarias del atardecer (Minja y Aravit) en el Beith Hamidrash (sinagoga), se habla de política de alto nivel. Allí quedó claramente demostrado que la guerra no puede durar mucho. Aquellos que estaban a favor de los rusos opinaban que entre rusos y alemanes llegarían a un arreglo. Los otros, en cambio, los partidarios de los alemanes, tenían una opinión diferente, daban a entender que Alemania, con seguridad, ganaría la guerra. Y esta idea la sostenía, sobre

todo, el Rabino Alter, el maestro de pueblo, que también daba clases particulares. Lo llamaban "Alter, comilón de cebollas" por su abierta afición a esta hortaliza.

Las palabras del Rabino Alter, el maestro, eran escuchadas con gran interés, ya que era considerado como persona culta y letrada. Leía los diarios y escribía con una letra cuidadosamente elaborada. Mantenía una lucha permanente con el Rabino, no ocultando su deseo de que este se marchara del pueblo. Pero este, debido a su tozudez, no le daba el gusto, rehusándose a abandonar el pueblo.

Una mañana, sin saber de donde ni de quién, como la noticia de que los alemanes se acercaban y se hacía imperioso huir del pueblo. Los judíos, hombres, mujeres y niños, se lanzaron aterrorizados a las carreteras con el temor y el pánico dibujados en sus rostros, dejando lo poco que tenían. Algunos, los más avezados, lograron sacar calderas o cacerolas, así como algunos panecillos para los niños. Se desplazaban a pie, envueltos en sus talitim (ropa de uso ritual para los varones), otros lograban abordar carretas, todos presurosos por llegar al pueblo más cercano, el cual se encontraba a 18 kilómetros de allí y así poder escapar de los alemanes.

Al anochecer, cuando finalmente llegaron, cansados y polvorientos, al pequeño pueblo, descubrieron que los alemanes se paseaban por el lugar desde hacía ya varias horas.

--- 0 ---

SE AHOGO EN LOS DIAS DE SLIJES

Quién en el pueblo no conocía a mi abuelo, el señor Ozer? El era de estatura mediana, tenía una nariz larga y huesuda, ojos verdosos y mirada dura, la cara con mucho vello, sobre el cual sobresalían dos cachetes como si fueran islas en el mar, sus cejas muy espesas nos infundían a nosotros los niños temor, pues nos imaginábamos que ojos como los suyos, rodeados de cejas tan pobladas, solo podían contener el ángel de la muerte...

Cuando yo lo "reconocí", el abuelo se acercaba a los ochenta años, sin embargo lucía muy jovial y vigoroso, además, todavía trabajaba ganándose su sustento. Vivía con nosotros desde que la abuela había fallecido. Durante el verano solía usar una bata de "tzeigienen" (tela rústica) de la época, cuyo color era muy difícil de captar, ya que oscilaba entre gris, verde y terminó siendo de color amarillento, su complemento era un gorro alto y botas anchas que lustraba con aceite todos los viernes el cual adquiría donde Leíe, la vendedora de aceites. Las botas brillaban y el aroma del aceite podía percibirse a una milla de distancia. Durante el invierno usaba una piel "dublane" que había adquirido a un campesino a un *precio* muy ventajoso. Su hondo sombrero de carnero que le llegaba *casi* hasta los ojos y su levitón con grandes franjas, eran parte de su vestimenta invernal, pero de las botas no se desprendía nunca, después de todo, eran la herencia de su padre.

El abuelo era comerciante, negociaba con pelos de cerdo, pieles de conejo y cuando Dios lo disponía, le enviaba una buena ganancia con dos ovejitas, o hasta un ternerito, entonces, el abuelo solía ponerse muy contento, sacaba el estuche de tabaco de los viejos tiempos y con dos dedos tomaba un haz de tabaco, cuya cantidad abastecería a medio minian⁽¹⁾, y que en un abrir y cerrar los ojos desaparecía en las anchas y grandes fosas nasales, sin quedar rastro del mismo, y así, quedaba inmutable como si nada hubiera pasado. En esos momentos, no quería atender a sus clientes "comerciantes", Yosef Puktach, Hertzke Parej y Lea "la pata" (apodo por su forma de caminar, balanceándose como un pato). Les pedía un precio muy elevado por sus mercancías. Ellos suplicaban: *-Don Ozer tome estos céntimos, no sea caprichoso nosotros también queremos ganar algo.*

Los viernes al mediodía, el abuelo se preparaba para recibir el shabat, Después de embadurnar sus botas con aceite, se bañaba para después dirigirse a la sinagoga, donde era honrado con la prioridad de encender las velas, costumbre que se mantuvo durante muchos años. Decía el "mamades" (oración anterior a los rezos) para más tarde darle la bienvenida al shabat.

Durante la semana, solía levantarse al amanecer y después de su aseo personal, tomaba su bolsita con el Talit y colocándola bajo su brazo se dirigía a la Sinagoga, casi enseguida, se escuchaba retumbar su pesado y fuerte paso en la callejuela empedrada. En la tranquilidad del amanecer, sus pasos como un eco anunciaban a los vecinos que el abuelo Don Ozer iba en camino a la Sinagoga. Muchas veces llegaba tan temprano, que ni siquiera el encargado Don Najman Kutcher, se encontraba allí. Entonces, el abuelo mientras esperaba su llegada, encendía el braserito para entrar en calor, y luego se sentaba a leer los *Salmo*s. Esa fue la rutina del abuelo en el pueblo durante muchos años.

Muy diferente era la abuela Roize, bondadosa, siempre sonriente, nos convidaba a todos sus nietos con frutas sabáticas, con las cuáles comerciaba durante el verano. Con ella nos sentíamos más libres y audaces, pero cuando el abuelo llegaba a casa, corríamos a un rincón, para después silenciosamente volver a nuestra casa. Cuándo la abuela Roize falleció, el abuelo vino a vivir con nosotros, obviamente, continuó conservando sus actividades y su "modus vivendi".

⁽¹⁾ Un Minian equivale a 10 varones judíos, mayores de 13 años. Cantidad mínima requerida para efectuar cualquier tipo de rezo

En la mañana realizaba sus transacciones en la aldea, regresando al mediodía al hogar, donde en los días invernales le esperaba una humeante sopa de remolachas (borscht) servida con papas ralladas y mucha pimienta, un manjar de su agrado. Después, venía Lea "la pata" y otros comerciantes y comenzaban los negocios al fulgor de la luz de la lámpara de pie plateado. Su rojiza claridad se expandía sobre la casa, ahuyentando las sombras de las paredes. El abuelo extraía de una bolsa la *mercadería*: un conejo relleno con paja, la piel de un ternero al cual extendía sobre el piso para apreciar su tamaño, y lo principal: un poco de pelo de cerdo. Entontes, comenzaba el regateo se ofertaba, se agregaba, para finalmente llegar a un acuerdo respecto al precio y la *transacción* quedaba cerrada.

Una vez, cierto amanecer de otoño en la época de Slijes (período de reflexión o solicitud de perdón en el calendario judío), el zeide se despertó tarde, serían cerca de las cinco, pero al abuelo le parecía demasiado tarde, y no pudo perdonarse el haberse demorado, porque ya no podría captar los primeros capítulos de los Salmos según acostumbraba. Rápidamente, se vistió y lavo, y taconeando sus botas que tenían herraduras, tomó su bolsita con el Talit y salió presuroso a la Singagoga. Nuestra casita se encontraba ubicada en la mitad de la callejuela. Hacia un lado se llegaba a la Sinagoga y hacia el otro, corría el río Warta, el cuál en la época del mes de Elul se tomaba más caudaloso y ancho.

Reinaba una profunda oscuridad en el pueblo prácticamente dormido. El abuelo en vez de dirigirse hacia la derecha, se equivocó tomando el de la izquierda, caminando pensativo y presuroso, y sin darse cuenta del ruido del Warta, siguió avanzando hasta que las aguas tumultuosas del río lo acogieron, y el ruido estruendoso de la caída de su cuerpo, sacudió la quietud del amanecer. Y otra vez volvió a reinar el silencio. En la mañana, sobre el agua flotaba una bolsita con su Talit, y todo el pueblo se enteró que el abuelo se había ahogado. Pasaron tres días hasta que los pescadores encontraron su cuerpo, el cual fue enterrado posteriormente según el rito judío. Su entierro tuvo lugar un día antes de la víspera de Rosh-Hashana. Fue un gran entierro, la gente se lamentaba, recordando y alabando su proceder en vida.

--- 0 ---

QUEMARON EL PUENTE

Es Rosh Hashana en el pueblo, el año nuevo de 1914. Llovía desde el amanecer, los rostros de la gente reflejaban amargura, el miedo se apoderaba de todos. Hacia más de tres meses del comienzo de la guerra y aún no se vislumbraba su final. Muchos habitantes del pueblo se presentaban a la reserva, sin la certeza de que volverían. El comercio estaba paralizado y las vidas corrían peligro. El sanguinario Mayor alemán Proisher, fue el causante de la destrucción de Cáliz y como consecuencia había muchos refugiados de esa ciudad en nuestro pueblo. También del frente ruso llegaban noticias desagradables, de los pueblos vecinos se escuchaban relatos pavorosos sobre los salvajes cosacos, relatos que nos hacían estremecer de miedo. En nuestro pueblo, los cosacos se encontraban, desde hacía ya varias semanas, relativamente tranquilos. Los judíos no se mostraban en las calles, principalmente durante las horas de la noche. En especial las mujeres y niñas permanecían en sus casas. Teníamos la esperanza de que los rusos abandonarían el pueblo uno de esos días, y mientras tanto, la persecución y el hostigamiento a los judíos continuaba.

De las calles Ostrowski, Pintes y Kalisz, llegaban judíos con los mantos y libros de rezo (Talitim y majzorim) bajo el brazo, camino al Beit- Hamidrash (sinagoga). Las mujeres marchaban con los majzorim y log Tjines (libros de rezo para facilitar la lectura de las mujeres), con velos de colores sobre sus pelucas, dirigiéndose a la sección femenina. Por el camino, mientras se deseaban unos a otros un buen año, los ojos se humedecían y la angustia oprimía el corazón.

El templo estaba abarrotado de gente, el rabino Rothband se encontraba en el pulpito, envuelto en su Talit de lana con bordados plateados. Entre el público habían intelectuales, gente de clase media, obreros, artesanos, agricultores y ciudadanos comunes todos con la vista hacia el este (en dirección a Jerusalem) oraban con entusiasmo las plegarias correspondientes y al mismo tiempo se convidaban mutuamente rapé, con lo que pretendían ocultar o, al menos ahuyentar, el miedo que los embargaba.

Después de Shajarit (rezo de la mañana), el cielo se aclaraba un poco, la lluvia cesaba, algunos jóvenes llegaban a la sinagoga a la hora en que se toca el shofar (Cuerno de carnero). El Jazan Oficiante del pueblo, había vuelto a Rusia, donde se encontraba su familia, al comenzar la guerra, y ahora su lugar lo ocupaba el shoijet (matarife) de Kladave, quien, con un grupo o coro "preparado", se disponía a rezar Musaf (lectura del medio día).

El shoijet, más que cantar, llora, los integrantes del coro lo apoyan. Por encima de todas las demás, se destaca la pequeña y fina voz del hijo de Tuvíe Zelezniak, la cual se asemeja a la de un canario.

Al shoijet lo acompaña el bajo Mendel Ezra, su voz retumba en el tiempo. Los rezos de los hombres están impregnados de lamentos y suspiros. Desde la sección femenina, se percibe un llanto que se aviva cuando el jazan entona el "Unetane Tokef": Quién vivirá, quien morirá, quien a causa de una espada y quien por una epidemia, con esto se evoca a la gente joven que murió de tifus... El ambiente es caluroso y sofocante. En el pasillo se encuentran algunos feligreses no tan devotos, como Zelig Lekejbaker, Jaim Izar Kuntzman y Hereshie Poyer. Conversan animadamente acerca de la guerra, quien ganara? También se comentan historias de guerra como de la conflagración bélica entre Rusia y Japón.

De pronto un terrible rugido interrumpe los rezos, la gente sale corriendo a la calle y todas las miradas se dirigen al cielo, donde se divisan dos aeroplanos alemanes que sobrevuelan el pueblo a baja altura. Se produce el caos. De la sección de mujeres salen empujando Rojl la Gavaite (la matriarca) y Jendl la Blejerin (la cerrajera). Ambas gordas como barriles, corren como patos apretando en sus manos los Majzorim. El pánico se torna cada vez mayor, cuando varios cosacos irrumpen en el patio de Reb Abrom Meier, el que realiza las inscripciones en las lápidas, y

vive al lado de la Sinagoga. Se quitan las armas del hombro, y comienzan a disparar hacia los aeroplanos. Se produce un gran tumulto, la gente sin terminar sus plegarias, se despliega desordenadamente, un mal presagio domina a todos.

Más tarde, después del medio día, traen a la comisaria rusa a un prisionero, un oficial alemán, quien tuvo que aterrizar en la aldea cercana de Blishnie Viesh.

Un numeroso público (aunque pocos judíos) se lanzo a la aldea para ver al oficial alemán y su aeroplano, el cual se hallaba dañado. Observaban maravillados la máquina, más al mismo tiempo, sentían miedo...

Esa noche la gente se acostó temprano. A media noche todo el pueblo fue despertado por ruidos y gritos: el cielo estaba rojizo y todo ardía en llama ¿es que se había prendido fuego al pueblo?

En unos pocos minutos, se conoció lo ocurrido. Los rusos huyeron ante el avance alemán, y como "despedida" incendiaron el gran puente de Varsovia.

Cientos de personas, en su mayoría judíos, corrían tirando baldes de agua sobre sus casas, para evitar que el fuego se propagara. Los cosacos montados en sus ágiles caballos, huían velozmente. Las lenguas de fuego se extendían sobre los gruesos maderos del puente de Varsovia, el cual durante decenas de años sirvió de nexo entre el pueblo y sus alrededores. El puente era un adorno, una joya para el pueblo. Siempre fue el punto de reunión y paseo para las parejas de enamorados y novios. También personas mayores solían disfrutar de los paseos sabáticos en el puente. Después de servirse el sabroso "cholent" (comida típica judía que se saboreaba los sábados) los señores con cadenas de oro colgando de sus chalecos y las señoras de grandes papadas y mucho porte paseaban por el puente de Varsovia en todas las épocas a lo largo del tiempo... Y ahora el puente estaba ardiendo. Muchachotes gentiles amigos de los cosacos, arrastraban partes negras quemadas que aún humeaban... Parecía como si a uno le cercenaran partes vivientes de su cuerpo. Con un barril de nafta y alquitrán se destruyó nuestro puente. Y al divisar el fuego a millas de distancia, uno sentía una punzada en el corazón, fue como decirle adiós a un viejo y buen amigo...

Al día siguiente "Tzom guedalie" (día después de Rosh Hashaná) al amanecer, los primeros guardias alemanes entraron marchando al pueblo haciendo gala de su acostumbrada prepotencia y altanería.

--- 0 ---

DON SHOUL EL "ENFERMERO MAYOR"

Había en nuestro pueblo un judío de baja estatura, con mejillas rojizas, un poco encorvado, con barbita puntiaguda y ojos de mirada alegre, siempre sonriente. Un judío devoto, que nunca faltaba a los rezos de la tarde (Minje Mariv). Ese era Don Shoul el enfermero.

Cuando lo conocí era ya un hombre de más de setenta años. A pesar de que en el pueblo había otro enfermero, Volkovich, o "Bekie", apodo por el que este era conocido, ya que al caminar por la calle solía silbar una tonada gentil, en el pueblo coincidían en dar más crédito al enfermero más antiguo, Don Shoul. Cualquier enfermedad que se declaraba en el seno de una familia judía, desde dolores de estómago, pasando por estreñimiento, migrañas, etc., era tratada por Don Shoul. Las mujeres religiosas lo bendecían, y sonándose la nariz levantaban los ojos al cielo exclamando: ¡Oh Dios querido!, si él es un médico, ojalá que nunca lo necesitemos.

El acostumbraba a utilizar tres remedios fundamentales: aceite de ricino, ventosas y enemas. Gracias a estos elementos milagrosos, curó a muchos pacientes y a muchísimos los puso "de pie" hasta que después de un tiempo se volvieron a enfermar.

Cuando llegaba a visitar a un enfermo, sacaba de su cajita negra los remedios y luego de examinar al paciente, le recetaba inmediatamente después uno de los tres, muchas veces dos, y, en un caso grave, los tres juntos. Para cualquier enfermedad, él siempre recomendaba un enema, por lo que en el pueblo se contaba la siguiente anécdota: una vez le llamó una mujer para que la atendiese, tenía un granito en la garganta y Don Shoul le recetó un enema. La mujer comenzó a reírse a carcajadas, el grano reventó, sanándose la mujer.

Cuando se le preguntaba a Don Shoul (nadie conocía su apellido) si se podría dar al enfermo un poco de caldo de gallina, él, acariciándose la barbita, contestaba en forma simple e ingenua, como era su estilo *-y bien, eso tampoco le va a perjudicar-*. Y cuándo se agregaba a la pregunta si quizá se le pudiera dar un poco de sopa de maíz, respondía que ésta, desde luego, no le iba a sentar mal. *-Té con limón tampoco le hará daño-*. A raíz de estas preguntas Don Shoul consiguió en el pueblo el bien merecido sobrenombre de "no puede hacerle daño"

Pero Don Shoul no se ofendía por ello. Continuaba recetando sus medicinas, deseando a sus pacientes pronta mejoría. Besaba la mezuzá ⁽¹⁾ y proseguía su camino con la cajita negra de medicamentos por las callejuelas judías del pueblo.

Don Shoul no había aprendido la práctica curativa en ninguna universidad. Tampoco había viajado al exterior a estudiar. Su padre había sido enfermero y Don Shoul heredó su oficio, el cual practicaba en el pueblo con mucho éxito. Y no solamente judíos usaban y apreciaban sus servicios, sino también los gentiles del pueblo le tenían gran estima. Muchas veces, el médico gentil Piatkowski solicitaba la presencia de Don Shoul, cuando se realizaba un consejo médico debido a un enfermo grave, para que este diera su opinión.

Además de la enfermería Don Shoul tenía también una peluquería en la calle de la Iglesia. En su puerta pendían tres chapas en las que decía: "Enfermero Mayor".

Los martes y viernes, cada semana, se realizaba en el pueblo una feria, donde los campesinos de las aldeas vecinas venían a vender sus productos. Entonces, mucha gente llegaba a la peluquería, lo que generaba mucho trabajo a Don Shoul. La hija y el nieto acomodaban a media docena de campesinos sobre los viejos y raídos bancos de paja, y los enjabonaban a todos al mismo tiempo. Don Shoul en persona marchaba con la navaja de afeitar en línea, de uno a otro,

⁽¹⁾ Ícono empotrado en la puerta de entrada de todo recinto u hogar judío que bendice y trae suerte a quien lo besa

les rasuraba sus gordas peras, y les obsequiaba un poco de su receta de aceite de ricino, el que siempre llevaba consigo.

Su esposa, una alta y delgada mujer judía, era muy laboriosa y colaboradora. Su especialidad consistía en crear defectos en los varones para eximirlos de servir a los señores del ejército ruso. Poseía unas manos de oro, que en un abrir y cerrar de ojos, a través de un simple apretón, lograban que el potencial recluta adquiriese una enfermedad que lo liberaba de enrolarse.

Cada vez que Don Shoul aparecía por la callejuela con su cajita negra y su andar pausado, ya se sabía que había un enfermo al que habría que proporcionar un poco de aceite de ricino.

Y así, caminando por las calles del pueblo con su cajita negra, pasaron volando los años. Don Shoul se volvió más viejo, su cabello y su barbita se tomaron completamente blancos. Su espalda se encorvo, ya no veía con claridad y los nuevos enfermos comenzaron a utilizar los servicios del joven enfermero de Várshe, Artzijowski. Sus pasos se tornaron cada vez más lentos y la vejez se le manifestó en toda su magnitud. Don Shoul se convirtió en un anciano de ochenta años. Un día se propagó la noticia en el pueblo que este guardaba cama, enfermo, y que los doctores Pialkowski y Demchinsky ya no abrigaban ninguna esperanza.

La gente lo visitaba regularmente, incluso llegó a formarse un grupo de voluntarios que se turnaban para asistirle de noche. Pero la salud del querido enfermero del pueblo, día a día, se iba deteriorando.

Ocurrió en un amanecer invernal, en la época de Januká (fiesta de las luminarias) que uno de los voluntarios que volvía a casa luego de cuidar a Don Shoul, informó a la familia que el enfermo había pasado una noche tranquila. Claro que la pequeña lámpara de nafta, no permitía disipar eficientemente la oscuridad que reinaba en la habitación. Continuó diciendo que le parecía que Don Shoul estaba mejorando. Sin embargo, inesperadamente y luego de visitar a su padre, llegó la hija sumida en un profundo llanto. Había encontrado el cuerpo de su padre inmóvil. Inmediatamente, varios hombres fueron a la casa de Don Shoul, donde lo encontraron frío, ya muerto.

Al día siguiente, Don Shoul tuvo un grandioso funeral. Chicos y grandes formaron parte del cortejo fúnebre que siguió al carro negro a través de la "Calle de los Muertos", de los suburbios del pueblo, hacia el cementerio.

Un gran dolor nos embargaba a todos. Fue sepultado al lado de los representantes de la comunidad. Se pronunciaron discursos con palabras de reconocimiento a su persona. También se mencionó la ayuda que prestaba a sus pacientes, curándolos con paciencia y vocación. Así mismo, lo bueno que fue como judío y como profesional. Muchas mujeres comentaban, con lágrimas en los ojos, cómo el había salvado a sus bebés durante la guerra mundial o cuándo se desató la epidemia de tifus. También los gentiles sintieron su pérdida y lamentaron la muerte del "Enfermero Mayor" (Pan Suelka).

--- 0 ---

DAVID ITZIK "EL DIRECTOR DE ESCENAS"

Sería un error pensar que David Itzik era un director de espectáculos profesional. Dios no lo permita! El no viajaba con un grupo de actores de pueblo en pueblo representando piezas judías, No! Al contrario, su oficio era el de sastre, no muy fino, más bien regular, así como su padre Yosef Mote, tenía un puesto de mercadería en el mercado. En verano, vestía con vestimenta de tela, pantalones, trajecitos de niños, y en invierno con gruesas camperas y camisas afelpadas. Regateaba con sus clientes, juraba, se golpeaba las manos por la paz, y volvía a su hogar contento cuándo lograba obtener algunas monedas de ganancias, luego de un buen día de trabajo en el mercado.

David Itzik era un judío alto, delgado, calvo, con fuertes pronunciadas mejillas, una pequeña barba, ojos negros profundos y una nariz prominente bastante torcida, por lo que a sus espaldas se le llamaba "David Itzik el de la nariz". Se dice que desde joven mostró un gran talento para el teatro. Cuándo aún era chico y estudiaba en el Jeder (internado destinado al estudio de la Torá), en la fiesta de Purim (el carnaval judío) se disfrazaba junto a otros niños y representaba "David y Goliat" y años después, acostumbraba adoptar poses majestuosas, y exclamaba: *-yo soy Goliat, el héroe más grande, ante mi tiembla el mundo!* Y la gente del pueblo decía: *-tenemos aquí un gran actor a quien el mundo rendirá homenaje.* Pero el mundo no le rindió homenaje. No resultó ser un actor conocido mundialmente, sino un sastre común, sin embargo asumía un rol importante en el pueblo.

Comenzó su "carrera artística" poniendo en escena una pieza durante todos los Purim. Los trozos musicales que elegía eran históricos, morales, y sentimentales. Se componían de canto y baile, así que, semanas después que el estrenaba una pieza, en el pueblo, en los talleres al compas de las máquinas, se seguían cantando las melodías por él interpretadas.

¿Es que, podía imaginarse acaso, una alegría mayor en el pueblo, luego de un crudo invierno, que la representación de "Bar-Kojba" en Purim, con la dirección e influencia de David Itzik? El mismo David interpretaba el rol del viejo Don Eliezer, el cual mantiene una lucha con Bar-Kojba, cuya hija Dina está enamorada (el papel de Dina ciertamente, lo interpretaba su propia hija Malke). FA teatro era el "cuartel de bomberos", el mismo se hallaba completo, en las galerías la gente peleaba por conseguir un lugar. Los que no disponían de dinero para costearse la entrada permanecían en la calle, en una larga cola que llegaba cerca de la Sinagoga. Y cuándo se abría la puerta del teatro, echaban un vistazo... y qué sucedía con Don Itzik? Resplandecía de satisfacción: corría detrás de las bambalinas ayudando a preparar todo: pegar y colocar las barbas, revolviendo las espadas de papel. Daba instrucciones a los soldados judíos, (él mismo estuvo alistado en el ejército ruso durante cinco años) hacía señales a Zalman Klezmer, para que tomara el violín y cerrara los ojos (era su costumbre cerrar los ojos mientras tocaba) En resumen, David Itzik se encontraba en todas partes, razón por la cual los instruidos del pueblo lo llamaban Panie (expresión polaca que significa señor) o Director Levkovitch.

Al final de la actuación, David Itzik recibía fuertes aplausos, algunas veces, chocolate, bombones o flores y cuando se pedía "bis", él salta personalmente al escenario y con una reverencia, dirigía un corto discurso al "distinguido público" les agradecía en alemán por su presencia, recordándoles también, el importante destino que recibiría lo recolectado en la presentación.

A la mañana siguiente, a las siete, ya se podía encontrar a David Itzik en la Sinagoga, envuelto en su manto (Talit) y con sus libros de rezo. A menudo el Shames o monaguillo de la Sinagoga, Najmen le otorgaba el honor de una "liye" (cuando se honra a un feligrés con la lectura de un capítulo de la Torá)

Una vez, David Itzik con su conjunto fue invitado a realizar dos funciones en el pueblo vecino. Llevo consigo a su acompañante, Hersh Yosef Blejner, y con gran alboroto, el conjunto se

presentó en el pueblo con sus carpas. Comenzó la corrida de todas partes para ver a los "magos". Y como estaban interpretando "Bar-Kojba" se necesitaban extras, militares que por razones obvias no pudieron traer desde el hogar. A David Itzik se le ocurrió una idea (después de todo, no en vano, había sido director durante muchos años) y con la ayuda de los judíos oriundos de ese pueblo, pidió prestado a los soldados sus revólveres, uniformes y espadas. Ya que se actuaba, que pareciese todo real! En la noche, vino a la función el comisario y un oficial ruso, que al ver que sobre el escenario se encontraban uniformes, revólveres y espadas rusas, se encolerizó salvajemente, amenazando matar a David Itzik y a su ayudante Hersh Yosef Blejner, les dijo *"Tshto, vi ievrei prekliati"* (malditos judíos, que hacen, que piensan? Acaso se burlan de nuestro ejército?). Se armó un gran escándalo. Las mujeres se desmayaron, los niños lloraban, (hubo muchos niños en la función que vinieron a ver a los magos), se escuchaba gritos e insultos en ruso haciendo alusión a las madres. Obviamente, la representación se interrumpió. Algunos muchachotes pedían la devolución de su dinero. El director y su ayudante apenas pudieron salvar su pellejo escapándose, y el sábado en la Sinagoga, le aconsejaron a David Itzik que agradezca a Dios la gracia concedida por haber salvado la vida

Durante la Primera Guerra Mundial, cuando los alemanes ocuparon el pueblo, algunos judíos obtuvieron el puesto de policías, David Itzik ocupó el rango más alto como policía y dejó completamente de lado su ocupación de sastre, ejerciendo el rol de comisario. Lucía un uniforme de color verde y portaba un garrote, en el bolsillo guardaba una libreta para anotar y tanto judíos como gentiles le profesaban gran respeto.

Pobre del ladrón que caía en sus manos, le pegaba con el garrote con tanto ímpetu que el propio ladrón recomendaba a los otros ladrones que no valía la pena robar. A pesar de que David Itzik ya tenía un puesto "gubernamental", no abandonaba el arte y cada tres meses ponía en cartel una nueva pieza y con ello procuraba alegría al pueblo. Las obras que David Itzik presentaba, fueron Bar-Kojba, David en el desierto, La venta de Yoset Shulamit, Ajasverosh y otras de este tipo. En las obras, el siempre interpretaba el rol principal, con gran éxito por cierto. Para las representaciones el solía invitar a los funcionarios alemanes y al jefe, a los cuales ubicaba en la primera fila y se esmeraba en hablar un alemán correcto, sobre todo desde el escenario, a fin de que los funcionarios entendiesen y ciertamente, ellos lo disfrutaban. -Yah -decían- *este hombre tiene grandes aptitudes para la escena*. La estrella de David Itzik resplandecía en el firmamento.

La guerra había terminado y David Itzik perdió su puesto de policía, también su estrellato como director en el pueblo y comenzó a declinar. Se fundaron en el pueblo partidos de trabajadores, círculos teatrales y se comenzó a organizar noches de artistas, con actos y recitales. A David Itzik ya no se le invitaba como director, carecía de conocimientos sobre el nuevo teatro judío, prácticamente no tenía conocimientos acerca de los nuevos repertorios, por todo ello, se sentía sumamente dolido, más no hubo solución, así que volvió a su antiguo oficio, coser pantalones de tela. En el pueblo surgieron nuevas figuras, directores, piezas de Sholem Ash, Peretz, Hirshbein, Letn Kobrin y hasta una noche se invitó a Mark Arenshtein, nombres de los cuales nunca había escuchado hablar David Itzik. En realidad, para las actuaciones se le enviaba una entrada gratis y mientras se encontraba en el teatro, encogiéndose de hombros, no asimilaba el nuevo camino del arte.

-Que tipo de teatro es ese ¿Sin bailes? -decía- y los artistas utilizan un lenguaje tan cotidiano como si se estuviera en casa o en la calle y además, sin barba, ni batir espadas, y eso se llama teatro judío? El mundo se ha vuelto loco, no, no es para nosotros...

Hace ya tiempo que David Itzik no ha subido a un escenario ni visitado un teatro debido a que ya no le envían entradas gratuitas, y dinero para comprarlas no posee, además, que es lo que podría ver? La obra que están representando, "El robot de Praga", nadie la entiende, ni siquiera se puede aprender una canción de ella y sería una lástima gastar un centavo en ella.

Durante la segunda Guerra Mundial, cuando los nazis llegaron, David Itzik, el director, ya era abuelo de cabellos grises y una rala barba grisácea. Cosía en su vieja máquina de coser

"Singer" pantalones de tela, y de tanto en tanto, canturreaba una canción de "Bar-Kojba" o "Shulamit". Muy a menudo, y durante una "acción" de los ocupantes, se escondía en el altillo, donde se encontraban los accesorios de las obras que puso en escena en aquella época de gloria y esplendor, espadas de madera, coronas de papel, disfraces, etc., yacían silenciosos cubiertos de polvo, como muertos. De nada le sirvió el dominio del idioma alemán, ni su historial de haber sido policía alemán en la primera guerra mundial. Los de ahora, son otros alemanes, nada parecidos a los del año 1914.

En una mañana, se llevaron a David Itzik, juntamente con un grupo de judíos de la calle de la Sinagoga hacia el pueblo cercano de Jelmne, donde las 24 horas funcionaba la cámara de gas y allí David Itzik junto con los demás judíos de mi pueblo, fueron brutalmente exterminados.

--- 0 ---

DON YOSEF WOLF "EL COCHERO"

**(Dedicado a mi amiga Kreindl P.
De Sao Paulo -Brasil)**

Al acercarse la festividad de Pesaj (Pascua), Don Yosef Wolf el cochero, comenzaba a sentirse más contento, alegre y animado. No es de extrañarse; durante ocho días enteros estaría libre de tener que hacer viajes en la carreta y los tres caballos, desde el pueblo K. hacia la gran ciudad Kalicz, a donde había estado viajando durante más de 20 años, tanto en verano, en los días calurosos, como también en invierno, a pesar de las nevadas y tormentas de nieve.

Don Yosef Wolf era muy conocido en nuestro pueblo, sobre todo en la calle Pintes. Era un judío de más de sesenta años, aún ágil y de complexión mediana, espaldas anchas, barbita gris, una cara gorda de gruesos labios y espesas cejas, bajo las cuales sobresalían unos verdosos ojos. Rutinariamente, y durante la semana cuando realizaba dos viajes a la ciudad de Kalisz, usaba un gorro brillante. Pero, en sábados y fiestas, solía usar el mismo gorro que usaban todos los demás judíos del pueblo.

Su esposa Roize, una mujer judía mayor que apenas veía, lo cuidaba como a un rey. Al volver de cada viaje, y apenas desenganchados los caballos para alimentarlos, Roize ya tenía preparado un "kroit borsht." (sopa caliente de repollo, remolacha y papas) que se acostumbraba tomar en invierno y, en los calurosos veranos, preparaba una sopa de verduras con papitas recién cosechadas, calientitas y aderezadas con cebollitas fritas. Eran verdaderos manjares. Después de comer, Don Yosef Wolf cruzaba al frente, donde su vecino Hersh Kaiser, sastre de confección. Sentado sobre el gran cajón en el cual Hersh guardaba su mercadería, se alistaba a narrar las historias sobre el vasto mundo mientras que nosotros los niños, escuchábamos boquiabiertos...

Don Yosef Wolf no era un cochero independiente. Trabajaba para Zwikelski y Ber Najmen Bomshtein, propietarios del coche, por orden de los cuáles, viajaba dos veces a la semana a Kalisz con ocho pasajeros: seis en el interior y dos arriba en el pescante. En temporada alta, llevaba dos pasajeros más en el techo, por una tarifa menor. También había clientes para eso.

Su hijo mayor, Moishe, también era cochero en un pueblo vecino. Su otro hijo era sastre y se hacía llamar por su apellido, Fraitelevich. La hija Jinke, que era doméstica, trabajaba en otro pueblo en casa de una familia rica. Ella poseía dotes artísticas y, cuando los artistas principiantes del lugar pusieron en escena la famosa obra "Jinke Pinke", Jinke interpretó el rol principal. Más tarde, el hijo de un lugareño rico, se enamoró de ella, y al casarse con el posteriormente, mantuvo su nombre artístico de Jinke Finke.

Don Yosef no se sentía disminuido por su oficio. Al contrario, desempeñaba su labor con gran responsabilidad. Sabía ubicar a sus pasajeros de acuerdo a la apariencia y posición social, que cada uno ocupaba en el pueblo. Antes de cada viaje, él se preparaba como si fuera a atravesar el océano. Durante el invierno, solía usar una piel gastada, (herencia de su padre), un cinturón de cuero, y un gorro abrigado con orejeras. Parecía un recién llegado de Siberia. En verano usaba una túnica de tela y botas (que indiscriminadamente calzaba todo el tiempo). Sentado en el pescante con su gorro gentil, se sentía como un general ruso sobre un caballo de pura raza. Y el hecho de que se le confiara el traslado de un minian (cantidad de judíos indispensables para oficiar un rezo) a la gran ciudad, lo llenaba de orgullo.

El viaje de 49 viortes (medida antigua rusa) desde el pueblo a la gran ciudad Kalisz, duraba toda una noche y, muchas veces, un poco más. Pero, Don Yosef Wolf siempre se tomaba un descanso en dos paradas: Turek, y Tzekow, donde aprovechaba para alimentar a los caballos y darles agua. Mientras tanto, también los pasajeros solían descansar en la taberna, picaban algo y

se servían un trago. En la mañana, (sin importar la hora) arribaban con mucha algarabía a la gran ciudad.

A Yosef Wolf, le gustaba narrar anécdotas sobre hechos que le habían sucedido durante sus travesías. Nunca se cansaba de relatar los largos anocheceres del invierno cuando, 35 años atrás, viajó a Rusia a visitar a su única hermana que vivía en el lejano Cáucaso. En su largo viaje, para en Odessa, vio el Mar Negro y también estuvo en la ciudad portuaria de Sebastopol. Todos estos cuentos contenían una buena dosis de fantasía. A decir verdad, Yosef Wolf poseía un talento muy particular para relatar historias increíbles acerca de lobos asesinos que le atacaron en un bosque cerca de Tzekov. Pero que, gracias a su sangre fría y a sus caballos, que con mucha agilidad lograron escapar a todo galope, pudo llegar sano y salvo a su hogar.

Nosotros, la gente común, escuchábamos estas historias con la respiración contenida, mirándole fijamente y atentos a cada palabra, para no perder ni el más mínimo detalle. En la noche no podíamos conciliar el sueño, pues seguíamos anhelando las noches invernales, cuando Yosef Wolf nos contaría nuevamente las aventuras vividas por los caminos.

Una noche, en Pesaj, la del primer Seder, después de que Don Yosef Wolf, quien recién había llegado del viaje, un poco somnoliento había terminado de leer la mitad de la Hagadá, (libro que se lee en la Pascua) y después de saborear los manjares y un buen vino, se quedó dormido en la mesa. Sonó que estaba en el camino, y justo en la bajada hacia Tzekov, se le atascó una rueda en el fango, y de ninguna manera podía sacar la carreta de ahí. Ayudado por sus pasajeros, Don Yosef Wolf trató de sacar la rueda atascada, empujando con toda su fuerza, y, de pronto, ¡crack!, sonó la rueda, que no era más que la pata de la mesa que hacia años que ya estaba rota. Las copas de vino, matzá, y platos cayeron estrepitosamente al piso. Don Yosef Wolf despertó, sobresaltado, contemplando con ojos asustados el desastre ocasionado por el mismo. Llegó Roize corriendo desde la cocina ubicada en el altillo, entrelazó sus manos y tartamudeó: ¿qué, que hiciste Yosef Wolf? Y él, frotándose los ojos, no entendiendo lo que había ocurrido, murmuraba que solo había sido un mal sueño, una pesadilla, que se llevó el diablo el año pasado.

Años después, durante la primera Guerra Mundial, el mayor alemán Proisker arrasó Kalisz. Yo huí del desastre, dirigiéndome hacia el pueblo en la carreta de un campesino. En el camino, encontré a un anciano desaliñado, con una bolsa en su espalda. Lo miré fijamente y, estremecido, lo reconocí. Era Don Yosef Wolf, quien pedía limosnas en las aldeas cercanas, un pedazo de pan, unas papas. Bajando de la carreta le di alcance. El me reconoció y con lágrimas en los ojos, me contó que, sin medios para vivir y en plena ancianidad (tenía casi 80 años), solo le quedaba mendigar. Le dí un poco de dinero, y juntos entramos al pueblo. El continuaba diciéndome con tristeza: que Dios borre a los alemanes del mapa. Ellos fueron los que introdujeron autos en el pueblo, me quitaron el sustento y arruinaron el modo de ganarme la vida.

--- o ---

EL ASESINO KOZELE

Su nombre era Orn Breitbord (barba ancha), pero el no poseía una barba ancha. En el pueblo se le llamaba "Kozele" (chivo), ya que su barba parecía la de ese animal. El era un judío pequeño con un par de ojos verdosos, que se movían constantemente, como si trataran de alcanzar algo, una cara vulgar y una nariz huesuda y torcida. En invierno trabaja provisto de una piel gastada y botas que prácticamente ocupaban toda la pierna. En verano, su vestimenta consistía en un guardapolvo de tela y un gorro medio gentil y medio judía, acorde a su oficio de cochero. Ese era Kozele.

Todos los días Kozele viajaba con su raquítico caballo al cuál comúnmente no le daba de comer avena como lo hacían los otros cocheros. Kozele viajaba todas las semanas hacia los pueblos vecinos trayendo mercadería como tela para confeccionar sábanas que luego eran vendidas a los campesinos de las aldeas vecinas en las ferias de martes y viernes. Muchas veces, Kozele, recogía por el camino a un "personaje" por dos monedas o simplemente a un pasajero que buscaba un pasaje barato...

Kozele, no era erudito y tampoco un estricto observante del Minje Mariv, más bien era un hombre simple, un judío que de vez en cuando se perdía y se dirigía a la Sinagoga, donde escuchaba decir trozos del "Ain Yakov" (libro que ensena moral). Nadie en el pueblo hubiera creído que este mismo Kozele, el que tenía un buen hijo, Sender, fuese el victimador de un judío de un pueblo vecino, al cual había llevado como "pasajero" al otro pueblo. Cuando años después este hecho se hizo público, el pueblo entero se estremeció con ello.

Sucedió casi enseguida después de Sucot (fiesta de las cabañas), era otoño y los días eran frescos. Kozele, como siempre, hizo su viaje al otro pueblo, llevando consigo a otro judío que había venido a nuestro pueblo a vender su mercadería, quien escondió unos 25 rublos cosiéndolos en el Arbr Kanfes (prenda que se usaba bajo la ropa), llevaba consigo comida para el trayecto hacia su casa, donde le esperaban su mujer e hijos. Kozele se enteró de ello, divisó los rublos de plata. Sus agudos ojos verdes brillaron con un fuego encendido y el cerebro comenzó a maquinarse un plan diabólico. La lujuriosa tentación por el dinero comenzó a invadirle sin ninguna tregua.

En los minutos oscuros de su mente, decidió borrar al judío del camino. Luego de haber viajado unos kilómetros desde el pueblo, cuando llegaron al bosque cercano, Kozele se abalanzó sobre su víctima y lo estranguló para luego quedarse con el dinero. Trasladó el cuerpo hasta la aldea de Koshtaletz, donde lo enterró en la carretera. Volvió al pueblo con la ganancia de su víctima, y, como si nada hubiese pasado, se acostó a dormir, sin que nadie se hubiese enterado de que había llevado a su desdichado pasajero.

En el otro pueblo comenzó un gran disturbio. Hubo llantos y lamentos. La esposa que aguardaba al marido desaparecido, comenzó a investigar y exigir que se le buscara. Comenzaron a rastrear y tratar de localizarlo. El converso Kogan, el policía más antiguo de pueblo, encomendó a los policías investigar en las aldeas. Después de una prolija búsqueda, encontraron el cadáver en la aldea Koshtaletz. Trajeron los restos para darle sepultura judía, sin que nadie sospechara que esto fuera obra de Kozele. A pesar de que no fue un judío religioso, al fin era judío y un hecho tan horrible nunca antes había sucedido en el pueblo. Durante largos meses se habló de este terrible suceso, hasta que la gente empezó a olvidarlo.

Pasaron los meses y años, Kozele continuaba viajando con su carro y flaco caballo al otro pueblo como si nada hubiese sucedido. Quedó en el olvido, la tragedia que pasó hacía unos años. Unos diez años después, Kozele cayó enfermo repentinamente, y no pudo más seguir con sus viajes hacia el otro pueblo. Luego de guardar cama por varios días, llamaron a Don Shoel el enfermero mayor, quien, y siguiendo su costumbre, le recetó aceite de castor, le colocó ventosas y

un enema. Pero, Kozele no había mejorado, al contrario su estado empeoró, permanecía acostado en su casita. Sus ojos saltones y asustados, miraban el techo, adelgazó mucho y su piel tomó un color amarillo, su voz se tornó débil y temblorosa, muchas veces durante el sueño, pronunciaba palabras incomprensibles. Cuando Kozele sintió aproximarse su fin, pidió a su esposa Roize, que llamara al rabino a quien quería comunicar algo muy importante. Cumpliendo con su deseo, el rabino se apersonó y Kozele le confió el terrible secreto, que él fue él el asesino del judío diez años atrás, suplicándole al rabino le diera su absolución.

Las palabras del rabino, dirigidas a Kozele, siguieron siendo secreto. Dos días después y en medio de terribles dolores, Kozele expiró. Hubo problemas y discusiones con su hijo Sender, pues los sepultureros se negaban a enterrarlo junto a otros judíos y solo querían hacerlo contra la pared. Mucho tiempo después, el pueblo seguía comentando y nombrando con desprecio a "Kozele asesino".

--- 0 ---

SHIMON EL PELIRROJO

Don Meir Katzev, el carnicero, tenía fama en el pueblo de ser una persona honesta y observante de la fe judía. Nunca utilizaba palabras soeces en su negocio, como acostumbraban la mayoría de los carniceros. Trataba muy bien a todo el mundo, saludaba cortésmente a todos y nunca descuidaba sus tres plegarias diarias "Bein minje lemariv" Escuchaba las enseñanzas que en la Sinagoga impartía Don Yankl Badjn, un trozo Ein Yacov o Jai Odom. Alrededor de la torcida mesa con dos velitas, se encontraban más judíos; carniceros, pescadores, caminantes y obreros. Algunos durante el estudio dormitaban, otros hablaban bajo comentando sus transacciones con los latifundistas, pero Don Meir permanecía sentado, absorto en las palabras que Don Yakov pronunciaba, y las disfrutaba.

Su esposa Sara, era muy laboriosa, simpática, siempre con la sonrisa a flor de labios. Ayudaba a su marido en la carnicería, también repartía los pedidos a la clientela. En la calle Pintes las mujeres decían de ella que es era paloma silenciosa. Sara, nunca amargada ni de mal humor, obsequiaba a los pobres con trozos de carne, mientras que los demás carniceros lo hacían con huesos, por eso la gente la llenaba de los mejores augurios.

Meir y su esposa no gozaban de muchas satisfacciones provenientes de sus hijos. El hijo mayor, Shoul, era enfermo de asma, en el barrio se le llamaba "el moribundo". Cuando de madrugada se dirigía a la Sinagoga, desde lejos se apercibía los ecos de su tos. De él decía la gente, que ya no mejoraría. El hijo más chico Itzjak, era un joven fogoso, con ojos llameantes y un rostro "leche y sangre". Pero él fue la causa de otro problema, pertenecía a los jóvenes del movimiento Ajduth, cuyo líder Yacov Wolf tenía negros bucles y usaba un poncho negro, él era su amigo, y al cuál Don Meir no profesaba mucha estima.

Pero "el problema más grande", le causaba su hijo mediano, el pelirrojo Shimon. Era él un joven sano que se negaba a acudir a la escuela, prefería deambular cerca de los depósitos, jugar, intimar con jóvenes gentiles y bañarse en el Warta. Le gustaba corretear a las chivas que paseaban libremente por el pueblo, y también se divertía quitando a los chicos de la escuela las cañas de pescar, que eran preparadas para la pesca en Tisha Be Av.

Frecuentemente Sara la carnicera, recibía la visita de madres perjudicadas por las andanzas de su hijo, que le pedían lo castigara pues el proceder del mozalbete se tomaba día a día peor. Cuando aún concurría a la primaria del maestro Anshl Byk, el muchacho ya adquirió la tendencia de robar, y de los bolsillos de los niños, comenzaron a desaparecer botones, lápices, un cuchillito y todo lo que estaba a su alcance, hasta que fue expulsado de la escuela de Anshel. Así que, lejos de llegar a ser estudioso, el pelirrojo Shimon se especializó en robos, comenzó a sustraer "artísticamente" de los bolsillos de los campesinos en el mercado, monederos y billeteras algunas muy pequeñas que extraía de los bolsillos de las pecheras. Trabajaba en forma eficiente y audaz, con una mano tapaba con un trozo de tela y con la otra mano hurtaba. Más adelante, hizo sociedad con Itzik el "mudo", un pillo profesional, también se le conocía en el pueblo, como Itzik Benkart (Bastardo). En realidad, a los judíos del pueblo, el pelirrojo Shimon, no les quitaba las billeteras, por el motivo de que con ellos tendría magras ganancias. Sin embargo, les causaba grandes problemas.

Cierto día, cuando Jaskel y "Zhrebek" (su caballo así se llamaba) llegó al río para hacer beber a su flaco caballo, el pelirrojo Shimon se le montó encima y salió a todo galope en dirección de la casa del maestro alemán, Jaskel gritó, maldijo, armó todo un tumulto, pero Shimon desapareció como si la tierra se lo hubiese tragado.

Cuando David "Kshivy Pisk" se casó con la ciega Guitl, (sólo estaba ciega de un ojo), los novios, terminada la ceremonia salieron del templo, sentándose en las altas carretas para retornar a su hogar, comprobaron que los caballos no podían moverse, debido a que Shimon había sacado una rueda de la carreta.

El pueblo comenzó a temerle, sobre todo cuando se hizo amigo del converso Kagan, el comisario más antiguo. Se rumoreaba que de cada "ganancia" que el pelirrojo obtenía, el converso recibía una parte y que si alguna vez lo sorprendían robando en el mercado y lo enviaban al calabozo, el converso lo libera enseguida por la puerta trasera. Después de todo, es un cerdo ruso con cabeza judía.

Así pasó el tiempo, Shimon creció, y junto con él, su talento para robar. Sus padres sufrían enormemente, sin cambiar nada. Al estallar la primera guerra mundial, al comienzo el mozalbete desapareció, pero, cuando los alemanes se arraigaron en el pueblo, volvió y se dedicó nuevamente a su "oficio", robaba a los campesinos en el mercado, no le faltaba dinero, vestía muy bien, luciendo botas de gamuza, un vara en la mano (tipo bastón), el gorro inclinado sobre un costado, silbando canciones vulgares.

Un verano cuando el comercio aumentó, el rico manufacturero Meir Winter junto a otros comerciantes viajaron portando grandes sumas de dinero para adquirir mercadería en la ciudad de Lodz y fueron asaltados por tres bandidos que portaban armas. Se llevaron todo el dinero. Uno de los tres bandoleros, era el pelirrojo Shimon.

Cuándo los comerciantes volvieron al pueblo, inmediatamente dieron aviso a la policía de lo sucedido, y al día siguiente los tres malhechores fueron detenidos, dos gentiles y Shimon, los trajeron al pueblo encadenados. Tres días más tarde fueron juzgados por las autoridades alemanas. El veredicto fue que los tres fueron condenados a sufrir la pena capital.

Era uno de los días de Tamuz, el sol aún calentaba y los arboles todavía estaban cubiertos de verdor, el agua del riachuelo corría como siempre, sin embargo, el pueblo mostraba un halo de tristeza, parecía agobiado. Cuando se formó el primer minian en la sinagoga, llegó la lúgubre noticia de lo que ese día iba a suceder. Los gendarmes y reclutas alemanes, luciendo sus puntiagudos gorros que resplandecían en el sol, hacían sus últimos preparativos, para la ejecución. Esta se iba a efectuar en el bosque cercano "Tumidei" donde el pelotón de soldados y oficiales con cascos, se dirigían marchando. Los jóvenes curiosos, corrían. Los caminos aledaños de Kalisz que convergían también al bosque fueron clausurados. Los judíos mayores quedaron en sus casas. Cabeceando suspiraban diciendo -Qué lástima, que pena nos da Don Meir, ya llegó el momento que Dios bendito tenga piedad de él"

Se contó luego que Shimon no permitió que el rabino viniese a confortarlo antes de su ejecución. Con la cabeza cabizbaja, marchó hacia el cerro, donde se hallaban preparadas tres fosas. Solo contaba con 23 años cuándo abandono este mundo. El primer sábado después de la ejecución, cientos de personas se dirigían al bosque "Tumidei", para observar las recientes sepulturas, entre ellas la del pelirrojo Shimon. Reb Meir, el carnicero volvió a concurrir a la Sinagoga, pero ya no era el de antes, sus ojos apagados e inexpresivos, la cabeza hundida en los hombros y la barba que se tornó blanca demostraban su tragedia. Verlo, despertaba un gran dolor en la gente. Su esposa Sara, cayó enferma, y permaneció postrada en cama. En la calle donde vivían, se divisaba continuamente al viejo enfermero, Don Shoul, con su negra y gastada caja, quien visitaba a Sara la carnicera.

En realidad, los remedios de Don Shoul no hacían daño, más tampoco ayudaban, por lo que llamaron al Dr. Bartzewich, quien hablaba tan rápido como los molinos de viento, lo que dificultaba entender sus palabras. Sobre el pretil de la ventana se encontraban alineados frasquitos con diferentes medicamentos. Sara se quejaba, sentía molestias en el corazón. En la Sinagoga, se leían Salmos, pidiendo a Dios por su recuperación, sin embargo no hubo mejoría y dos semanas después, falleció. Su entierro, agrupó a muchísima gente, el cortejo se extendía desde su casa, hasta la casa de Don Moishe Mlinikers. Las mujeres del barrio comentaban que era una verdadera santa, pero su corazón de madre, no lo pudo soportar, estalló de dolor.

ABRAM YACOB BAND

Era alto, de espaldas anchas, ojos negros salientes, cejas espesas, bigotes curvados y una barba estilo general. Se peinaba con raya al medio, usaba botas lustradas todos los sábados y días festivos y un sombrero con alas. Ese era Abram Yacob Band. El vivía de las ganancias que obtenía de su bar, ubicado frente a la sinagoga, donde después de Minje Mariv, solían reunirse allí, carniceros, pescadores, caminantes viajeros, comerciantes y mozalbetes. Les gustaba confortarse con un plato de ganso asado, mollejas o higaditos de pollo, que acompañaban con una botella de "brónfn" (vodka) y con varios vasos de cerveza de la fábrica de Kowalski. Abram Yacob nunca rechazaba una invitación a compartir con ellos la mesa y los manjares, después de todo, la consumición corría por cuenta de sus clientes. Desde luego, había quienes, no estaban muy de acuerdo con estas invitaciones, tomando en cuenta que (sin darle un mal de ojo) tenía un muy buen apetito, pero tampoco nadie quería tenerlo en su contra, ya que todos los gendarmes rusos frecuentaban su taberna y ni hablar del policía Kagan el converso que era un "habitué" del lugar, y hasta el gendarme principal Strashemski era muy amigo de Abram Yacob. En el pueblo se decía, que él lograba todo lo que les solicitaba, debido a que conocía perfectamente el ruso, (su padre, "Itzik Zelter" (Itzik soldado) sirvió a los rusos durante 25 años). También su éxito se debía, a que en la taberna se servía la mejor bebida y excelente comida. Quien tenía un problema, ya fuese una multa u otra falta que podía causar un arresto, recurría a Abram Yacob y, bebida y comida mediante, el problema quedaba solucionado de inmediato.

Así vivía Abram Yacob su vida en el pueblo, protegido por sus amigos, no temía a nadie, además, pertenecía a la familia de los Majliakes, los héroes del pueblo, y también policías. Por eso era autoritario, y se tomaba el derecho de dirigir y tomar parte en asuntos comunitarios. Los sábados en la sinagoga, se le asignaba el honor de otorgarle la mejor "alíe". Y todos los años cuando llegaba el momento de enrolarse, los padres recurrían a Abram Yacob como a su salvador. Esa fue su vida hasta antes de la primera guerra mundial, pero con el comienzo de la misma, se produjeron grandes cambios.

Los gendarmes abandonaron precipitadamente el pueblo con lo que obviamente, las ganancias en la taberna disminuyeron. Los militares cambiaban a menudo, unas veces estaban los rusos y otras los alemanes. En el pueblo circulaban dos opiniones, un sector opinaba que ganarían los rusos, inclinándose incluso a su favor, y el otro, estaba plenamente convencido de la victoria alemana, basándose en su técnica y poderosas armas. Estas afirmaciones hacían enfurecer a Abram Yacob quien se sentía plenamente identificado con los rusos, sus reacciones tornaronse tan violentas, que llegaba a arrojar a su contrincante verbal una jarra de cerveza, para hacerle "entrar en razón" y entender que los rusos vencerían. Afirmaba: -la guerra finalizará, y los gendarmes rusos volverán, todo seguirá siendo como antes. Sin embargo, cuando los alemanes penetraron en el pueblo, Abram Yacob se dedicó durante varias semanas a entablar buenas relaciones con ellos, consiguió que los soldados y vigilantes alemanes, visitaran su taberna, consumiendo jarras de cerveza y fumando cigarros, brindándole una nueva oportunidad de ganar dinero. Entonces empezó a fluir un rumor secreto en el pueblo, se decía que Abram Yacob, seguramente era un espía. La palabra "espía" era pronunciada con temor como si uno mismo se asustara de mencionarla.

En un frío día de invierno, cuando ya los alemanes ocupaban el pueblo por varios meses, y se daba por seguro que iban a permanecer por mucho tiempo más, se produjo un tumultuoso movimiento. Después de empacar sus cosas, tratando de llevarse lo que podían, ellos se preparaban a huir. Se presentía que los rusos se encontraban cerca del pueblo y que en cualquier momento llegarían. Gentiles y vagos proclamaban contentos: -ahora vendrán los "nuestros"! Un frío recorría a la gente, temían que algo terrible sucediera pues habían motivos para ello, cada uno interiormente, presentía que la vida de Abram Yacob peligraba. Algunos amigos le recomendaron ser cauteloso, más él se mofaba de sus consejos y junto a varios soldados alemanes, cruzó el río en bote dado que el puente estaba roto, dirigiéndose al pueblo más cercano, donde ya llegaron los

rusos, a quienes Abram Yacob también consideraba como a sus amigos. Lamentablemente, sus expectativas se derrumbaron, luego de tres horas de estadía en el pueblo, fue arrestado y trasladado a la jefatura rusa, donde se le acusó de ser un espía alemán. Su intento de defensa fracasó y ni el dominio del idioma ruso o el patriotismo y lealtad de su padre Itzik Zelner, patriota que sirvió en el ejército ruso, pudieron cambiar su mala suerte. Al final, en el juicio fue condenado a la pena de muerte. El "zshid shpion" (judío espía) fue llevado al bosque de Jadave, donde le entregaron una pala para que él mismo cavara su fosa. Los cosacos le castigaban con sus cinturones, le arrancaron la barba, arrojando el cuerpo con vida todavía a la fosa. Eso pasó a mediados del mes de Kislev, la luna pálida, flotaba en el cielo observando la brutal ejecución, su suave luz, alumbraba los alrededores, pero el rostro de Abram Yacob permanecía oscuro, agonizante. En una tardía hora de la noche, y con un grito, emitió sus últimas palabras: *-SHMA ISRAEL!*

Con la llegada de los rusos al pueblo, en fecha de Tisha Be Av, otros dos judíos fueron ejecutados, Don Jaim Ilovski y el relojero Lipke, pero la gente recordaba más a Abram Yakob Band, quien sufrió un destino tan trágico, provocado tal vez, por el mismo. También se recordó con pena, la muerte de su hija de 15 años, víctima de una granada. Durante mucho tiempo, en el pueblo se comentaba esta tragedia. El castigo de Dios, -se decía- cayó sobre ellos. Después de la guerra, los encargados de la Jevra Kadisha (personas que se encargan de los ritos fúnebres judíos) se dirigieron al bosque cercano, y trasladaron los restos de Abram Yacob, para que recibiera sepultura judía.

--- 0 ---

YEJIEL KLEZMER Y SU CONJUNTO

No se podía imaginar en el pueblo un casamiento sin la participación de Yejiel Klezmer y su conjunto que gozaban de fama en todos los pueblos vecinos. En todas partes, hasta en los bailes de los ricos y en los casamientos "polacos", se contrataba al músico judío que transmitía vida y alegría a los corazones de todos los que lo escuchaban, a él mismo y a su conjunto.

Don Yejiel de hecho, no sabía nada de notas, no las necesitaba en absoluto, pues a pesar de no conocerlas gozaba de un gran prestigio y un buen nombre como músico. Este oficio lo heredó de su padre, ya desde pequeño colaboraba con él, tocando en los casamientos y cuando fue mayor aprendió a tocar sin notas y nunca tuvo paciencia ni predisposición para estudiarlas, amén de una escasa aptitud para ello. Pero a su hijo Zalman, el "primer violín", envió a estudiar música, "la escritura de los pájaros" como se denominaba a la escritura musical (solfeo). También lo envió a la escuela rusa, donde Zalman estudiaba con excelentes calificaciones, y más tarde se convertiría en el erudito del pueblo, la gente le traía diferentes documentos enviados de oficinas gubernamentales para que los explicara, como también escribiera solicitudes, cartas o misivas, que necesitaban en sus comunicaciones con América.

Yejiel Klezmer Yejiel el músico, era un judío observante, aunque distaba mucho de ser religioso. Más nunca dejaba de asistir a ningún evento religioso, como "Minje Maariv" en la sinagoga del pueblo, pues ciertamente, lo contrario, le perjudicaría en su negocio. Usaba vestimenta corta como los alemanes. Durante el verano lucía un traje claro con chaleco blanco y pechera. La tremenda cadena de oro con un medallón que pendía de la misma, se balanceaba como si quisiera revelar que en el bolsillo del chaleco encontrábase un gran regalo de casamiento: un reloj de plata con la tapita dorada. También de su cadena de oro colgaba una miniatura dorada que representaba al Zar ruso, con su corta barbita y ojos malvados contemplando la lejanía. Este obsequio lo obtuvo del gran señor, por haber tocado para él, y alegrado su corazón.

Se veía siempre a Don Yejiel marchando con su típico gorrito, detestaba los sombreros de los cuales solía decir: *-estos sirven para los intelectuales los inteligentes que se dan ínfulas, no para mí que estoy al servicio del pueblo.* En el dedo medio de la mano derecha, usaba un anillo de oro, que también le servía para su oficio, pues le era útil como garantía que otorgaba a los consuegros que solicitaban sus servicios para alegrar una fiesta de boda. Una vez que el precio era acordado, Don Yejiel les entregaba alegremente su anillo como garantía. Desde ese momento, los futuros suegros confiaban que la fiesta sería un éxito como es debido y que todos estarán alegres.

Con el correr de los años, ya en la vejez, el músico dejó de dirigir la orquesta y fue reemplazado por su hijo Zalmen, quien se convirtió en el primer violín y su padre en el segundo. *-No hay más remedio, hay que hacer las paces con el destino* -decía Don Yejiel.

Su segundo hijo Yoine, era sastre de confección, tenía su puesto de venta en el mercado en donde vendía trajecitos para los pequeños gentiles, y en las fiestas de casamiento, también tocaba el tambor. El yerno de Don Yejiel, Yosef Litwak (el lituano), tocaba el bajo y otros instrumentos cuando hacía falta. Por su parte, su hijo más pequeño, tocaba la trompeta y cuando ensayaban juntos, la calle se llenaba de un ruido infernal. Toda vez que se presentaba la dicha de festejar un casamiento en el pueblo, se acompañaba a los novios con la música por las calles hasta la sinagoga. La mitad del pueblo corría detrás de Yejiel Klezmer y su conjunto, para poder disfrutar de las marchas rusas que su yerno Yosef Litwak había traído de Rusia, las que más tarde se repetían en canciones y marchas en todos los barrios judíos.

Cuándo la novia resultaba ser huérfana, en vez de los padres, una comisión de mujeres la conducía a la Jupá (altar). Para esa ocasión, Don Yejiel tocaba una música especial que se denominaba "Que sea su voluntad". El violín lloraba rememorando la destrucción de Jerusalén y la

música sonaba triste y plañidera, como pidiendo la resucitación de los padres de la novia para que asistiesen a la fiesta a alegrarse y bendecir a su hija. Las mujeres con vestidos festivos, suspiraban bailando frente a la pareja de novios, sosteniendo velas coloridas y trenzadas de Havdalá (vela que se prende cuándo termina el shabat). Lágrimas de emoción eran secadas con sus grandes pañuelos.

Mas tarde, en el banquete de boda, se servía la espesa sopa, y la orquesta ejecutaba música "cotidiana", trozos del teatro judío o melodías "morales" de Bar Kojba, Shulamit, "David en el desierto", "Akeidas Itzjak" (prueba de Itzjak) y otras. Los asistentes muy complacidos pedían más música, como si ésta fuera un plato más de los manjares servidos que se deshacían en la boca por su dulzura. Entonces, Don Yejiel empezaba a sentirse un poco somnoliento, y el violín ya no quedaba bajo su mentón, bajaba más y más hasta su pecho. Su hijo Zalmen, el primer violín, quien mantenía los ojos cerrados mientras ejecutaba, debía recordarle continuamente: *-papá ahora debes tocar esta pieza, o aquella otra*. Don Yejiel hacía un movimiento con su mano y decía: *-ya, ya se va a tocar esto o aquello, no te preocupes hijo-*, y volvía a bajar su cabeza hacia el pecho.

Cuándo estalló la primera guerra mundial, las ganancias en el pueblo mermaron, se realizaban casamientos "silenciosos", con lo que Yejiel y su orquesta dejaron de trabajar. La mayoría de los casamientos se llevaban a cabo los viernes en la tarde. Se hacia la Jupá-casamiento, y se prescindía de los músicos. Zalmen, el primer violín, comenzó a tocar en el cine y el yerno Yosef Litwak, daba clases de música en su hogar, utilizando un deteriorado piano que se desafinaba, tambien enseñaba a jugar ajedrez a los jóvenes. Yoine, su otro hijo guardó el tambor en el altillo y comenzó a trabajar fabricando pantalones de tela para los campesinos de Blishnie Wiesh y otras aldeas, quienes llegaban dos veces a la semana al mercado del pueblo. Hiersh Laib, el nieto de Don Yejiel se dedicó a tocar en reuniones de gentiles. Solo Don Yejiel sentía las penurias de su decadencia. Los sábados y días festivos, todavía se le encontraba en la sinagoga, con su saco negro y gastado, pantalones verdosos con brillo que se complementaban con el sombrero de cuatro puntas. Caminaba encorvado y triste. Cuándo los ricos del pueblo realizaban casamientos y eran contratados otros músicos, a veces se le incluía también a él, por lástima. Más, para ese entonces su manera de ejecutar la música, carecía de pujanza y brío, sus dedos apenas sostenían las cuerdas del violín, apoyado sobre el vientre la cabeza gacha, como si en vez de tocar, estuviese durmiendo.

Cuando se agasajaba a la gente con comida y los hombres intercambiaban chistes en su lenguaje, Yejiel Klezmer se animaba un poco, en su mente florecía dulces recuerdos de los viejos y buenos tiempos, entonces sus ojos adquirían un brillo especial. Comenzaban a relatar historias como las de un músico ciego Mijail, que era gentil aunque algunos afirmaban que era converso, o relatos de las bodas de antaño, buenas ganancias, ricos manjares, consuegros potentados que no escatimaban ofreciendo botellas de vino a cada músico, quienes compartían junto a sus familias los grandes trozos de bizcochuelo. *-Antes... antes sí que era vida y hoy todo es tan distinto!* Exclamaba con nostalgia.

Hacen muchos años que Don Yejiel Klezmer dejó su violín y sin un *Shema Israel*, dejó este mundo. Sus dos hijos, Zalmen y Yoine el tamborillero, más el yerno Yosef Litwak, murieron aún antes de la segunda guerra mundial, salvándose así del triste destino de los judíos de Helmna que ofrendaron sus vidas en las cámaras de gas. Los dos nietos que sobrevivieron, continúan en la senda de Don Yejiel, más no en las fiestas judías. Uno de ellos se fue con un circo, y el otro fue contratado para tocar en una confitería de una gran ciudad, ya se había olvidado del pueblo y los casamientos judíos que alegraban los corazones. Años después, se traían al pueblo músicos de otras aldeas para animar las bodas y cantar a la novia. En esos momentos, se recordaba a Don Yejiel Klezmer y su conjunto que durante años animaron en las fiestas, bodas y circuncisiones. No poseía un Stradiyarius y tocaba sin leer las notas, más las melodías que ejecutaba producían un hechizo singular, pues volcaba en ellas su alma judía, llena de gozo, esperanza y dolor.

--- 0 ---

SHOLEM EL SEPULTERO

No hubo en el pueblo una persona más temible que Sholem el sepulturero. El sólo nombrarlo, provocaba escalofríos a niños y grandes. Su nombre era asociado con el miedo y el pavor. Uno podía imaginarse el carruaje negro que transportaba a los muertos por la sinuosa callejuela y, detrás de él, una "levaie" (cortejo fúnebre), también los llantos, los gritos y los lamentos por aquel ser querido que nos deja. En los rostros se percibía el pesar, y Sholem se sentaba en el carruaje, riendas en mano, su rostro grueso, la nariz enrojecida por el consumo de tanta bebida, y una sonrisa leve que emergía de sus carnosos labios. Los ojos parecían decir: *-¿Y bien? Vean, grandes y chicos, pobres y ricos, como todos terminan en mis manos.*

Era Sholem el sepulturero un judío fornido, de mediana estatura, rengó de una pierna, con las cejas espesas, los ojos verdosos y saltarines, que se movían de un lado a otro como si realizaran una carrera en su rostro colorado y enrojecido por el exceso de alcohol. No había funeral en el pueblo, donde Sholem no estuviese por lo menos semi-borracho. Por cierto que el resto de los sepultureros, como el alto Berl, Zelig Gelbard y otros, tampoco odiaban el trago, pero nunca hubo ni punto de comparación en relación con Sholem. No sólo bebía, vaciaba las botellas. Cada vez que participaba de una fiesta, ya fuera ésta una boda o Bris (ceremonia de la circuncisión), se le brindaba varias copas de bronfn (vodka), que en realidad constituía una especie de soborno, estrategia que se utilizaba para lograr que abandonara lo antes posible la fiesta, y no siguiera interrumpiendo con su presencia el desarrollo de la misma.

Así vivió Sholem durante muchos años en el pueblo, asistía a las fiestas, aceptaba los sobornos, casi todos los años festejaba un Bris en el seno de su hogar, sepultaba a sus muertos y bebía el alcohol más puro, razón por la cual su nariz se tornaba cada vez más colorada.

Durante la Primera Guerra Mundial, cuando la fiebre tifoidea comenzó a propagarse, se producían muertes todos los días, a veces varias por día. El oficio de sepulturero adquirió de pronto un nuevo auge. De hecho, los enterradores no daban abasto, y Sholem era el más ocupado. Cuanto mas trabajaba, más bebía. Y no sólo la nariz quedaba del color de las remolachas, sino también su rostro y cuello, el cuál se volvía gordo y carnoso. En algunos funerales, se presentaba tan borracho que, a duras penas, podía mantenerse en pie. La epidemia arrasaba con el pueblo ante la impotencia de la comisión sanitaria. Todas las mañanas surgían nuevas y tristes noticias sobre los fallecidos durante la noche. Bastaba que Don Shoul, el enfermero mayor y más antiguo del pueblo, visitara a algún enfermo, para advertir que ese era ya candidato para Sholem el enterrador. Parecía que la comisión sanitaria estuviese en guerra con Sholem. El más fuerte de ambos triunfaría. Mientras tanto, Sholem iba ganando la batalla, enterraba a los muertos y bebía.

Durante el invierno en plena ocupación alemana, sucedió que en sólo una semana murieron diez enfermos de tifoidea, y Sholem el sepulturero enterraba y bebía. Curiosamente, esa misma semana, fue robada una vaca en el pueblo y llegaron rumores a la policía de que la vaca fue carneada. Por temor a que el ladrón fuera descubierto, la enterraron en el cementerio judío. Varios milicianos y un oficial alemán se apersonaron en el cementerio y comenzaron a excavar. Con gran sorpresa se encontraron en la fosa con un cuerpo completamente desnudo y sin la mortaja que tradicionalmente se usa según el rito judío. La terrible noticia se esparció por todo el pueblo, enseguida se hicieron presentes en el lugar los sepultureros, encargados de la comisión de la Kehilá (comunidad) y curiosos. Al revisar otras tumbas, se encontraron con la misma anomalía, esto confirmó la sospecha de que algo malo estaba ocurriendo, ya que una vez abiertas, éstas mostraban los cuerpos desnudos de personas recientemente fallecidas. La gente se dirigió a la casa de Sholem, armando un gran tumulto, más él no se inmutó, con actitud indolente afirmó desconocer lo acontecido. Sólo cuándo los "Majliakes" (bravucones) del pueblo le hicieron "entender" con los puños que si no confesaba la verdad, él mismo pronto necesitaría de un enterrador, Sholem confesó: él era quien despojaba a los muertos de sus mortajas, con la finalidad de venderlas, ya que la tela blanca había subido considerablemente de precio.

No es difícil imaginar todo lo que ocurrió en ese momento en el pueblo. Todos los insultos y maldiciones existentes cayeron sobre Sholem y, de no haber sido por los milicianos, los "Majliakes" lo hubiesen linchado. Como consecuencia de lo sucedido, fue enviado a la cárcel y durante todo el trayecto hacia ella fue hostigado y maltratado por todo el pueblo que lo condenaba.

Nunca se supo que sucedió después con Sholem el enterrador. En el pueblo se comentaba que se había convertido en un vagabundo y que, había muerto como un indigente en algún lugar. Los judíos religiosos afirmaban que él debía pagar sus pecados en este mundo. Nunca se supo donde fueron a parar sus restos. Muchos años después, se seguía maldiciendo su memoria, cada vez que era nombrado.

--- 0 ---

EL HOMBRE DE LAS LIMONADAS

Itzjok, quien también era conocido como el "hombre de las limonadas", porque apenas comenzaba el verano buscaba su viejo delantal blanco (que databa de la época de la ocupación rosa), coloreaba sus dos grandes tachos con pintura roja, lavaba los cucharones, y haida! (¡adelante!), se lanzaba a la calle con su mercadería.

Era alto, encorvado, casi jorobado, con una barba blanca y pequeña, cejas espesas, grandes ojos verdes, una nariz prominente que adornaba su cara amarillenta, propia de un anciano de más de setenta años.

Ninguno de sus hijos vivía en el pueblo. Ellos se encontraban dispersos por el mundo. De vez en cuando, recibía de ellos una cartita y para los Yom Tov (días de fiesta) unos pocos dólares. Itzjok trabajaba también como cuidador en el depósito de trigo de Shatan Spaichler. Pero su ingreso principal provenía de la venta de limonada, que en los calurosos días de verano él mismo preparaba. De hecho, él y su mujer Hanne, tenían que generar por si mismos su sustento.

En el pueblo tres hombres se destacaban por su popularidad: Slek, con el agua de soda, Don Jémie, con sus arvejas hervidas, y Itzjok, con la limonada.

Don Itzjok fabricaba su mercancía en una pequeña pieza donde siempre reinaba la oscuridad. Merodeaban allí, bastante a menudo, pequeños ratoncitos y a veces también ratas adultas. De nada servían las recomendaciones de nuestras madres, en el sentido de que no debíamos beber la limonada, ya que no se tenía la certeza de que algunos ratoncitos no se hubieran bañado antes en los tachos de Don Itzjok. Apenas el aparecía en la calle con sus dos tachos colorados, en los cuales nadaban majestuosos, trozos de limones y pedacitos de hielo, nosotros los chicos sin poder resistir la tentación, nos abalanzábamos hacia él y gastábamos hasta el último centavo (si es que quedaba alguno) por un vaso de limonada fría.

Así transcurrían los años de Don Itzjok en el pueblo, quien vivía en una pequeña casita de la calle Pintes. En las noches invernales se lo encontraba vestido con un gran tapado de piel, la cabeza cubierta con un pasamontañas, grandes botas en los pies, y portando un palo en las manos. A nosotros los niños eso nos inspiraba temor, ya que nos imaginábamos que así debía ser la figura de un oso. Contrariamente, en verano, luciendo su delantal blanco, los tachos llenos en sus manos y con una voz enronquecida, vociferaba: *-un vasito de limonada fría, un vasito de limonada fría!* Esa figura nos parecía menos temible que la del invierno.

Un sábado de madrugada en el mes de Av, mientras nos encontrábamos durmiendo y en el barrio de Pintes reinaba la tranquilidad, los grandes carros se encontraban parados majestuosamente en fila, y las chivas comían sin problema el fresco heno de los asientos, repentinamente se escuchó un llanto desgarrador, todos corrimos hacia las ventanas y desde allí pudimos divisar a Don Itzjok retorciéndose las manos mientras sus viejos ojos derramaban un torrente de lágrimas. Pasaron sólo unos minutos antes de enterarnos de que, esa noche, su esposa Hanne había fallecido.

La calle Pintes se conmocionó. Las mujeres llegaban corriendo, algunas con ropa de dormir, otras con ropa sabática. Los hombres, debido al descomunal apuro y caos reinantes, vestían sus pantalones sabáticos junto a túnicas de tela de uso semanal. Llegaban, colocándose alrededor de Don Itzjok, Don Hersh, "Kaiser", Don Jaime, "Terk", Don Yosef Wolf, el cochero, Don Mordejai, quien recibía gente a comer sin cobrar, Don Ezriel Yorek, Don Moishe Ioniwitzer y otros. Niños descalzos salían de sus camas. El círculo de personas se agrandaba cada vez más. Los hombres le decían: *Hoy es sábado, y no se debe llorar*, acotaban. Las mujeres, moviendo sus cabezas, se sonaban fuertemente las narices en sus delantales. *-Una gran pena por el viejo-* decían, *-va a quedar muy solo, y no tendrá quien le alcance un poco de comida caliente. ¡Pobre! Hanne era una santa, que Dios la tenga en su gloria.*

Don Itzjok guardó Shiwe (período de estricto duelo) rigurosamente. No salió de su casa durante ocho días, dejando de vender su bebida, a pesar de que el calor fustigaba como brasas ardientes, que caían del cielo. La gente padecía de sed, deseando ávidamente un vaso de limonada fresca. Slek, no se daba abasto con el agua de soda. Todas sus hijas acudieron a colaborar en la venta. La gente hacía fila, para conseguir un vaso de agua helada.

Justo en vísperas de Tisha Be Av, Don Itzjok finalizó la Shive. Su rostro amarillento y arrugado conservaba todavía las huellas del dolor. Su cuerpo estaba más encorvado que antes. Pero la temporada de calor apremia y es menester reanudar el trabajo. En Tisha BeAv el calor arreciaba intensamente, la gente sedienta tenía la lengua pegada al paladar, pero era día de ayuno y no se podía beber hasta después de rezar Maariv. La gente, mirando al cielo, escudriñaba las estrellas. Finalmente el día terminó y, afortunadamente, sobrevivimos.

Después de Maariv, la calle se inundó de gente, que divisó a Don Itzjok parado contra la pared de la Sinagoga con sus dos tachos llenos de limonada, vociferando con voz enronquecida: *-un vasito de limonada, un vasito de limonada*. Una gran tristeza se reflejaba en cada una de sus palabras. Pero esa vez, fueron innecesarias sus promociones, el público se lanzó sediento tras un vaso de limonada y éste apenas lograba atender tan fuerte demanda, la gente empujaba, todos querían ser atendidos primero, le lanzaban las monedas en la mano y, en pocos minutos, la preciada bebida se agotó. El viejo rostro se iluminó un poco, los ojos opacos adquirieron más brillo. Con los tachos vacíos y los bolsillos llenos de monedas de cobre, se dirigió a su hogar con un buen semblante. El haber podido vender los dos tachos de limonada le habían proporcionado un poco de consuelo luego de la muerte de su esposa.

--- 0 ---

DE VISITA AL PUEBLO

(Escrito antes de dejar Polonia)

Cada vez que me encuentro en el pueblo en época invernal, este me parece envuelto de tristeza. Las pequeñas casas con ventanas cubiertas de escarchas de nieve y trozos de hielo que cuelgan de los techos, ofrecen una visión de melancolía. La bomba de agua en el mercado, está envuelta de paja, como si se temiera que se pudiese resfriar, como un anciano, valga la comparación. Y cuando se bombea un balde de agua, el eco retumba lejos por el pueblo llevando temor y tristeza a los corazones.

Pero, que diferente es el verano, bañado de verdor, y rodeado de ambos lados por el río Warta, sobre el cual navegan lanchas con jóvenes parejas que cantan, el pueblo parece festivo, cual una novia embellecida antes de ser llevada al altar. No en vano, los grandes señores que visitan este lugar en verano quedan cautivados por su belleza. Los bulevares arbolados, el bosque cercano junto al río, jardín del pueblo, hacen respirar romanticismo y sentir una poesía plena y encanto. A dos kilómetros del pueblo, ya se percibe su cercanía.

Pero, ciertamente, nuevos y difíciles tiempos han llegado al mundo, más, no nos quejemos. Es domingo por la tarde, el sordo Moishe, lleva una ternerita que adquirió de "ocasión" donde un campesino conocido en una aldea cercana. El sordo Moishe, camina por la carretera con su pipa llena de tabaco entre los dientes, empujaba y hace marchar a la ternerita que es bastante caprichosa. Don Moishe la sostiene por la cola, tratando de llevarla por la derecha, pero ella se empecina, y solo quiere ir a hacia la izquierda (después de todo es solo un animal), y repentinamente el viento trae al "coche" que llega corriendo como el diablo, y ambos, el sordo Moishe, y la ternerita, se retiran a un costado, esperando que el ómnibus pase, no sea que mueran atropellados por el.

Cerca del bosque, o como se le denomina familiarmente en el pueblo, en la "laske", se encuentran las "figuras" de los dos hermanos, que se mataron por una joven, a la cuál ambos pretendían para novia. Existen diferentes leyendas al respecto en el pueblo. Un poco más lejos, se encuentra el hospital. Los enfermos caminan en círculo, enfundados en sus blancas túnicas, y cuando un autobús pasa cerca del edificio, ellos se ubican cerca de la pared, para echar un vistazo a los pasajeros, quizás puedan ubicar a algún conocido.

Mas allá, como un huérfano se yergue la gran barraca, que perteneció en una época al ricachón Don Motl Goldberg. En otros tiempos, trabajan allí muchos obreros. Se exportaba la madera a lugares distantes. Todo el tiempo rugían las máquinas. Hoy, solo quedan los recuerdos, ya que Don Motl Goldberg empobreció, y de disgusto le sobrevino un ataque al corazón que lo envió al otro mundo. La que otrora fuera su casa, hoy se convirtió en un negocio de comida, donde los gentiles consumen "kielba" (fiambre polaco) y beben bebidas alcohólicas.

Los dos puentes, que en una época unían al pueblo con los aldeanos, hoy están levantados. Por ahora se utiliza el puente provisorio, y los judíos del pueblo que cuentan con escasos clientes en sus comercios, se dedican a observar los trabajos alrededor de los sólidos puentes, y opinan acariciándose sus barbas suavemente y en forma cadenciosa.

En el bulevar de los aledaños de Kalisz, todavía se encuentra la vieja casita de madera donde se pueden comprar helados y agua de soda con zumo de frutas. Últimamente, también en esta casita, hubo un cambio radical, ya se exhibe un cartel que dice que ahora es una heladería (Jlodnia); después de todo, hay progreso. Al pueblo se llega en un autobús, con mucho ruido y estrépito. Enseguida se forma una rueda de judíos que examinan a cada visitante y le saludan con un amplio "Sholem Aleijem".

El viejo mercado, donde se levanta la Intendencia, también ha sido modernizado. Allí donde antes solían ubicarse los campesinos para ofrecer sus mercaderías, como manteca, huevos

y aves, y en los días de feria reinaba un gran bullicio, ahora reina el silencio. Alrededor de la Intendencia se plantaron pequeños arbolitos, y se hizo una plaza, rodeada de pasto. Hay en ella también bancos pintados, donde se sientan los ciudadanos gentiles del pueblo, también los judíos que desde hace mucho no ganan el sustento, suelen hacer uso de ellos, aspirando aire puro y gratuito.

Varias de las grandes tiendas tuvieron que liquidar sus mercaderías y cerrar sus puertas a raíz de los malos tiempos. Hubo muchos cambios. En un lugar donde antes funcionaba un tendero, ahora hay una carnicería, pero, prácticamente, no se ve ningún cliente. *-Cuál es el problema?* Pregunto al carnicero. *-Contingent* (cupos). Me contesta. Ya entiendo.

La vida cultural también se redujo a una menor escala que en los años anteriores. Todos los partidos que se encuentran en el pueblo, desde el "Aguda" hasta los "Kombatantn", se pelean, un poco naturalmente. En la Kehilá se ha nombrado a un comisario, quien no conoce el idish. El empleado gentil, atiende y despacha a los interesados en la cocina. La biblioteca judía es la que mantiene la vida cultural en el pueblo.

El viejo Bet-Hamidrash, se encuentra ahora sobre al nuevo mercado, siguiendo así el rumbo de los nuevos tiempos. El patio, allí donde uno podía transitar libremente, está ahora rodeado por un cerco. En otros tiempos nos llegaban desde el Bet-Hamidrash las voces de los que estudiaban la "Gemará" ⁽¹⁾ Uno de los libros de lectura de la religión judía, voces lindas y piadosas. Hoy, en el mismo lugar, podemos divisar a dos jóvenes que bostezan.

Tampoco hoy vemos a los chivos paseando libremente como antaño, por las callejuelas, con sus barbillas, comiendo pasto seco y heno de los techos y carruajes. Sin embargo, todavía se puede encontrar un chivo solitario, como si fuera el último mohicano, que nos recuerda el pasado, cuándo los chivos eran algo muy popular.

Y a pesar de todo, la vida judía palpita en el pueblo sin que se tome en cuenta las leyendas en las paredes, que exhortan al público no comprar en los negocios judíos.

Cuándo se pregunta a un judío en el pueblo, que noticias tiene, el contesta: *-todo bien, bastante bien, lo principal es no perder la fe, oí que cosa buena, es la fe, sobre todo, para un judío en la época actual.*

--- 0 ---

⁽¹⁾ Uno de los libros de lectura de la religión judía.

פון אימיגרענטן לעבן
LA VIDA DEL INMIGRANTE

MOISHE EL INVÁLIDO

(De la vida judía en La Paz)

En La Paz, comenzaron a llamarle "Moishe el inválido" (Moishe kalike) desde que le fueran amputadas ambas piernas, hecho que desató una verdadera conmoción en la comunidad judía (Ishuv), pero los doctores así lo exigieron, ya que de lo contrario, alegaron, no sobreviviría, debido a la terrible enfermedad que le aquejaba.

Moishe llegó a Bolivia un poco antes de que estallara la segunda guerra mundial, proveniente de una aldea cercana a Zaklikow. Nunca se imaginó que algún día iba a residir en un país tan lejano y montañoso como Bolivia. En su pueblo Zaklikow, de la zona de Lublín, trabajaba en el huerto que su padre poseía, ayudándole a transportar la cosecha de frutas al pueblo cercano. Más tarde, cuando su padre falleció, toda la responsabilidad de mantener el hogar recayó sobre él, lo cual implicaba un trabajo arduo y permanente. En invierno, mientras el trabajo del huerto disminuía, Moishe realizaba trabajos de zapatería, remachando zapatos, colocando suelas, y por fortuna el trabajo no le faltaba.

Pero, llegaban otros tiempos a Polonia, el antisemitismo fue diseminándose cada vez más y llegó también a la aldea de Zaklikow. Nadie quiso rentar a Moishe un huerto, alegando que ello pretendía para especular, y, si lograba que le arrendaran alguno, le robaban y agredían, tirándole piedras con sus gritos: *-judíos váyanse a Palestina!*

Esta clase de vida, comenzó a cansar a Moishe y las historias que se propagaban desde un pueblo cercano a Zaklikow acerca de "América" le interesaron mucho. Por cierto, las historias no se referían a India o a la América de New York o Chicago, sino a esta otra América, dónde se encuentra un país como Bolivia. Un país muy lindo, un lugar donde se puede encontrar mucha plata en el interior de las montañas (solo hay que buscar cuidadosamente...). Varios judíos del pueblo que habían emigrado hacia poco tiempo, se convertían en millonarios en Bolivia. Incluso el carnicero del matadero de Zaklikow que emigró allí, y según comentarios de la gente, ya no tiene el mismo oficio, la carnicería, sino que trabaja como vendedor ambulante y gana mucho dinero. Incluso, ya le envió a su esposa documentos y dinero, para que pudiera ir a reunirse con él. Y bien, comentaban los judíos, debe ser un paraíso esta Bolivia. No será New York, pero no importa. Es la tierra de Colon, donde no es necesario esperar una cuota de inmigración, ni pasar por exámenes médicos. Los parientes de los pocos que ya se habían instalado en Bolivia decían "por hora dejan entrar a los judíos allí, por lo tanto vale la pena ir ahora, después se verá".

Moishe se preparaba para el viaje, y cuando llegó la fecha señalada, le fue muy difícil partir. Fue muy triste la despedida de su anciana madre y de su hermana aún soltera. Las lágrimas le ahogaban y no le permitían pronunciar palabra alguna, era como si su corazón se hubiera cerrado. Cabizbajo y sin palabras se despidió de ellas, prometiéndoles escribir pronto y partió.

En La Paz, Moishe se encontró con muchos conocidos de su tierra. Casi enseguida se hizo de un paquete de mercaderías, y comenzó a transitar por los barrios de Miraflores y Altiplano, atrayendo una numerosa clientela. Sus compradores eran cholas e indios, con quienes se comunicaba fácilmente por señas y gestos, ya que no hablaba el castellano y el aymara (idioma indígena), sin embargo la venta de las "chompas" se concretaba sin dificultades.

Después de varios meses de trabajo, Moishe comenzó a sentirse cansado, sentía fuertes palpitaciones en el corazón al caminar por las empinadas calles de La Paz, a 3.700 metros de altura sobre el nivel del mar. Sus compañeros le sugirieron entonces, dejar el trabajo de venta ambulante y cambiar de ramo, por ejemplo, instalar una tienda de zapatos, de eso también podría vivir.

Moishe mantenía un contacto epistolar con su madre y hermana. Les decía que estaba bien, que ganaba plata, y cuando llegara a ahorrar los primeros cientos de dólares, lo primero que haría, sería traer a su hermana a "América".

Cierta noche, cuando Moishe se encontraba cenando en el Círculo Israelita, comenzó a sentirse muy mal, los amigos lo llevaron a su hogar, y al día siguiente los médicos diagnosticaron que padecía de un fuerte tifus, así que hubo que internarlo en el hospital general de la ciudad.

Allí en el hospital, estuvo acostado entre las mujeres de pollera, sintiéndose molesto por la gran cruz que colgaba en la pared frente a su cama, ello motivó que le pidiera al presidente del Bikur Jolim (comisión de asistencia a los enfermos y necesitados), Don Fishel, que lo cambiaran a otro hospital. Ya en el hospital Santa María, los facultativos determinaron que había que amputarle ambas piernas porque presentaban signos de gangrena. Moishe no tuvo más que aceptar su infortunio, e incluso tuvo ánimo para consolarse a él mismo y a sus amigos que lo circundaban diciendo "aunque no tenga más piernas, igual con un cochecito voy a poder ir de un lado a otro", y tenía la esperanza de poder volver a ver a su madre y hermana.

Transcurrían las semanas y Moishe permanecía internado en el hospital. El Bikur Jolim le contrató una enfermera para que lo cuidara. Todos los domingos, recibía las visitas de amigos y conocidos que le traían diversos obsequios, golosinas y comida para alegrarle el corazón. Moishe les observaba y a ratos una débil sonrisa iluminaba su rostro. La gente trataba de reconfortarle, diciéndole que pronto lo llevarían a Chile, donde el clima es muy benigno, como en el viejo hogar, en Polonia. El soñaba, esperanzado con lo que le prometían y agradecía. Decía que en Chile, podía ser un lustrabotas, con eso también se puede vivir. Debajo de su almohada, guardaba un papel amarillento, la carta de su madre y hermana, la última que había recibido antes de la guerra.

Moishe pidió que le lean la carta en voz alta. Su madre le escribía que estaba preocupada por él, temía por su salud, se preguntaba por que hacia tanto que no les escribía, o si aquí en América las había olvidado. Las lágrimas comienzan a deslizarse por su rostro pálido y demacrado. Pensaba, con fe en Dios, que volvería a encontrarse con su madre, solo tenía que ponerse bien y se reconfortaba diciendo: *-podré vivir sin piernas, después de todo, en Chile hay tantos judíos, acaso no podré ganarme la vida como lustrabotas?"*

En una tibia mañana de Simjat Tora en el Círculo Israelita, la gente se regocijaba bailando con la sagrada Tora, olvidando las penurias y tristezas, las agobiantes noticias del viejo hogar, donde nuestros hermanos padecen las persecuciones del demoniaco Hitler, maldito sea su nombre. Lejos de la rutina de "tarjetas", "clientela", "cobranzas" "mercadería", etc., nos sentíamos elevados por la armonía de los hakafot (bailes en ronda) que tocaba don Yejezkel entonando la dulce melodía de "Sisu Vesimju, Besimjat Tora"

Súbitamente, la fiesta se interrumpe, llegó un médico enviado del hospital, para transmitirnos, la triste noticia: Moishe, el invalido, había fallecido la víspera, y solicitaba a "sus paisanos" se encargaran de retirar el cuerpo del hospital. Se apagó la algarabía, las oraciones se interrumpieron, la fiesta de Simjat Tora, quedó trunca.

Moishe tuvo un entierro muy concurrido, casi todos los judíos residentes vinieron a acompañar a este desdichado a su última morada. En ese entonces todavía no había un cementerio judío, por lo que se le enterró en uno cristiano. Caía una fina llovizna, como si el cielo estuviese triste y acompañase esta desdicha. Se lamentó la partida de esta alma desamparada, sin familia. Los locales no comprendían a que se debía que tantos "gringos" se hubiesen congregado

para el entierro. Un cura franciscano decía unas oraciones en una procesión de un entierro que pasaba muy cerca y sus palabras se entremezclaban con las que en ese momento pronunciaba el Shojjet. Los hombres suspiraban, las mujeres se secaban las lágrimas.

Shojjet hizo maspid (oración fúnebre), otro polaco coterráneo suyo dijo el Kadish (oración de duelo). Se puso la estrella de David sobre el cajón y en el nicho. El desdichado Moishe fue enterrado en un mausoleo colectivo. Todos los presentes lo acompañaron con su dolor, un árbol tan joven arrancado, quebrado tan tempranamente. Pobre, no tuvo suerte en la vida y tampoco después de muerto...

--- 0 ---

SHOLEM TRAS UNA FAMILIA

(De la vida judía boliviana)

Él se llamaba Sholem Goldberg (montaña de oro), pero en Polonia no poseía ninguna montaña de oro, ni siquiera de plata. En el pequeño pueblo de la zona de Lubliner, donde vivía Sholem, se ganaba el sustento, como la mayoría de los judíos del pueblo, con el comercio.

Los tiempos se ponían difíciles, ya no se podía ir a las ferias de Polonia, el antisemitismo seguía en aumento. Los carteles que se ponían a los comercios judíos "Svoi do svego" (cada cual con los suyos), impedían que los clientes gentiles le compren a los comerciantes judíos. En los mercados de la zona de Poizne, los puestos fueron "vendidos" antes que los comerciantes judíos pudiesen comprarlos, mucho antes, con semanas de antelación, y muchas veces ni siquiera se podía desempacar la mercadería.

Dado que un amigo de Sholem ya estaba radicado en Bolivia hacia un año, Sholem Goldberg juntó dinero, sus últimos cientos de slotis y teniendo en cuenta que se podía viajar a ese país obteniendo una visa sin ningún tipo de dificultad, empacó su ropa sabática, las pocas camisas que tenía, se despidió de su esposa y de su hijita de cuatro años, de todo el pueblo y se embarcó hacia la nueva tierra boliviana.

Sholem hizo el camino que todos los "grine" (inmigrantes) tuvieron que transitar hacia la tierra desconocida. Sus compatriotas le dieron un paquetito de mercadería con el cual hacia la trayectoria por las altas montañas de La Paz. Más tarde se trasladó a la segunda ciudad boliviana de Cochabamba, que no es montañosa y se encuentra a menor altura que La Paz. Allí prosiguió su comercio junto a mujeres originarias de las cuales aprendió su idioma, el quechua.

Sholem extrañaba su antiguo hogar, su pueblo, la tranquilidad, los sábados y los días festivos, a su mujer y a su hija. En todas las cartas su esposa le hacía conocer las ideas ingeniosas y las salidas de su hijita, de su familia, de los amigos y conocidos, y todo eso estaba tan lejos. Con cada carta que recibía de su hogar derramaba lágrimas. Había pocos judíos en Cochabamba. Sholem trató de estar en contacto con ellos y pensaba que no podía traer a su familia a una "tierra salvaje". Si Dios quiere, pensaba, voy a juntar unos pocos "toler" (dólares) y volveré a Polonia. Sholem siempre decía "el mundo no es cualquier cosa, no puede estar loco, también en Polonia las cosas van a mejorar".

El viernes al amanecer, el 1ro. de septiembre de 1939, cuando Sholem aún se encontraba acostado sobre la cama metálica, solo en su dormitorio, y meditaba acerca de su solitario destino en esta tierra extraña, escuchó el sonido de las sirenas, y la alarma general. Sholem se sobresaltó y cuando el sonido de las sirenas no paró se vistió rápidamente, y salió a la calle, allí se enteró de la triste noticia temida por todos, lo más terrible había sucedido, se anunciaba que en Europa había estallado la guerra, y que Hitler había atacado Polonia sembrando muerte y destrucción.

Un sudor frío atravesó a Sholem, porque aquello a lo cual él tanto temía se había vuelto realidad. Pero más aun le remordía la conciencia, por haber sido negligente. El había tenido la posibilidad de traer a su esposa e hijita aquí, y no lo había hecho. Ahora todo estaba perdido. En la calle se veía un gran movimiento. En el círculo judío, los inmigrantes se encontraban reunidos. Todos los corazones estaban destrozados, embargados por la tristeza. Se escuchaba la radio, la cual transmitía las noticias acerca del avance del ejército alemán, el cual ocupaba los pueblos polacos, y con creciente temor cada uno pensaba en su familia, en aquellos a los que habían dejado del otro lado del mar...

Con el transcurso del tiempo, se fueron acostumbrando a la tragedia europea. En el fondo del corazón, cada uno pensaba, que su familia se había salvado. En las primeras semanas de la guerra muchos recibieron cartas del viejo hogar, y entre ellos también Sholem. Con ello se

tranquilizó un poco, y prosiguió con su trabajo. Se levantaba bien temprano y con la bicicleta iba a visitar a sus clientes. Cobraba, contaba las tarjetas de varios cientos de clientes, y se fijaba que el dinero se acumulase en los bancos.

Cuando la guerra finalizó y Sholem, como muchos otros, se enteró de la terrible verdad, de que no había ninguna esperanza de que volviese a ver su esposa e hijita, se amargó profundamente. Noches enteras, empapó su única almohada con amargas lágrimas. Su único consuelo radicaba en el hecho de que dos de sus hermanos se habían salvado de las garras de los nazis pues él los trajo a Bolivia, y, como en ese entonces ya se le consideraba como millonario, acomodó a sus hermanos a todo confort. A uno le instaló un comercio en Cochabamba, y el otro emigró a los Estados Unidos.

Los amigos continuamente aconsejaban a Sholem de que no era bueno que viviese solo, que debía pensar en formar un hogar, tal como lo hacen los otros, los que también habían perdido a su familia. Como Sholem ya era un importador, cada vez traía más mercadería desde Nueva York, , donde conoció a una muchacha mayor, una abogada, que quiso casarse con él y no tuvo reparos en cambiar la gran Nueva York por un pequeño pueblo boliviano. Sholem se casó y trajo a su esposa a Cochabamba, y grande fue su alegría cuando al año su joven esposa le dio un hijo. El estaba en la gloria.

Pero un negro nubarrón pendía sobre la cabeza de Sholem, su esposa no quería permanecer más en Bolivia, y tampoco le complacían los modos de Sholem. Ella a menudo realizaba viajes a Nueva York para visitar a sus padres, quienes causaban gran sufrimiento a Sholem, pero al no ser alguien de armar escándalos, dejaba pasar los sinsabores que le hacían pasar, ya que tampoco quería ser el hazmerreir de la gente. Resultó que la abogada no pensaba en Sholem sino en su dinero. Y cierta vez, cuando su esposa se fue con su hijo a Nueva York, se quedó allí y no volvió más. Después de unos meses, Sholem no tuvo otra alternativa que otorgarle el divorcio.

Sholem volvió a Cochabamba muy dolido, amargado y avergonzado. El niño se quedó con su madre. Él pasó días y noches terribles. Otros se burlaban de él, de que no tuvo mejor idea que elegir una abogada por mujer, y como consecuencia de ello, la esposa le ganó un juicio. Y él prometió reivindicarse. La reivindicación consistió en que desapareció de Bolivia por unas semanas y se fue a Buenos Aires, trayendo de allí una mujer, con la cual se casó por segunda vez.

Como era la vida en común de la pareja, eso seguirá siendo un misterio, pero la cara de Sholem no reflejaba felicidad. Su rostro permanecía ensombrecido, hablaba poco con la gente, se volvió introvertido, daba pena verlo. Cierta día, por la mañana, poco antes de Rosh Hashana (el año nuevo judío), toda Cochabamba se estremeció con una terrible noticia, la Joven esposa de Sholem se había ido a Buenos Aires y él se había quedado solo en su hogar. Cuando la sirvienta notó que Sholem no salía del dormitorio, aunque ya era muy avanzada la mañana, entró a la pieza y lo encontró tendido con un corte grande en la garganta, en un impresionante charco de sangre. No había dejado ninguna carta, pero se comprendía su soledad y dolor.

Al día siguiente tuvo lugar la Levaie (entierro) en forma silenciosa, lleno de dolor y congoja. Se lamentó la pérdida de la joven vida de Sholem con un final tan trágico, tan amargo.

--- 0 ---

¿POR QUÉ?

(Dedicado a mi amiga S.P.)

Al amanecer, Sorele la viuda, se despertó sobresaltada, sentía un cansancio en sus huesos. Había tenido terribles pesadillas durante la noche. Recién después de media noche pudo conciliar el sueño, y ahora, cuando comenzaba a aclarar, se despertó. Echó un vistazo al pequeño reloj que se hallaba sobre la mesita de luz, y se dio cuenta que todavía tenía una hora hasta que llegara el momento en que iban a ir al Cementerio a descubrir la Matzeiva (lápida) de su esposo Hershl, quien había muerto hacia un año a consecuencia de una terrible enfermedad, teniendo solamente 35 años de edad.

Qué rápido había pasado el año, se decía ella misma y pensaba en los sufrimientos que había padecido desde el día de su partida. Los pensamientos fluían en su mente acompañados de imágenes que surgían y desaparecían, como si fuera una película, ante sus ojos se presentan acontecimientos de su vida de joven. Recuerda cuando siendo una joven muchacha de solo 14 años de edad, a comienzos de la guerra, junto a toda su familia, se encontraba en el Ghetto de Lodz, pasaba hambre, sufrió todas las peripecias y dolores que la vida del Ghetto implicaba. Luego fue enviada a distintos lugares, donde un trocito de pan era un sueño, vio cientos de veces la muerte frente a sus ojos, ya había dejado de soñar con ver el mundo libre otra vez y poder comer hasta hartarse. Su delicado cuerpo juvenil estaba cansado, parecía haberse encogido, tenía las manos hinchadas de trabajar bajo la inclemencia del clima, sufrió lo inimaginable hasta que finalmente junto a su madre alcanzó a sobrevivir para ver y sentir la libertad y fue liberada con otros esclavos y llegaron a Munich. Allí, recuperó sus fuerzas. Su cuerpo se fortaleció, y comenzó a desarrollarse como era debido. Su cabello rubio enrulado, y sus ojos celestes le daban un aire especial. Los jóvenes recién liberados, pretendían a la hermosa Sorele, pero ella ya había elegido, a su querido Hershl.

Hershl le llevaba dos años. Un apuesto joven, de complexión mediana, con la cabeza cubierta de cabello negro enrulado, unos ojos amables, y una luminosa cara ovalada. En una velada que transcurrió en el Club Judío, invitó a Sorele a bailar. La pareja parecía flotar en la sala, conversaron muchísimo, habían congeniado de maravilla y enseguida determinaron la fecha de casamiento para tres meses más tarde. Ella se sentía feliz. Casi enseguida después del casamiento, Sorele y el esposo viajaron a Israel, pero no pudieron aclimatarse allí, y como les habían contado de que Brasil era un país "donde se nadaba en el oro", donde en suma se podía vivir bien, Hershl y Sorele, después de haber vivido durante un año en Israel, emigraron a Brasil y se instalaron en Río. Hershl se convirtió en vendedor a crédito (klaper) en el nuevo país. También Sorele instaló un negocio, una especie de salón de belleza. Pero fueron estafados y finalmente, por consejo de un amigo, pensaron en la idea de viajar a un lejano pueblo al sur del país, ya que allí, según les dijo, no les iba a faltar el sustento.

Mientras tanto, ya tenían una hija de diez años y era muy difícil interrumpir los estudios y radicarse en una zona lejana del Brasil, lejos de un conglomerado judío. Pero Hershl encontró un socio, un judío de la zona de Lodz, y una vez más se hicieron las valijas y se instalaron en el pequeño pueblo al Sur. Ambos socios abrieron un negocio. De tanto en tanto, por razones comerciales Hershl viajaba a la gran ciudad de San Pablo, llena de ambiente judío y su alegría fue inmensa cuando se encontró allí con un primo de Lodz y su familia. En viajes posteriores cuando el los visitaba, lo recibían con todo cariño y atenciones.

Mientras tanto, Sorele dio a luz a un varón y trajo un Mohel del Ishuv cercano, para realizar la circuncisión al recién nacido, se juntó un minían, y tanto Hershl como Sorele se pusieron muy contentos cuando al Bris (ceremonia de circuncisión del varón recién nacido) llegaron diez judíos, porque en el pueblo no había otros judíos más que Hershl y su socio.

Cuanto más tiempo permanecía Hershl en ese pueblo lejano, más extrañaba el estar entre judíos. Cada vez que llegaba a San Pablo, se quedaba unos días donde su primo, para poder absorber todo el judaísmo que extrañaba en la tierra lejana. Y aunque no era practicante a ultranza, su alma y su corazón vibraba cuando se acercaban las fiestas judías, especialmente las más importantes, los Iamim Noraim. Cuando su llegada a San Pablo coincidía con el inicio de Rosh Hashaná, se quedaba hasta después del Iom Kipur (día del perdón). Iba a rezar con el Talit y el Majzor (Manto y libro de rezos), y sentía honda satisfacción cuando el Jazn (cantor litúrgico) cantaba las plegarias. Se sentía muy contento con los días que pasaba en la comunidad judía de San Pablo.

A Sorele le vienen a la mente recuerdos del año anterior a la muerte prematura de Hershl. Una mañana él le dijo las siguientes palabras: *"Tu sabes querida, se me ocurrió la idea de que podríamos mudarnos a San Pablo, ya que el pueblo me queda chico, extraño, quiero estar entre judíos..."* Ella, Sorele, como una esposa fiel y leal, no se opuso a la voluntad de su marido, y su parte en el sureño negocio fue transferida a su socio, que quedó como único dueño, y ellos se mudaron a San Pablo. Una vez allí, grande fue la alegría de Hershl cuando obtuvo una vivienda cercana a la de su primo y querida prima, en el barrio judío de "Bom Retiro". Hershl consiguió enseguida un trabajo, dinero no les faltaba, nada podría salir mal, pero... un día Hershl volvió del trabajo y sintió que la pierna izquierda le dolía. Consultó a un doctor, el cual le mando sacarse unas placas, también rayos ultra violetas, le recetó unas medicinas, pero no mejoraba y cada vez se sentía peor. Los dolores en la pierna aumentaban. La abnegada Sorele lo llevó al hospital y los doctores diagnosticaron que había que operarlo.

Después de la operación cuando Sorele buscó al médico jefe para preguntar sobre el estado de su esposo, se encontró con la expresión desencajada y triste del médico. Ante su insistencia, con vos compungida el galeno le dio una desafortunada noticia, la enfermedad que padecía Hershl era incurable. Un sudor frío atravesó a Sorele. El mundo se oscureció ante sus ojos, pero trató de encontrar fuerzas, de armarse de valor para no decaer y con una fingida sonrisa en los labios le transmitió a Hershl que el doctor se sentía optimista, que todo iba a estar bien, que quizás iba a suceder un milagro, quizás el pudiera salvarse. En todo lo profundo de su alma abrigaba una esperanza.

Durante el medio año que duró la enfermedad, fue mucho lo que soportó también Sorele tanto en el hogar como en el hospital, donde se operó a Hershl por segunda vez amputándole una pierna. Ella lo cuidó, permaneció junto a su cama como un perro leal, corría tras todo lo que él necesitaba, traía a las enfermeras para que le dieran inyecciones que aliviaran sus dolores, no durmió bien durante semanas, se pasaba días enteros junto a su cama, lo confortaba tratando de hacerle creer que pronto se mejoraría, hasta aquella noche... Un temblor le recorre el cuerpo cuando se acuerda, eran las once y media de la noche, ella había corrido durante todo el día en el hospital. Hershl ya había perdido el conocimiento. Ella miraba sin ver, con los ojos en blanco, no hablaba, se agitaba, respiraba con dificultad, luchaba contra la muerte. Ella estaba desconsolada, compungida por el dolor y la impotencia. Su corazón se desangraba al ver los terribles dolores contra los que luchaba su fiel compañero de tantos años. Le dolían los pies, todo su cuerpo se encontraba muy fatigado, como si estuviese cargando sacos de plomo. Su madre intervino y la llevó a la fuerza de los pies de la cama a la pieza contigua, para que se recostase aún por unos minutos, a los pocos momentos su cuerpo cedió y se durmió. Apenas transcurridos diez minutos que se había dormido, se oyó un ruido en la otra pieza. Hershl lanzó un hondo y ronco suspiro, esa fue su última exhalación antes de morir.

Al día siguiente hubo un gran entierro. La gente se sentía compungida al ver terminar así, en forma tan dolorosa y temprana, una vida prometedora llevada con dicha. Trataban de consolar a Sorele. Un amigo dijo un discurso. Ella miraba a todos fijamente, ya no podía llorar, su corazón sangraba adolorido. Se consiguió formar un minian para que se recen los ochos días de duelo (Shive), se prendió una vela por su alma. Y ella miraba y veía el rostro de Hershl que hasta el día de hoy no olvida.

Sorele, mira nuevamente el reloj, se levanta rápidamente de la cama, se pone el vestido negro, envuelve su rubia cabeza aun infantil con un chal negro y se dirige presurosa al cementerio donde se descubrirá la lápida recordatoria, quiere pagarle a su Hershl la deuda que aun le quedó debiendo. Y mientras camilla por las escaleras no deja de repetirse las mismas palabras: por qué, por qué Dios, me sucedió esto a mí?

--- 0 ---



CÓMO ENVIAR LIBROS DE POLONIA AL EXTRANJERO

Un viejo y gran amigo me pidió desde Suiza que Le enviase unos libros en idish, puesto que según me confió, sentía una gran necesidad de leer a Peretz, quería tener el placer de deleitarse con el léxico de la literatura idish, un poco de Dr. Bal. Majshoves, un poco de Dr. Shiper, etc.

Bueno, con el mejor deseo de complacerle traté de cumplir con su pedido. Más en mi pueblo no existían esos libros, por lo que hablé con el dueño de una librería y este se contactó con un editor de Varsovia. Este último tenía los libros pero los estaba encuadernando así que después de varias semanas, felizmente llegaron a mis manos. Comencé a considerar la forma de pago, trate de dar un conforme (como lo hace la gente "decente"), pero no aceptaron y me vi forzado a pagar al contado; pero no hice mayores reparos en el gasto y los libros estuvieron listos para ser enviados.

Suena fácil enviar libros de Polonia al exterior. En primer lugar me informaron que no se aceptaban paquetes que pesen más de diez kilos. Por lo tanto tuve que hacer dos paquetes, los embalé bien, los até, los lacré, y ahí comenzó el verdadero trabajo de llenar formularios. Para cada paquete tienen que llenarse cinco formularios en polaco y francés. Los mismos eran de diversos colores: verdes, azules, blancos con rojo, luego había que colocar estampillas especiales, y otras formalidades de ese estilo, y cuando ya hube completado todo, llevé los paquetes con los papeles y me encaminé al correo. Al llegar allí me enteré que varias rúbricas no estaban en orden, hubo que agregar unas y borrar otras, en resumidas cuentas, estuve parada en la cola y esperé, me empujaban, me tironeaban, al fin, después de dos horas de espera, de escribir, de borrar, de transpirar, llegué a la ventanilla, y luego de pesar, medir, calcular, pagué como un padre los pocos shekalim que me solicitaron, y se llevaron los paquetes para enviarlos a Suiza.

Qué les puedo decir? Yo me sentía en el séptimo cielo, que va! Mi amigo iba a recibir estos preciados regalos de mi parte y se iba a deleitar de regocijo. Cada día que pasaba yo me sentía más satisfecho, sabiendo que los libros que envié llegarían a Suiza. Cuando hubieron pasado cinco días, calculé que los libros ya estarían en manos de mi amigo, que ya los estaría leyendo y disfrutando. Me imaginaba como hojeaba a Peretz con avidez y como disfrutaba con ella, todo su rostro, a no dudar, cubierto de sonrisas, empalagándose con el léxico idish, las obras del Dr. Shiper tampoco son para menospreciar, el de segura está muy contento con las finas encuadernaciones y debe estar muy agradecido por el obsequio que le envié, pensaba yo.

Así, mientras fantaseaba, escuche repentinamente el sonoro timbre. Abrí la puerta, entró un empleado de correos con el encargo de que hiciera el favor de acompañarlo a la oficina postal, dado que se presentó un problema con los libros que había enviado, resulta que fueron retenidos en Kroke en Urshond Tzelní. Apenas hube escuchado esto, me dirigí al correo y allí me informaron que como los dos paquetes conteniendo los libros tienen un valor superior a los cien zlotis, debía contar con un permiso especial de la Izba Przhemislova-Handlova de Lodz. Empecé a sentir escalofríos, y perdí el habla por la mala sangre. Comencé a correr de un empleado hacia el otro, pidiendo consejos. Se me sugirió dirigirme a una empresa que comerciaba con el extranjero. De allí volví al correo, me apersoné al Gerente General quien me expuso toda una teoría acerca de

tratados comerciales y convenciones. Dijo que debido a que Polonia no tiene un tratado de ese tipo con Suiza, yo necesitaba un permiso especial "Devizn-Basheinigung", y el dinero de la transacción debía recibirlo a través de un banco, tal como todos los demás comerciantes grandes. Luego de las explicaciones que le di, este funcionario terminó diciéndome que yo debería obtener una certificación del magistrado o de la municipalidad, en la cual se especifique que yo no era comerciante de libros y quizás con eso conseguía enviar los paquetes.

Bueno, corrí a la municipalidad, y allí me informaron que debía escribir una carta de petición, pagar por unos timbres del ministerio, así se daba inicio a una investigación que duraba varias semanas, luego de lo cual iba a recibir una respuesta. Viendo que esto era un asunto sin final, resolví retirar uno de los paquetes con libros de Kroke y escribir una petición, de forma tal que, por lo menos, me permitan enviar un solo paquete a Suiza, porque yo no soy un comerciante de libros. Nuevamente comenzó la labor de escribir media docena de formularios, agregarle una reclamación. Luego de que le pegué los timbres correspondientes, los formularios me fueron retirados. Pasaron varias semanas, y no obtuve ninguna información respecto a los libros, así que sin demora hice una visita a Lodz, a la "Izba Przshernislova-Handlova". Cuando llegué allí el jefe me anunció al delegado de una sección especial. Me coloqué en la cola junto a grandes comerciantes, fabricantes, industriales, quienes realizan transacciones de varias cifras con el exterior, y yo ahí entre ellos con mi "transacción de libros para Suiza". Finalmente fui recibido por el delegado, me escuchó y me señaló que era necesario que escribiese una solicitud determinada. Luego de ello, llené un montón de papeles. También tuve que presentar documentos de que yo no comercio con libros, recién al segundo día recibí un permiso para poder enviar los dos paquetes de libros en el que se especificaba que todo estaba en regla y que los podía enviar a Suiza.

Lógicamente ustedes se preguntarán cual fue el final. Muy simple, después de varias semanas, mi amigo recibió un paquete, el segundo, lo recibí yo, de vuelta de Kroke. Se sobreentiende, que encima tuve que pagar varios zlotis, por el envío de retorno. Pero fue interesante, después de todo, mi amigo recibió varios ejemplares de Peretz, del Lexicón recibió dos ejemplares y el resto se quedaron conmigo.

Ahora, cuando haya descansado un poco del trabajo que he tenido, le enviaré el segundo paquete. Hice el cálculo que en total llené nada mas y nada menos que veintiocho formularios de al menos cinco diferentes colores, y todo eso porque quise enviar -no comerciar- un poco de cultura hacia el exterior.

--- O ---

UNA VIVIENDA CON COMODIDADES

Primero Dios y luego los revendedores, me dieron finalmente, una vivienda con todas las comodidades, *tal como yo la quería*. A pesar de todas sus virtudes, la vivienda también tenía sus defectillos, por ejemplo demasiadas escaleras, un vecino con una esposa y un niño que gritaban toda la noche y no dejaban pegar un ojo y otras pequeñeces de ese tipo. Pero, comparada con todas las demás casas que vi últimamente, esta era realmente una vivienda con muchas virtudes, y por sobre todo, con todas las comodidades, con una hermosa bañera y una ducha que habían sido el sueño de muchos años.

Terminada la mudanza, los primeros días en nuestra nueva casa, fueron extenuantes, estuvimos desempacando, ordenando y acomodando los muebles, por lo cual francamente no tuve en realidad, tiempo para prepararme un baño. Recién cuando me libré un poco del trabajo, comencé a prepararme para tomar un relajante baño, pero en ese momento se presentó mi vecino. A qué podría deberse su visita? Me preguntaba yo. Resulta que el niño estuvo últimamente enfermo (por eso es que gritaba toda la noche, recién lo entendí), y no se le pudo bañar, y como gracias a Dios esta mejor, hay que bañarlo todos los días, por eso me solicitó, como "ser humano" que le preste mi bañera y agregó que puesto que el agua estará caliente, él también podría aprovechar para bañarse. Y bueno, uno no puede ser tan cruel y negarse a esta clase de pedidos, por lo tanto lo permití, como todo ser humano debe hacerlo.

Al día siguiente, sonó el timbre, abrí la puerta y entró mi tía Gnendl (por parte de mamá) con su hija Mirl, mi prima. Con un amable buen día y una sonrisa en sus labios, mi tía Gnendl me preguntó si no me oponía a que ella se diera un baño en la bañera con su hija, debido a que le colocaron ventosas y se le aconsejó que por lo menos se diera cuatro baños de inmersión a la semana. Como puedo estar en contra? -le conteste. Como se puede ser tan grosero y negarse, cuando uno posee una vivienda con todas las comodidades. Así que les permití y mi tía Gnendl con la prima Mirl se dispusieron a bañar y yo postergue mi baño para el día siguiente.

La tía se fue recién de noche, y continuamente se pasó bendiciéndome y no cesó en alabar la vivienda con todas las comodidades. Enseguida que se hubo ido, llegó el tío Hershl con su escasa barba grisácea que parece un ganso desplumado, llevando de la mano a un niño de unos seis años con la cabeza vendada, su pequeño nieto. Luego de saludar tímidamente, diciendo un buenas noches, me contó que su nieto Moishe Jaiml tenía una especie de granos en la cabeza. De seguro, no era un eczema, eso lo dijo el doctor y les aconsejó colocarse una pomada verde en la cabeza, y por sobre todas las cosas lavar la cabeza.

-Bueno -me dijo el tío Hershl- *dónde puedo tener una mejor oportunidad mejor que aquí? Dios te ayuda y tienes una vivienda con todas las comodidades, pues donde podré lavarle mejor la cabeza al niño que en tu cuarto de baño?*

Por cierto, mi tío tenía razón. Hay que tener corazón de piedra para no permitirle una pequeñez como esa al propio tío, a la propia sangre, a la propia carne, y más aun cuando se trata de un remedio. Y el tío Hershl acotó que él también se bañaría pues no tiene miedo de contagiarse, después de todo, es un ex soldado ruso. Porque se lo impediría? Postergue una vez mas mi baño hasta que hubiese una mejor oportunidad, y el baño estuviese libre.

Dios me ayudó y pude librarme del tío Hershl y su nieto con su sarpullido de la cabeza. Yo le estaba agradeciendo a Dios, pensando en que ya no tenía más familia, pero estaba muy equivocado, me había olvidado por completo de la tía Rivke (por parte de papá) que hace ya mucho tiempo sufría de reumatismo, entonces, quien sino ella, necesitaba desesperadamente baños de inmersión? Pues llegó ella y trajo consigo, bajo su brazo, un paquete de sal de Checoslovaquia, quejándose de mi, enojada porque yo no le había dicho que tenía una vivienda con todas las comodidades y ella tuvo que enterarse por terceros.

Socorro! Denme una idea o consíganme una vivienda sin comodidades, ya que mi familia se acrecienta día a día, hora tras hora, Yo temo, por cierto, que todavía me aparezca familia de la provincia, todo eso debido a que mi vivienda tiene comodidades.

--- 0 ---

ANECDOTAS DE UN RECIEN MUDADO

Me mudé a una nueva casa y bueno, se imaginaran que no me faltó trabajo. Estuve varios días trabajando como un burro, me las tuve que ver con los pintores, carpinteros, y hasta con los transportistas. Y Uds. deben saber que los transportistas de mudanzas tienen por costumbre que, cuando llevan los muebles de un lugar a otro, siempre rompen algo, a una mesa le quiebran una pata, a un ropero le estropean la base, al sofá los resortes, etc. Por lo mismo, todo el tiempo que duró la mudanza yo anduve muy nervioso, no sea que a la nueva casa me traigan la cama rota, la vajilla destrozada, trozos de espejo, o la mesa coja. Este nerviosismo me duró hasta que vi todo mi mobiliario ubicado en el nuevo hogar, sin mayores problemas. Se sobrentiende que me sentía feliz y haciendo acopio de mis últimas energías, ya que me encontraba muy pero muy cansado. En la entrada coloqué la plaquita de bronce con mi nombre y el timbre, para que la gente supiera que realmente ya habitaba la casa.

Una vez que lo hube hecho y sintiéndome agotado, me recosté en el sofá a descansar y dormir, pero, como dice el dicho, el hombre propone y Dios dispone, y esto se puede aplicar como verán a continuación. No había alcanzado a dormirme completamente, cuando repentinamente, *ding dong!* Un fuerte timbrazo me despertó. Medio dormido y tambaleándome como un ebrio llegué a la puerta. La abrí y entró una gorda mujer, que llevaba un delantal blanco, me saludó con un cordial buen día y felicitaciones por la casa. Le pregunté a la mujer que era lo que deseaba y ésta haciendo gestos extraños con sus gordos labios, pestañeando continuamente me sonrió diciendo:

-Si, que como Ud. recién se había mudado y yo tengo cerca de aquí a unos pocos pasos, un almacén donde Ud. podrá adquirir de todo, desde pepinos al vinagre, hasta hering (arenques)marinados y bueno, yo le quería pedir que Ud. no compre en ningún otro lugar, sino que lo haga en mi provisión, yo le aseguro -continuo diciendo- que Ud. estará encantado, además Ud. puede comprarme al contado, o a crédito firmando la libreta, como todos los demás vecinos.

Agradecí a la gorda con su blanco delantal por el crédito que me ofrecía, manifesté no necesitar por el momento absolutamente nada, dado que mi familia todavía estaba veraneando, pero cuando precisáramos, por qué no?.

La mujer se fue dichosa de haber *logrado* un nuevo cliente y yo me recosté. No alcancé a conciliar nuevamente el sueño cuando otra vez se escuchó el timbre sonar con insistencia y con tal magnitud que me estremeció todo, me volví a levantar y abrí cautelosamente la puerta y se me mete un hombre la ropa toda negra, semejante a un deshollinador. Un poco enojado yo le pregunto -qué es lo que desea y por que se había pegado al timbre. Éste queda un poco avergonzado y comienza a tartamudear:

Ejem ...comprenda yo escuché que Ud. se había mudado, bueno en hora buena, por lo mismo quería pedirle algo, dado que Ud. no vive lejos de mi depósito de carbón, me gustaría que me comprara a mí, todos los vecinos -y no me deja tomar la palabra- me compran el, carbón y están muy contentos con él, ya que yo vendo solo buena calidad, y los mismos dejan unas buenas cenizas...

-Señor paisano -le interrumpí -*por ahora no necesito carbón con buena ceniza, debido a que mi familia esta de vacaciones y para cuando ellos retornen sin contratiempos al hogar, le aseguro que no le compraremos a ningún otro, sino que lo haremos en su negocio y por ahora lo que quiero es dormir un poco.*

A duras penas logré que este buen señor se fuera, cerré la puerta y me recosté nuevamente en el diván esperando poder dormir sin problemas esta vez. No había alcanzado a taparme cuando otra vez me tocaron timbre! Me salí de mis casillas. Como es posible que a uno no

lo dejen descansar apenas instalado y me prometí que si era un señor que vendía carbón como el anterior, todo mi enojo lo descargaría en él.

Al abrir la puerta, entraron una señora mayor con una joven de unos veinte años, su hija presumiblemente, portando una vajilla en la mano, vestidas con tal elegancia que pensé que me venían a presentar a la joven con fines matrimoniales (Shidaj), para mi hijo, se sobrentiende. Me saludaron efusivamente, empecé a pensar *quizás sean parientes lejanos de la provincia y que enterados de mi mudanza y vienen a visitarme*. Temeroso le pregunté a la mujer -mientras miraba a la hija - que era lo que deseaban? Las dos comenzaron a hablar al mismo tiempo:

-Nos enteramos que Ud., se había mudado y nosotras no somos de aquí. Tenemos para vender diversas cortinas, frazadas para las camas y bueno pensábamos venderle algo, le podemos mostrar en diferentes colores - continuó diciendo la mujer mientras la hija le ayudaba - los tenemos de tul, con bordados, con trabajo manual y no muy comunes. Nos puede pagar la mitad ahora y el resto nos lo puede pagar en cuotas.

Y mientras la madre hablaba, la hija ni corta ni perezosa, comenzó a desempacar las cortinas de tul, las hechas a mano. Y cuando Dios me ayudó y pude tomar la palabra, lo que no fue tan fácil, les hice entender a la madre y a la hija que mientras tanto no necesito cortinas dado que mi familia aun esta de vacaciones, y que cuando mi esposa retorne de su veraneo le haré saber de esta verdadera ganga. La mujer y la hija empacaron su mercadería, les acompañé hasta la puerta, con la promesa de que le haría saber a mi esposa acerca de lo que ellas vendían, me despedí, cerré la puerta y me apreste a recostarme y dormir un poco.

Pero ya no lo pude hacer más. Permanecí recostado con los ojos abiertos, estudiando el cuarto, si es que estaba bien pintado, si es que las franjas rojas no son demasiado rojas y de pronto, no podía faltar, el timbre sonó nuevamente haciéndome saltar. Abrí la puerta una vez más y entró mi viejo zapatero. Sonriente me estrecha su sucia mano deseándome muchas felicidades.

-Oí -me comenta -que Ud. se había mudado, por eso vine a saludarle y al mismo tiempo decirle que si llega a necesitar algo de mi oficio, no se olvide de mi, Ud. estará tan complacido conmigo como hasta ahora.

Le aseguré al zapatero que de momento no necesitaba nada debido a que mi familia se encontraba veraneando, y que no estábamos usando zapatos, y que por cierto cuando precisara algo le haría saber. Gracias a Dios, pude deshacerme del zapatero, y pensé dedicarme a leer el diario, pero el timbre volvió a sonar, su sonido me pareció como el disparo de un cañón. No me pude controlar, corrí a la puerta y comencé a gritar desaforadamente:

-Socorro! No necesito almacén! No necesito carbón con buenas cenizas! Al diablo con las cortinas trabajadas a mano! No uso zapatos! Que desean de mí? Váyanse al diablo y déjenme dormir un poco!

-Por que grita señor? Somos de la compañía de gas -me dice la voz de un gentil.

Entendí entonces que la compañía de gas me había mandado a los obreros para que estos me instalaran el contador. Sin decir nada los hice pasar y rápidamente tomé el martillo y la llave inglesa, rompí el timbre y se acabo! No más timbre que me martirice. Recién después, cuando me calmé un poco, recordé que hoy cuando me encontré con el redactor del "Blat", éste me solicitó que escribiera algo en homenaje al sábado. Se me ocurrió entonces una idea, por qué no relatar los acontecimientos que me sucedieron hoy? Pienso que es humorístico. Y así lo hice.

--- 0 ---

MI COMPOTA QUEMADA

(Cuento de un soltero eventual)

-Por que estoy tan nervioso? Por qué me muestro tan irascible? Eso, no es nada, si Ud. dispone de un poco de tiempo, mi querido vecino, yo le contaré.

Con estas palabras me encaró mi vecino, quien comúnmente no es una persona que se encoleriza, más bien siempre esta contento, afable, sonriente, jocosos, nunca enfadado, a menos que tome parte de una representación teatral.

-Como Ud. sabe - comienza diciendo mi vecino - mi mujer hacía ya mucho tiempo que me tenía enloquecido diciéndome que este año tenía que veranear a fin de poder descansar aunque no fuese en el extranjero. Hay suficientes lugares de Veraneo en el país, donde uno puede descansar y respirar aire puro. En resumidas cuentas, comenzamos a prepararnos como es debido, mi esposa con los chicos, yo empaque las valijas, aliste los paquetes, pedí prestado un poco de dinero a los conocidos y ya estaba deseando que llegara el día en que mi esposa con los chicos se fueran a veranear y yo pudiera tener un poco de paz. Mi esposa fijó un día para partir y no creo necesario decirle lo feliz que yo me sentí. Pero como quedaba mal demostrar tanta alegría por la partida de la propia esposa, puse cara de compungido, como si lamentase su partida.

Cuando llegó el auto en el que se partiría mi mujer, el cielo justo se oscureció y comenzó a llover, el auto se descompuso, que mala suerte para mí! Me dice entonces mi mujer Y quizás, mi querido, sería mejor que ya no me fuera hoy? Y que quiere que le diga, mi estimado vecino? Los pies y las manos comenzaron a temblarme, me puse de todos los colores, la cabeza empezó a darme vueltas, se me nubló la vista, no faltaba más, que terrible desgracia! Estuve a punto de sobornar al chofer con tal de que pusiera el auto en marcha. Pero Dios tuvo piedad de mí y sucedió un milagro, el cielo aclaró, el auto se compuso. Yo mismo empujé un poco al coche y éste por suerte arrancó. Yo me sentía libre como un pájaro. Solo en la ciudad, por cierto que no me iba a perder. Recién ahora comenzaba a vivir y con esos alegres pensamientos volví a mi hogar. Recorrí el trayecto entonando una canción hasta que tuve la sensación de que me apetecía comer algo, algo que fuera muy rico. Recordé que mi esposa me había dejado guindas, frambuesas, grosellas para que yo mismo me hiciera una compota. Bueno, cocinar una compota no es ningún arte, más aun cuando se tiene una cocina a gas. Al llegar a casa, tomé la mejor cacerola que encontré a mano y coloqué en la misma las tres especies, le agregue todo el azucarero, prendí la hornilla y dejé que la preparación se cocine. Qué mi esposa no diga después que sin ella la casa no funciona. Yo me instalé en el balcón y me deleité leyendo un diario. No había alcanzado a terminar el primer artículo cuando sentí que el aire no estaba límpido, como siempre, se sentía humo, aire envenenado, bueno -pensé- quizás algún panadero prendió el horno y por eso sale humo. Cómo iba a ser profeta y adivinar que el humo salía de mi propia cocina? En suma, cuando entré a la cocina, quise morirme, la garganta comenzó a carraspear, por las ventanas salía un humo denso como el de una locomotora... Uno de los vecinos había dicho que había un incendio y otro, se ve que ni corto ni perezoso, salió a buscar a los bomberos.

A duras penas logre convencer al gentío de que no había tal incendio, sino que mi compota se había quemado... Porque yo me había olvidado de un pequeño detalle, agregarle agua. Y bueno, vaya uno a ser adivino y saber que a la compota hay que agregarle agua porque sino se quema toda.

Por supuesto que ese día ya me había resignado a quedarme sin la compota, por eso, al día siguiente me lancé nuevamente a la tarea con más bríos, y lo que es más importante, con más experiencia. Tomé otra cacerola, la primera estaba negra como el carbón, puse en ella las guindas, las frambuesas y las grosellas, metí todo bajo la canilla y le de mí y sucedió un milagro, el cielo aclaró, el auto se compuso. Yo mismo empujé un poco al coche y éste por suerte arrancó, puse agua mas que suficiente, prendí la cocina para que se cocinara. Una vez que terminé con esta

labor, salí a pasear, a tomar un poco de aire puro. Que era lo que tenía que temer? Que se quemé? Ya le había echado agua más que suficiente. Ahora sí iba a tener una compota bárbara. Me iba a deleitar con ella. Basta me propuse enviarle a mi señora un poco de mi compota en una próxima oportunidad, para que ella pudiera saborear mi arte. De esa forma se iba a dar cuenta que el esposo no solo sirve para dos cosas...

Muy contento me encaminé de vuelta a mi hogar y en ese momento veo que todos los vecinos están reunidos frente a la puerta de mi casa, se tapan la nariz y todos preguntan por mí. En cuanto me avistaron se armó el tumulto, gritaban, pidiendo que abra la puerta, porque sentían olor a gas desde mi casa, una vecina se agarra la cabeza con las manos, profetiza de que alguien se envenenó con gas en mi hogar. Para que lo voy a seguir entretenido? Cuando yo medio asustado abrí la puerta y entre al hogar conjuntamente con mis vecinos, me percate del drama, la tragedia. La verdad, nadie se había envenenado, sino que mi compota, que un rayo la parta, se cocino tanto hasta que hirvió y se desparramo de la olla a la cocina, y de ésta a la pieza, al piso, al corredor, etc. Al mismo tiempo, el fuego se apagó, el gas siguió saliendo y mi cocina adquirió el aspecto de una cámara de gas y si en la cacerola quedaba un poco de compota, la misma se volcó sobre la manteca, ya se imagina Ud. el aroma que allí reinaba.

Y por esta compota quemada estoy tan enojado, maldita sea, que se vaya al diablo, la compota claro esta.

Y esa fue la historia de mi encolerizado vecino.

--- 0 ---

PROBLEMAS CON LAS VISITAS DEL VERANEO

Desde que corrió la noticia de que me iba a veranear, ya no tuve un minuto de paz, familiares, amigos, vecinos y simples conocidos me enloquecían con preguntas: ¿Es verdad que ya alquilaste una casa en un balneario? Se encuentra cerca del bosque? (lo principal es el bosque) Es un lugar seco? Y por que se me ocurrió ir justa allí y no a Karlsbad o a Krinitz, por lo menos? Me miraban como si estuviese realmente muy enfermo o como si me hubiese sacado el premio mayor, me volvían loco, y, para acabar con todo eso, salí con mi familia a la aldea y se acabó, se terminó todo!

El primer sábado, sin todavía haber tenido tiempo de descansar un poco y de disfrutar del aire puro, miraba los alrededores y á quien veo, a mi vecino del primer piso, con su esposa y sus dos hijos.

-Los niños lloraron diciendo que querían venir -dice el.

Como entenderán, ya no disfruté del sábado, mis hijos y los del vecino no se habían visto por varios días y fue tanta la alegría que terminaron peleándose, mi hijo volvió de la batalla con un ojo en compota y mi hija con cabello arrancado. Y a todo esto, todavía tuve que mostrar una cara alegre, risueña, como del fino anfitrión que recibe bien a la visita y después, recién nos sentamos a comer. No se imaginan, comió como quien no hubiera comido nunca en la vida.

-El aire -me dice el vecino- es extraordinariamente bueno aquí, y su esposa hace la comida tan rica, verdaderos manjares!

Han sido algo semejante? Por la noche, cuando llegó la hora de dormir, comenzó el verdadero baile, las piezas parecían cuartos de hospital, camas, camitas, cuquetas, catres, perezosos, todo prestado, por supuesto.

Yo mismo dormí sobre un cajón y por almohada utilicé una valija de cuero, alrededor de las 3 de la mañana me levanté, cansado y maltrecho, todo picado por los mosquitos y sus semejantes.

A duras penas logré llegar hasta el momento en que me despedí amablemente de mis vecinos. Los escolté a la estación del ferrocarril y cuando el tren pitó, respiramos aliviados, ahora si íbamos a poder descansar, pero por lo visto nos esperaban otras sorpresas...

Al día siguiente, llegó una prima segunda de mi mujer, una joven que estaba de novia, a punto de casarse. Y, como últimamente se veía un poco pálida y desmejorada, se quedaron con nosotros de vacaciones por algunas semanas, hasta que ella remozara un poco. Solo los sábados y domingos nos visitaría su novio

-y por supuesto... -me acota con una pícara sonrisa- *no estarán en desacuerdo?*

-Ya nos arreglaremos, después de todo, somos una familia -le contesto.

Y qué dicen de mi infortunio? No tuve otra alternativa que escaparme a la ciudad. Pero allí me rodeó un grupo de amigos y conocidos, una verdadera multitud, preguntándome por mi salud, de por qué luzco tan mal. Decían ellos que parecía mal dormido. Y todos mis conocidos me aseguraron, al mismo tiempo, que la semana entrante, después de Shabat Najmu, me visitarían y se quedarían por algunos días. Me quedé sin habla, para guardar las apariencias, sonreí! Y dije -*cómo no-* y mientras lo decía, estaba a punto de estallar. Casi sin poder hablar.

Al volver a casa, en la puerta me estaba esperando una tía mía que venía con un pedido, tenía una nieta, una niña que había estado enferma y necesitaba por lo tanto estar ahora en un

lugar de aire puro, en el bosque y ya que Dios me había ayudado y estoy en un balneario, no me negaría a tener a la niña por unas semanas conmigo. Y mi tía agrega:

-La niña no come nada especial, lo principal es que no le falten huevos, queso, crema, manteca, cuanto más crema y manteca mejor para ella y leche, aunque no más de dos litros por día.

Ella podía haber mandado a la niña a una colonia de verano, pero como tiene esta oportunidad, y se enteró, también por ahí, que en mi casa siempre hay de visita extraños, acota mi tía:

-Y en tu casa hay varios niños Kein, Ain, Hore, uno más no importa.

Comencé a pestañear y tartamudear, quería decir algo, aclarar las cosas, pero mi tía ya no me escuchaba, se había ido rápidamente a preparar a su nieta que necesitaba aire puro de bosque y buena alimentación.

Socorro! Que se hace en estas situaciones? Voy a enloquecer! toda la semana tengo visitas y los sábados y domingos mi casa parece un pensionado. Todos, yo, mi esposa, los chicos, la sirvienta, todos, trabajamos como burros para atender a las visitas. A medio día tenemos que agregar otra mesa, todo es devorado, limpiado como cuando se junta el jametz antes de Pesaj. Las cosas de la vivienda veraniega se estropean, la hamaca se rompió, los perezosos se reventaron, a los banquitos les faltaban patas, de las almohadas salían plumas, resumiendo fue un caos total, todo estaba entreverado.

No sabía como deshacerme de las visitas. Para las vinchucas, los gusanos y otros bichos -valga la comparación- hay remedio, hay solución, a las ratas se les echa veneno y listo. Pero, que se puede hacer con la visita que llega en pleno, veraneo? Están los que me aconsejan que me consiga un perro malo, con dientes grandes, que se haga notar, y le demuestre su mal genio a quienes se atrevan a venir a visitarme, de manera tal, que sea noticia, uno le cuente a otro y nadie venga. Otros son partidarios de que me esconda junto a mi familia en el sótano, hasta que la plaga, digo, las visitas, se vayan. Otro, un vecino inteligente, me sugiere otra idea, que tan pronto como veamos venir a la visita, nos trepemos a los árboles. Servirá? A Uds. que le parece? Qué debo hacer?

--- 0 ---

LIBRE COMO UN PÁJARO
(monólogo de un hombre que se libró de su esposa)

Señores, por qué están dormidos? Despierten! Únanse a mi alegría. Si uno se alegra con las fiestas de otros, terminará alegrándose con la propia. Muchas veces pienso lo bien que se siente un pueblo en la diáspora, si después de largos años de esclavitud es liberado, pero más feliz se siente un hombre que después de muchos años de esclavitud se libera de su mujer y ahora me encuentro ante Uds. yo que fui esclavo, un verdadero mártir y junto a los otros liberados declaro:

Viva la libertad!
Abajo la esclavitud!
Viva el libre albedrío!
Abajo con la opresión de las mujeres!

Es que acaso no están enterados de mi alegría? No conocen el milagro del que soy protagonista? Lo que me ocurrió sucede una sola vez al año, mi mujer ya está del otro lado del lago por suerte. Y si piensan que se fue de vacaciones a Vinari o a Pivanitz para poder volver los lunes o los jueves, es decir en cualquier momento a Kalish y pescarme *in fraganti* están equivocados. Esta vez se fue lejos a Tshejotshinek, ya que los doctores diagnosticaron que mi esposa debe tener baños de barro y qué es lo que no hace uno por la propia mujer? Hasta conseguí un poco de barro.

Ahora ella se encuentra en Tshejotshinek, en la residencia de la sal y el barro. Y yo? Esto se lo deseo a todos los esposos judíos, llevo la gran vida, soy libre como un pájaro, recién ahora festejó la *libertad*, recién ahora se como siente un pueblo que ha estado oprimido, cuando recobra la libertad.

Hey! Escuchen, llevo la gran vida! Se lo deseo a todos Uds. Reviví y rejuvenecí. Me quedo tranquilo en cama y nadie me inspecciona los bolsillos, como un inspector de impuestos. Oigan, por cierto que es horrible esa maldita costumbre que tienen las mujeres de revisar los bolsillos, se entiende que buscan dinero, pero pobre de Uds., pobre de aquel a quien la esposa le encuentre ese "algo" sobre el cual no quepa dar explicaciones, ni contestar con una excusa rebuscada. Ahora en cambio, duermo tranquilo no temo un rastreo de bolsillos.

Me levanto al medio día y elijo mi mejor indumentaria, por qué no? Después de todo estoy de fiesta, entonces, por qué no vestirme con lo mejor? Todos los días salgo con los pantalones limpios y bien planchados, con una camisa nueva, con la corbata, con un lindo pañuelo en el bolsillo del saco, en la mano llevo un coqueto cayado y en la otra mano el tapado y salgo a caminar todas mañanas, bien afeitado, a lo tonto. No llevo sombrero para no llamar la atención de mi vecina. Me echo agua de colonia en el cuerpo, un poco de perfume en el rostro y me voy al parque.

Mientras camino tan bien vestido por el parque, me olvido por completo de que en algún lugar del planeta se encuentra mi mujer bañándose en lodo. Hasta me olvido que mi alegría es momentánea y que al cabo de algunas semanas seré nuevamente el desgraciado, el burro, no quiero ni pensar en esas cosas terribles. Por ahora soy independiente, soy libre, soy un caballero y me río del mundo. En el parque me siento en un pasaje lateral, leo el diario y mientras lo hago, echo vistazos a las lindas chicas, que les puedo decir? Es formidable, se lo deseo a todos Uds. Que sus mujeres se bañen en el lodo todo lo que ellas quieran!

Al medio día, voy al restaurante, encargo lo que me apetece, ya que cuando voy con mi mujer como poco y nada, nunca lo disfruto. Si quiero hígado, ella me dice que no sirve por la vesícula, sin son hamburguesas, asegura que quizás no contengan carne fresca, y por lo tanto me van a estropear el estómago, si tengo ganas de comer un trozo de gallina asada, mi mujer dice que me causará acidez. En pocas palabras, no tengo otra alternativa que comer un trozo de pan seco con hering y beber un poco de agua mineral. Pero ahora, quien me molesta si quiero comer algo?

No escucho el repetido versito de mi mujer, esto no sirve, lo otro no puedes y esto no lo necesitas. Yo como todo lo que se me antoja, como cuando era chico y lo disfruto.

Al anochecer me voy al teatro de verano en el pasaje luzefine. No tengo que esperar varias horas hasta que mi mujer termine con el guardarropas eligiendo que ponerse y recién cuando estemos en la calle acordarse de que se olvidó de ponerse el rouge a los labios, debido a que yo la apure. Elijo un lugar cómodo en el teatro y cuando vuelvo a casa, esta se encuentra vacía, la cama de mi esposa parece huérfana, no se oye ningún ruido, entro a la pieza con paso firme y canturreo alegre, no como cuando mi mujer esta en casa, que debo entrar a hurtadillas. No tengo que oír la conocida cantaleta, al fin ya llegaste, donde estuviste, donde pasaste toda la noche, en tus reuniones? Hoy en cambio, nadie me insulta, nadie me agrede, ni nadie me maldice, nadie me hace escándalos, no me ponen a tocar una sinfonía nocturna, voy a donde quiero, como lo quiero y vuelvo a casa cuando se me antoja, soy libre como un pájaro.

Hombres, oigan, se lo deseo a todos Uds., ojala sus esposas tengan que bañarse las pobres en el lodo...

--- 0 ---

UN ALMUERZO CON ARVEJAS...

Yo no se si toda la gente detesta las arvejas como yo, probablemente no, pues de otro modo, no existirían. Yo las detesto por dos motivos, primero, porque me desagrada su olor feo y segundo, porque muy a menudo las arvejas me causan dolor de estomago, y bien, yo les pregunto: ¿Es acaso agradable sentir este dolor, sobre todo, cuando uno esta de viaje y se encuentra por varios días lejos del hogar?

Cierta ocasión, yo viajaba a la gran ciudad, por varios asuntos y mi esposa me preparó un almuerzo de despedida, un buen almuerzo, y, parecería a propósito, justo me prepara una sopa de arvejas que detesto. Pero, como estaba a punto de partir, y no quería dejar el ambiente tenso, la tome, me despedí efusivamente y me fui. Al llegar a la gran ciudad, en mi primer día de viaje, estuve muy ocupado hasta la hora del almuerzo, recién alrededor de las 13:00 cuando ya empezaba a sentir hambre, mi amigo me dijo

-¿Dónde piensas almorzar? Ya es muy tarde, cerca de aquí sirven unos almuerzos caseros que te van a gustar.

Pues bien, hacia allí me encaminé. Al llegar al restaurante de los almuerzos caseros, vi que muchos ya habían terminado de almorzar. Supuse que el mozo o la mesera se me acercaría a preguntarme que era lo que me iba servir. Nada que ver! Nadie se me acercó, ni nadie me preguntó nada, sin consultarme me traen un plato con fideos y arvejas que por poco me hacen desmayar, pero no tenía otro remedio que aguantármelas, cerré los ojos, algunas arvejas las aparte a un costado y de esa forma me serví el almuerzo "casero". Si se habla de almuerzos caseros, que se les va hacer?

Al día siguiente, me invitaron a almorzar en la casa de una tía mía. Llegué a la hora convenida, me instalé en la mesa, la conversación giraba en torno a temas familiares, cuál de las primas se había casado con un buen partido, con un hombre que era oro puro, a quien o a cuál le iba como a la mona. Por Dios! No se criticó a nadie! La conversación era simplemente *familiar* y así nos servimos la entrada, pero eché un vistazo y por poco me desmayo, el plato siguiente consistía en pastas con arvejas, pero tan grandes, que parecían del tamaño de unas frutillas. Yo me movía para todos los costados, como si no pudiera encontrar una forma de sentarme mas cómodo y pensé *por qué todos se la agarraron conmigo, por que me dan arveja que me hacen daño y además las odio?* Pero, que iba a hacer? Puse buena cara, me di modos para poner aparte las arvejas, para cumplir, dije que la comida estaba sabrosa y para prevenir me tome dos vasos de te con limón, no vaya a ser que me caigan mal. Me despedí de la tía, del tío, de las primas, les agradecí por el *buen* almuerzo y me fui.

Al tercer día de mi viaje, mientras caminaba, me puse a pensar en la coincidencia de los almuerzos con arvejas tres días seguidos en diferentes lugares. Y al levantar la vista, veo a un viejo amigo, a quien hacia varios años que no veía. Nos abrazamos, nos besamos, la alegría fue grande. Pero no es nada, casi a la fuerza, el quiso que yo vaya a su casa. Su esposa, al verme, se alegró enormemente, imagínense, verse nuevamente después de tantos años. Ella se enteró, me dice, que yo soy periodista. Muy a menudo lee mis artículos y le gustan. Me preguntó por cada miembro de la familia, recordó los años que pasamos en el pequeño pueblo y no me dejo ir invitándome a almorzar. Naturalmente, me opuse, di una y otra excusa, pero no sirvió de nada. No pude seguir diciendo excusas, costumbre de las mujeres, de no dejar hablar a nadie, no me deja otra alternativa, me quedé a almorzar.

Se hicieron los aprontes necesarios en la mesa para recibir al nuevo huésped, nos servimos un buen pedazo de hering, bebimos algo de licor, pero repentinamente, no podía creer lo que mis ojos veían, me estaban sirviendo un plato de fideos con arvejas, pero arvejas tan grandes como ciruelas! Qué quieren que les diga? Me puse de todos los colores. Un sudor frío recorrió mi

rostro, estuve a punto de gritar *asesinos! Que quieren de mi joven vida?* Pero que creen? No dije nada, sonreí estúpidamente mientras revolvía la cuchara en el plato. Las arvejas no disminuían, sin que nadie viera, furtivamente, le alcance algunas arvejas al perro que estaba debajo de la mesa, otras arvejas me las tragué sin masticar con gran sufrimiento, la dueña de casa, mi conocida, sonreía y me preguntó si me agradaba la comida. Le contesté que por cierto, todo era muy rico, como es que había aprendido a preparar tan buenos platos y tan apetitosos, si es que ella siempre había estado ocupada con recetas. Mi halago le gustó mucho y me convidó, muy gentil, unas galletitas. Todavía me quedé un rato más en lo de mis amigos, me despedí de ellos, les dije que ya me tenía que regresar más tarde y a duras penas salí vivo de allí.

Entré en un café y allí tomé té, café, limonada, cerveza, pero nada me sirvió, tenía las arvejas atragantadas. El estómago no se quedó callado, comenzaron a darme retortijones y a dolerme, estaba fulminado. Recién cuando me acosté a dormir, el sueño alivió un poco mis dolores. A la mañana me desperté cansado, maltrecho, con dolor de cabeza y de estómago, no comí nada, ayuné hasta el medio día. Recién a la hora del almuerzo entré a un restaurante y cuando el mozo me empezó a enumerar todas las comidas, lo interrumpí y le dije:

-Deme de comer lo que Ud. quiera, pero solo sin arvejas por Dios, arvejas no! Si es que Ud. quiere que yo salga vivo de aquí!

--- 0 ---

UFF! LOS REMEDIOS

Cuando llega la época electoral, no importa cual, se suceden los mítines y cuando uno se encuentra en esas reuniones, escucha la palabra de los diversos oradores con sus promesas de lo imposible, con tal de conseguir nuestro voto. Cuando estos mítines se realizan en locales, se le recuestan a uno en las espaldas, una media docena de personas, lo cual no es muy confortable. Para los mítines hay tres tipos de lugares, los de estar sentados, los de estar parados y los de estar acostados, con lo que, a veces yo me recuesto sobre alguien, pero la mayoría de las veces se recuestan sobre mí.

Al salir de esas reuniones, que muchas veces parecen baños turcos, en la calle, lo primero que uno pesca es una bronquitis o un enfriamiento en los costados. Entonces hay que guardar cama, y ahí empieza la historia: tomarse la temperatura, el pulso, beber aceite de ricino y otras cositas.

Lo primero, es tomarse la temperatura con el termómetro que tiene la costumbre que cuando se le necesita, siempre marca cuarenta y dos grados y cuando se quiere bajarle la temperatura que marca, hay que colocarlo bajo un montón de hielo, entonces se enfría y baja un poco o se le puede bajar lo que marca con la mano, pero eso es trabajo de presidiario, lo mejor es sacarle todo el mercurio que contiene.

Cuando el enfermo está acostado con el termómetro bajo el brazo parece un tonto. Uds. vieron cuando alguien se va a sacar una fotografía? Uno parece en ese momento el tonto más grande del mundo. El fotógrafo puede pedirle a uno treparse las paredes y uno lo va hacer, así parece el enfermo cuando está acostado con el termómetro bajo el brazo.

Luego se va a la farmacia a comprar aceite de ricino. Hace mucho tiempo este artículo era muy caro, se cuenta que una pequeña botellita de este aceite salía lo mismo que una buena botella de coñac, no sé lo que pensarán los demás, pero yo preferiría tomar unas cuantas botellas de coñac y no una botellita de aceite de ricino.

Yo tenía una abuela, quien falleció hace muchos años, poseía una forma artística para hacer tomar el aceite de ricino, ella introducía la cucharita de aceite de ricino en la boca y oprimía la nariz en forma tan fuerte que uno agradecía a Dios el poder tragar rápidamente el aceite de ricino con tal de que ella le soltara la nariz. Me mostraron una vez a un especulador de guerra, el cual había hecho una fortuna con unos pocos barriles de aceite ricino, yo no me asombre, solo pregunte qué es lo que esos barriles podían haber hecho de él?

Luego de tomar el aceite de ricino vamos al médico. El doctor entonces comienza a tomarnos el pulso, y eso hay que saber hacerlo. Yo conocía a un enfermero en el pueblo, pobre no sabía tomar el pulso, comenzaba a tomarlo buscando abajo en la mano, y no lo encontraba! Subía más y más hasta que llegaba al hombro y todavía no lo había pescado! Le retorció al paciente toda la mano, se la amasaba como si fuera una jalá (pan casero), pero el pulso no aparecía! El médico, en cambio, lo hace en forma rápida, lo encuentra enseguida y luego se sienta y receta, una medicina, polvo o pastillas, luego toma el sombrero y corre hacia la puerta y por eso estoy enojado con los doctores, no porque cobren sino por la parada, la pantomima que se mandan! Si el médico corre hacia la puerta, por su parte no pasa nada si yo no le pago, pero la gente de la casa no puede tolerar esta situación, corren detrás suyo y le introducen un billete en la mano y es asombroso! Todavía no sucedió que el billete se le caiga, sino que siempre queda en sus manos.

Cuando uno se libró del médico, va a la farmacia a comprar los remedios recetados. Los medicamentos tienen la costumbre de ser o demasiado dulces o demasiados amargos. Cuando son dulces lo son tanto que resultan empalagosos y asquean. Y cuando son amargos lo son tanto

como la hiel. Uno parece morirse hasta que los traga, pero por lo general, afortunadamente los medicamentos no son muy dulces y no son muy amargos, sino que tienen el gusto de agua pura.

Más tarde, cuando los remedios ya están en casa no sabemos como tomarlos, cual hay que tomar primero, si el jarabe o las pastillas o los polvitos? Pero por suerte existe siempre la vecina a la que se puede consultar:

-Jane Bile, sabe Ud. qué remedio mandaría el doctor tomar primero?

La vecina hace una mueca, se coloca un dedo en la pera y dice:

-Antes de comer el doctor mandó tomar una cucharadita del frasco rojo y cada dos horas mandó tomar una pastilla y después de comer tres pildoritas y antes de dormir mandó tomar "rebarbare".

Ahora Ud. se despista por completo ya que apareció un nuevo remedio: "rebarbare ", y la vecina jura y perjura que esta completamente segura de que el doctor mandó tomarlo.

Lo peor de todo es tragarse las pastillas. Tenía un amigo que como yo, no podía tragar las píldoras y estas eran muy grandes. Cierta día, fui a la pieza de mi amigo, él comenzó con la tarea, es decir, tratar de tragar las pastillas, yo le di un vaso de agua y la tomó! Qué piensan? Las pastillas? De ninguna manera! Se tomó el agua. Le di prácticamente casi un balde de agua y no lo pudo hacer, hasta que mi amigo se acercó a la ventana y grito:

-Ber!! Basta! si no acabas... si no terminas martirizándome con las pastillas, me tiro por la ventana!

Y Uds. querrán saber que fue lo que sucedió con mi amigo y las pastillas. Pues el se curó, está en excelentes condiciones físicas, comercializa ahora productos farmacéuticos, pero no quiere saber nada de pastillas, esas ni se las pone en la mano. Es lo mejor no tener que saber nada de esas cosas, no les parece?

--- 0 ---

EMPACANDO PARA EL VIAJE

Cuando la gente se enteró que iba a viajar a América comenzó a mirarme con otros ojos, me paraban en la calle, me saludaban cordialmente y me preguntaban infinidad de cosas, si es verdad que con toda la familia, que quien fue el que me mandó los papeles, si es cierto que el familiar es conocido del presidente de Bolivia? Si es verdad que se encuentra mucha plata en Bolivia y si allí las naranjas y las bananas salen regaladas. Esas y otras preguntas me formulaban y yo con santa paciencia las contestaban, qué otro remedio tenía?

Mas aún, últimamente surgieron muchos "amigos", ofreciéndome ayuda para empacar las cosas. Ellos me daban a entender que cuando uno empaca debe ser muy cuidadoso, más aun cuando uno viaja un largo trecho como el que me esperaba, y lleva consigo todo lo que tiene en la casa. Por lo tanto, me ofrecían ayuda, asegurándome que si aceptaba su colaboración iba a quedarme contento con los resultados. Obviamente yo les agradecía a todos el ofrecimiento y les prometía llamar en cuanto los necesitara.

Se acercaba la fecha de mi partida, y se acrecentó el número de amigos dispuestos a empacar. El primero en comenzar fue un amigo mío, que no hacía mucho, unos meses atrás, había empacado las cosas para una familia que había viajado y ya se sentía como un erudito en la materia. El afirmó que su trabajo ya tenía fama, yo le tuve confianza y por lo tanto le cedí el puesto para hacerlo. Empacó todo en un gran baúl donde ubicó diferentes cosas, cerró el mismo, lo ató con una cuerda y estuvo listo para ser embarcado.

Bueno, mi señora y yo nos sentíamos contentos y aliviados de haber solucionado un problema. Al otro día, de mañana llega a mi casa otro amigo, que se consideró a si mismo como especialista en empaques, diciendo haber empacado hace muy poco cosas y maquinarias para alguien que viajaba a Israel. Según él, los que viajaron ya le enviaron una carta de agradecimiento, misma que yo no leí y como es buen amigo mío y deseaba que mis cosas lleguen en orden y sanas, quería ver como las había empacaba en el baúl. Así que le dimos el gusto y desatamos el nudo, abrimos la cerradura, para que se convenza de que todo esta en el mejor orden.

Mi amigo examinó todo, controló, auscultó como un médico lo hace con un enfermo grave, se encogió de hombros, hizo una mueca y al final exclamó que como estaba no servía. El demostró que si queríamos que la vajilla llegue entera, debía ser ubicada entre cosas blandas y no una encima de otra y si yo no me decidía a volver a empacar todo nuevamente, las cosas iban a llegar deshechas, como matze de Manishevitch, como pan rallado.

Yo no supe que hacer con este dilema, pero mi esposa le dio la razón y se decidió empacar todo nuevamente. Mi amigo se quitó el saco, se puso los lentes, cuando hace cosas importantes, los usa, se remangó las mangas como una lavandera frente a la palangana de ropa para lavar, o como un judío devoto se lanza a rezar, así se abocó a la tarea, ubicó, clasificó, empacó, transpiró, hasta que el baúl estuvo lleno. Como lo hizo? Puso los platos con las medias, los zapatos con las cortinas, el jabón con el dulce, hilo con las galletitas, agua de colonia con aceite, la tabla de lavar con un queque (lekaj), en pocas palabras, puso todo, lo cerró, lo ató y a otra cosa! Le agradecemos a nuestro amigo, el sonreía, estaba muy contento con su trabajo y se retiró.

Luego del medio día llego a nuestra casa un tercer amigo el cual nos hizo notar que de acuerdo al formulario de la compañía de viajes ningún equipaje puede pesar más de cien kilos y el apuesta a que el baúl pesa más de ciento cincuenta kilos y por eso aconsejó que se desempaque y se saque algunas cosas para evitarse problemas posteriores. Llegó otro, un cuarto amigo que sostuvo que el baúl no debe pesar ni siquiera cien kilos. El otro no quería rendirse y comenzaron a discutir como en el congreso sionista, valga la comparación, entre el "sí" y el "no", hasta que se encontró la solución, traer a casa una gran balanza para ver cuánto pesaba en realidad. Se trajo

una balanza y resultó que el baúl realmente no pesaba ciento cincuenta kilos, sino que pesaba unos cuantos kilos más pasados los cien. Por lo que resolvió volver a empacar todo.

Yo miré a mi esposa y ella me miró a mi, ambos miramos a los amigos, angustiados por tantos problemas. Pero nuestros amigos no nos hicieron esperar. Comenzaron a trabajar, desataron el nudo, abrieron la cerradura, desparramaron todo por la casa. Parecía como si hubiera habido un progrom. Los hijos de mi vecino aprovecharon para jugar con las cosas como si tuvieran un almacén. Mi señora y yo ni si quisiera estábamos presentes en el momento del empaque. Que lo hagan solos, con tal que este bien, pensábamos.

Ellos trabajaron duramente, pesaban y acomodaban las cosas, las volvían a sacar, las volvían a colocar, hasta que el baúl quedó completo y hubo que cerrarlo. Pero resulta que la tapa se encaprichó y no cerraba, ni por las buenas ni por las malas. No sirvieron los golpes ni las mañas. Uno dio la idea de que alguien se sentara sobre el baúl, lo presione bien y otro lo cierre. Así se hizo, pero resultó que el que estaba sentado era muy liviano, se necesitaba a alguien que pesara por lo menos unos ochenta kilos. No hubo otra solución que sentar a dos en lugar de uno, total había bastantes. Se sentaron y el tercero trató de cerrar, hasta que finalmente lo logró, pero hubo un inconveniente, la mitad de la llave se partió y quedó dentro la cerradura. Se pueden imaginar que nos quedamos sin habla. A todo esto se hizo tarde, viendo que había solución, salí rápidamente hacia lo del cerrajero para que me salve de este problema.

Pero como era domingo, la cerrajería estaba cerrada, así que me encaminé a la casa del cerrajero, en el tercer patio, cuarto piso. Pero encontré a su hermano que me comunicó que me debía dirigir a lo del otro hermano, ya que ese era el cerrajero.

A duras penas localicé al hermano, cuyo oficio era ese, el cual me tranquilizó y me dijo que no me preocupara ya que no se iba a necesitar más que otras dos llaves, pero que no podía acompañarme ahora ya que la calle estaba resbalosa por la lluvia. Finalmente después de hacerse rogar un buen rato, estuvo de acuerdo en acompañarme. Tomó las herramientas y comenzó a trabajar, hasta que compuso la cerradura, compré otras dos llavecitas, cerramos el baúl, le pagamos al cerrajero y gracia a Dios, el baúl estuvo listo para ser enviado por tren, y así lo hicimos.

Unos días más tarde, estando ya en el barco y cuando ya me había mejorado del malestar que me causaba el viaje por mar, abrí el baúl para echarle un vistazo a las cosas, y también para sacar algunas prendas para cambiarme de ropa, y por poco me muero, mi saco claro estaba totalmente manchado de zumo de fresas, en los bolsillos había trozos de platos, la cajita con los cuellos blancos estaba llena de biscochuelos, la corbata roja nueva, un regalo de un buen amigo, estaba llena de jugo de frambuesas, en los adornos había galletitas, el buen fiambre duro, también un regalo, olía a agua de colonia, en síntesis en el baúl había una revoltijo horrible de cosas, una catástrofe. Después de eso, me quedé sentado por horas enteras en el barco aprendiendo español. Lo más importante para mí era aprender unas pocas palabras en español, las más necesarias, para pedir que me lleven mis cosas llenas de dulce, jugos, colonia y otras cosas. Y todo debido a los amigos que me ayudaron a empacar.

--- 0 ---

דרום־אמריקאנער פערלעטאנען

ANECDOTAS SUDAMERICANAS

VUELO CON EL "JET" DIRECTO A BRASIL

Hace tiempo que comenzaron a surcar por los aires los modernos aviones jet *Boeing*, *Caravelle*. etc. Como a menudo viajo a diferentes países, mi sueño era hacer un viaje y probar uno de esos aviones jet, se contaban tantas historias sobre ellos, lo lindo que era viajar en esas naves, la diversión que ello representaba, que me vinieron muchas ganas de volar.

En primer lugar la travesía duraba mucho menos, se viaja en forma silenciosa, sin ruido, como en una carretera bien pavimentada, y la comida que sirven, dicen que es digna de reyes y sin mencionar a las hermosas chicas que le atienden con una dulce sonrisa, se come hasta cuando no se tiene apetito, qué más... un viaje así, se disfruta.

Recuerdo bien los "viajes" que realizaba hace unos cincuenta años atrás, cuando iba de mi pueblo con Reb Iosef Wolf el cochero, en su carreta tirada por dos caballos tan raquíticos que se le veían claramente los huesos y cuando uno llegaba con ellos a una cima, uno se apiadaba de los pobres animales, se bajaba del carro y seguía caminando a pie, por lástima de las bestias! Y cuando se bajaba la montaña, era peligroso ir sentado en la carreta, entonces uno se volvía nuevamente caminante. Así nos las arreglábamos hasta llegar al otro pueblo.

Hoy en día, gracias a dios, uno pudo llegar a ver los adelantos logrados, cuando en pocas horas podemos volar de un país a otro, por que no aprovechar el progreso y hacer esa travesía, una que perdure durante largo tiempo en la memoria. Por eso mismo me propuse, sin importar cuando, pudiese salirme con mi gusto y este viaje a Brasil lo iba a efectuar en un avión jet.

Desde mi país de las montañas, salí en un avión que tomó más de cinco horas para llegar a Buenos Aires y desde allí me conseguí un pasaje para ir en el avión jet directo que debía transportar mis sesenta kilos en forma segura a Brasil. Se me dijo que me presentara en la oficina de la compañía de aviación alrededor de las cuatro de la tarde, pero como me gusta hacer las cosas con anticipación y por cualquier eventualidad, llegue media hora antes de la fijada y luego de pesar mi equipaje y revisar mis documentos, me invitaron a tomar asiento y esperar. Naturalmente hice caso, me senté y esperé una hora y media hasta que lentamente llegó el ómnibus que nos llevaría a los pasajeros al aeropuerto de Ezeiza, desde donde el jet debía transportarnos, en unas dos horas, a San Pablo. Ya en el aeropuerto, se nos hizo formar fila nuevamente, se nos revisó nuevamente los documentos, nos entregaron unos papelitos y se nos hizo esperar nuevamente. Esta espera ya no fue de minutos sino de varias horas, hasta el punto que yo ya me estaba preparando para pernoctar en un hotel cercano. Finalmente se oyó la buena nueva, debíamos subir a la gran ave de acero, la cual nos estaba aguardando para llevamos allí donde cada uno de nosotros lo necesitase.

Como es debido, me até el cinturón, valga la comparación, como mi religioso abuelo, Olev Hasholem, que en paz descansa, lo hacía para rezar. El capitán nos informa la cantidad de kilómetros que íbamos a recorrer para llegar a Montevideo, y en que tiempo y yo mientras tanto pensé que el capitán estaba cometiendo un error, ya que en la compañía área me habían vendido un pasaje para volar en el jet "directo". Pero vaya uno a preguntar, si se encuentra atado al asiento del avión. Después de una hora de vuelo llegamos sanos y salvos a Montevideo, donde

aterrizamos para tomar un poco de aire, también una coca cola, por así decirlo y en unos veinte minutos el jet "directo" estuvo pronto para ir rumbo a Porto Alegre.

Se hizo noche y nos sirvieron una rica cena, las azafatas sonreían y nos decían en portugués como se estila en Brasil *calmo no Brasil* y así llegamos a Porto Alegre donde nuevamente aterrizamos y descansamos en tierra unos cuarenta y cinco minutos. A media noche, escuchando *calmo no Brasil*, llegamos lentamente al aeródromo de Vira Copos, desde donde el viaje a San Pablo en coche no demora más que Dos horas y media. El calor era insoportable, la sed inaguantable así que cambie un dólar por el que me dieron cerca de medio kilo de cruzeiros, que me permitieron comprar una coca cola bien helada.

Luego de hacer los trámites pertinentes concernientes al pasaporte y otros afines en la aduana, lo cual no llevó nada mas que media hora, subimos a un ómnibus en viaje a San Pablo, pero casi enseguida que tomamos carretera, nos encontramos con otro ómnibus que se encontraba atascado, sin querer marchar por nada del mundo. Ante esta situación, todos los pasajeros conjuntamente con el chofer bajamos de nuestro ómnibus, para ver que era lo que sucedía. El chofer trabajó duramente, los pasajeros miraban y después de media hora de ardua lucha logramos que el ómnibus atascado comenzara a marchar y nuestro ómnibus arrancó tras él y así llegamos con gran alegría a las tres de la madrugada a San Pablo y ya para cuando llegué en un taxi al hotel, el gallo daba su primer canto. Había comenzado a aclarar. Cuando empecé a hacer cálculos respecto al tiempo invertido en el rápido viaje en "Jet directo" de Buenos Aires a San Paulo, resultó que el mismo había durado un poco mas de once horas. Por eso resolví, que desde ese momento en adelante iba a viajar en aviones comunes y ya iba a confiar más en los aviones jet directos que hacen el viaje *en un santiamén*.

--- 0 ---

VEO TELEVISIÓN... ESCUCHO TELEVISIÓN...

Durante largos años me cuidé de ello como de una plaga, Mis conocidos y amigos continuamente me recriminaban -por qué no te compras un aparato de televisión? Todos ya tienen uno, hasta en los pueblos mas lejanos ya aparecen y tu, un hombre moderno, no tienes un aparato de televisión? Por Dios! Una verdadera vergüenza! Parecería que no vivieras en el siglo veinte y ese tipo de cosas.

De esta manera me hablaban tratando de convencerme, tratando de que tome conciencia. Pero con distintas excusas lograba zafarme de este asunto, como si de manera instintiva me diese cuenta de que este aparato distorsionante llamado televisión me proporcionaría más problemas que satisfacciones. Y efectivamente, maldigo el día en que me trajeron ese artefacto a mi hogar, Es conveniente que Uds. se enteren como fue.

Un sábado por la noche, cuando nosotros, es decir, yo y mi esposa fuimos invitados a jugar a las cartas a la casa de unos amigos y en la casa se quedaron mi hijita con mi hijo y la empleada, una firma de televisión local me envió un aparato de televisión a *prueba*, por así decirlo, dejando el mismo funcionando y cuando yo con mi esposa volvimos, oímos la música de un tango proveniente de nuestro hogar. Pensamos que nos habíamos equivocado, que no era nuestro hogar, porque no era posible, si nosotros no teníamos televisor, si no habíamos comprado ninguno y tampoco pensábamos hacerlo. Pero al entrar a casa, enmudecimos, sobre la mesa había un enorme aparato de televisión bien colocado, mostrando escenas de *Lo mejor y lo mas lindo*. Mi hija se encontraba manipulándolo, cambiando los canales, cambiando la imagen y tanto mi hija, como la empleada y mi hijo pequeño me dieron a entender que por el aparato se puede oír y ver todo lo que uno desea, música ligera, conciertos, discursos, se puede también ver un lindo ballet y diferentes espectáculos para niños.

Mis hijos dicen que ahora no se van a aburrir cuando nosotros no estemos en casa y lo mejor de todo, como no tengo la plata para abonar enseguida, el señor encargado de la firma dejó el aparato, sin cobrar nada.

Yo miré a mi esposa, ella me miró a mi, y ambos miramos el aparato. No podíamos comprender todo este asunto. Uno sospechaba del otro, que quizás el hubiese encargado el aparato. Luego se me cruzó por la mente devolver el aparato, pero mis hijos me rogaron que no lo hiciese. Que me molestaría que en mi casa también tengamos un aparato, como en hogares decentes y con el cual uno pueda enterarse lo que sucede en el mundo? El diablo también se apoderó de mí, y empecé a oír y a mirar las imágenes que se veían en el aparato.

Desde ese entonces mi casa se transformó en un verdadero infierno, mi familia no se pone de acuerdo sobre los programas. Mi hijita adora el canal 7, donde dan programas culturales y educativos, ella lo necesita para la escuela, mi hijito quiere ver los programas cómicos, donde cuentan chistes que hacen a los niños revolcarse de la risa, y si se pone otra estación, el hace huelga con la comida. Mi mujercita, por su parte, quiere ver los programas de conciertos que dan en otro canal. Mi vecino quiere escuchar las noticias, según él, el informativo televisivo es más importante que lo que trae el diario, por otro lado, mi suegra se pasa preguntando cuando será el festival judío ya que quiere escuchar canciones judías que cantan las niñas, mi empleada quiere mirar algo de su interés. ¿Qué más les puedo decir? Hasta mi anciana madre que se está acercando para abandonar nuestro mundo pecador, se pasa preguntando si por *este aparato* se puede oír las hermosas canciones que antaño se escuchaban por el gramófono, como ser *Una carta a mi madre, Dios tiene razón en su juicio*. Los niños dejan de lado el estudio, la empleada deja de lavar para mirar también la televisión. Y yo? Yo me quedo sin habla, después de todo, cual podría ser mi opinión con toda esta gente opinando de diferente manera. Y si por esas casualidades quiero leer tranquilamente un diario, no lo puedo hacer, pues cada uno pretende otro canal, se pasan cambiando de estación, y hay un ruido infernal, parece el fin del mundo, pero mis vecinos me envidian, después de todo yo tengo televisor y se que es lo que acontece en el mundo

ME CONVIERTO EN CORREO A BRASIL

Realmente no sé como gente en Bolivia se enteró que yo viajaba en unos días a Brasil, es cierto que no era ningún secreto el hecho, pero tampoco lo anduve proclamando a los cuatro vientos. Pero lo cierto es que se enteraron. Uno le fue diciendo al otro y como el correo entre Brasil y Bolivia es malo, lento y muchas veces las cartas se pierden, hubo un caso en que una carta de Bolivia tardó la friolera de seis meses en llegar, era una real suerte que yo viajara para enviar conmigo las cartas. Y como me conocen hace años, y saben que nunca me negué a transportar paquetes durante mis viajes, sabían que no me iba a negar a llevar unas simples cartas. Comenzaron a lloverme cartas para llevar. Algunas simples, otras que contenían *algo* adentro y también cartas a las cuales tenía que agregar algunas palabras, es decir, hablar con quién las iba a recibir sobre el contenido de la carta, también cartas de padres cuyos hijos están en Brasil y que últimamente habían dejado de escribir y cada uno me repetía lo mismo, que tenga cuidado con su carta y la entregue tras mi llegada, ya que es algo muy importante y uno me dijo que aunque podría mandarla por correo certificado, como tiene una oportunidad tan buena, prefiere hacerlo conmigo.

Es de suponer que día a día el paquete con cartas fue aumentando. Dos días antes de mi partida, viendo que las mismas no entrarían en mi porta documentos de viaje, me compré un portafolios, para que las mismas pudiesen viajar cómodamente adentro.

La mayoría de las cartas iban dirigidas a Bom Retiro, pero también había para otros barrios, para oficinas de la ciudad y otras cartas y paquetes tenían que ser entregados en Santana, San Caetano, Santo André, etc., lugares lejanos para los cuales tenía que tomar dos buses y todavía caminar un poco. Pero no quedaba bien negarme ante mis amigos bolivianos, los cuales no podían dejar pasar una oportunidad tan buena.

Y varios de ellos todavía me encomendaron un trabajito, que no sea haragán y que les envíe *unas líneas* inmediatamente después de haber entregado las cartas. Después de todo, me decían, Ud. no tiene problema en escribir, está acostumbrado a hacerlo, Ud. es escritor.

Un día antes de mi partida me sucedió una desgracia, me robaron mis documentos junto con los pasajes, y lógicamente tuve que retrasar mi viaje hasta obtener nuevamente mis documentos, estaba completamente desilusionado.

En seguida de que la gente se enteró de que aún no había viajado, hubo un gran movimiento a mi alrededor, protagonizado por las personas que me habían entregado las cartas y los paquetitos. Me preguntaron como había sucedido el robo, en que ómnibus había viajado, cuando pensaba ir a Brasil, que si ellos hubiesen sabido que yo aun no tenía fecha de viaje hubiesen mandado las cartas por correo y dado que se sentían defraudados quisieran enviar una cartita más junto a un paquetito y ellos estaban seguros de que yo no me opondría y casi todos aseguraban que el paquetito no iba a ser grande, a lo sumo de 2 o 3 kilos, sobre lo cual no vale la pena discutir, es una bobada...

Me di cuenta que estaba embromado, que la cosa pintaba fea, cada día llegaban más cartas y paquetitos, por lo cual comencé a apurarme para irme lo antes posible y sacarme de encima el problema de las cartas. Pero, para no creer, estallo una huelga de aviones y me ví obligado a postergar el viaje por otros diez días y mis amigos bolivianos no se quedaron quietos. Las cartas y los paquetitos comenzaron a crecer como las deudas de un comerciante quebrado. Llegaron más cartas y mas pequeños paquetes, remedios para ser enviados a Brasil, ya que allí no se los consigue. Comencé a preocuparme hasta que Dios se apiadó de mí, la huelga momentáneamente se interrumpió y yo de buen ánimo y cargado con pesados paquetes conteniendo varias docenas de cartas pude finalmente llegar a San Pablo y de esta forma me salvé de quedar enterrado en correspondencia.

Demás está decir que pague una interesante suma por exceso de equipaje. En la Aduana me miraron de forma sospechosa. Durante tres días trabajé duramente entregando las cartas y los paquetes a sus destinatarios como un auténtico cartero. Pero todas estas son tonterías, lo más importante fue que mis amigos y conocidos de Bolivia tuvieron una buena *oportunidad* y todo debido a que el correo entre Bolivia y Brasil es tan malo que las cartas tardan mucho.

--- 0 ---

PROBLEMAS POR MI FOTOGRAFIA

Varios de mis amigos bolivianos en San Pablo, me dijeron que un intelectual alto y de lentes negros, con un portafolio en la mano, me busca en la ciudad y no me puede encontrar. La curiosidad comenzó a picarme, más aun cuando uno de mis amigos me comunicó de que el susodicho *intelectual* le mostró un álbum con páginas ilustradas de revistas, en la cual vio mi fotografía junto a la de otras personas, un cierto grupo, un comité, del cual yo parecía ser el secretario, como es costumbre mía de años.

El asunto comenzó a interesarme, quien podía ser este hombre? Me preguntaba a mi mismo, diversas ideas rondaban mi cabeza, quizás había recibido algo de un hombre rico de Norte América, el cual es un mecenas de la literatura iddish, el cual leyó mis artículos humorísticos y hasta el día de hoy no se de premios o Dios me había ayudado y se me había muerto un familiar rico del África, que me había dejado a mí, su *único* heredero, una gran fortuna. Y con estos pensamientos en mente, comencé a pensar acerca de mi gran familia en este mundo, hasta se me cruzó la idea de que hubiese recibido un gran regalo de un *fiel lector*, el cual estaba muy enfermo y no podía dormir durante largas noches y cuando le dieron para leer mis escritos, se durmió enseguida. Resumiendo, pensé, medité, indagué, no dormía de noche, no comía de día y no podía dar con la pista de quién era este personaje y mientras tanto, él tampoco se quedo quieto, había averiguado hasta mi número de teléfono para llamarme. Por casualidad, no me encontró en casa, pero como dice el refrán, *cielo y tierra se comprometieron a que todo se resuelva*, y Dios ayudó y cuando unos días mas tarde entre al café *Jabí Vi* a tomar, como siempre, un cafecito, me encontré con el susodicho intelectual tomando una coca cola.

En seguida alguien le comunicó que ese que estaba sentado era yo. El me observó durante algunos minutos para ver si era realmente el importante personaje a quien el buscaba. Acto seguido, me saludó con un gran Sholem Aleijem (augurios de tranquilidad), me invitó a su mesa y sin decir una palabra, sacó de su portafolio el álbum con las revistas, las hojeó hasta que encontró mi fotografía de cuerpo entero y luego de que yo también me ví, me dio a entender que vino a San Pablo y también a otras ciudades brasileñas, para dar a conocer la única revista en iddish y español que aparece en Buenos Aires, por la cual yo, como escritor, periodista y hombre de cultura debo ayudarlo en su sagrada misión, tal como yo ayudaba a todos los shlijim (emisarios que llegaban) en mi anterior nación, Bolivia.

Traté de defenderme, comencé a tartamudear es que yo mismo aún soy extraño en estas tierras y no conozco a los judíos que están desesperados por una revista en iddish y español. Pero mi interlocutor no me permitió hablar. El me dio a entender que por ahora necesitaba una pequeñez, como él debe en el hotel unos simples cincuenta dólares, los cuales casualmente no tiene con que pagar, me pide que le trate de solucionar el problema de buenas maneras y no contento con ello y sin esperar mi respuesta, sacó del bolsillo una cuenta de hotel en la cual se veía claramente impresa su deuda de nada mas ni nada menos que cincuenta dólares.

Enmudecí, comencé a pestañear, trate de pasar desapercibido, de esfumarme, y este personaje todavía acotó que mis amigos bolivianos le habían asegurado, que solo yo podía resolverle éste problema, debido a que yo era competente en esa materia. Tal. Como comprenderán mis queridos lectores, no realice esta acción por obvias razones. Quise escaparme del café, buscaba desesperadamente a alguien que pudiese salvarme de ese apuro, hasta que Dios se apiadó de mí, y uno de mis conocidos me llamó a su mesa por un asunto urgente, por lo cual le estaré agradecido toda la vida. Me excusé, le pedí que no se enfadara por tener que interrumpir la conversación, me despedí con la promesa de encontramos mas adelante y pasé a la otra mesa. Recién al tomar el cafecito pude respirar mas tranquilo.

Y todo esto me sucedió debido a mi fotografía la cual estaba impresa en la revista ilustrada iddish-español, de hace varios años atrás.

--- 0 ---

ME OCURRIO UN MILAGRO

Me rompí la mano al caerme de un tranvía en Buenos Aires, una ciudad que cuenta con más de cuatro millones de personas, no es algo poco común, a cada paso uno se encuentra con cientos, por no decir miles de hombres y mujeres, con brazos atados, pies vendados, con bastones y sin bastones. Parte de ellos, tienen las manos atadas sobre una madera especial, la cual se asemeja a un avión y los más *afortunados* tienen las manos o las piernas enyesadas, atadas con un pañuelo y prosiguen su andar, algunos con una pierna, otros con una mano, sin lamentarse al respecto. Después de todo, es algo que sucede a diario, además en el gran Buenos Aires encontramos a los verdaderos profesionales, como ser choferes de taxis, de ómnibus, de tranvías, guardias, los cuales demuestran sus conocimientos, matan, mutilan, arrastran, pasan por encima, o simplemente lastiman a muchos diariamente.

Yo también me encuentro entre las *afortunadas* víctimas que solo obtuvieron un brazo roto y nada más, pero luego de pasar por todo el trámite de ir al sanatorio, esperar al médico, hacerme una radiografía, enyesarme la mano como cuando se colocan las cintas de los tefilim, por treinta días, comencé a sentirme un poco desgraciado, una mano que me sirvió fielmente durante seis décadas, de golpe y porrazo termina vendada. El primer día me sentí como un preso juzgado y condenado a permanecer un determinado tiempo tras las rejas y de repente es enviado a un lejano lugar.

Pero los verdaderos dolores de cabeza y problemas comenzaron en mi casa y yo creo que no voy a sufrir del "jibut hakeiver" dado que el sufrimiento que padecí como consecuencia de mis amigos, vecinos y conocidos, servirán para perdonarme todos los demás. En seguida que llegué del Sanatorio a mi casa, luego de que el médico, la enfermera y la administración del sanatorio, se encargaran de sacarme un *par de dólares*, dejándome prácticamente limpio, como eran días previos al Iom Kipur, no había dinero en el bolsillo.

Comencé a pensar en mi desgracia del brazo roto y llegaron vecinos, amigos, colegas, periodistas (en una desgracia así no hay envidia entre los colegas periodistas) y simples judíos que pasaban y se enteraron de mi triste accidente y todos me preguntaron, averiguaron, comentaron, pidieron, que les contara con lujo de detalles, como era que había sucedido, ya que conocen que por naturaleza soy una persona tranquila, que no salta, que no arriesga su vida saltando de los tranvías.

Más que todos, me mortificó un vecino, un hombre sabelotodo, estratega, gran conocedor de calles, tranvías, omnibuses, que conoce Buenos Aires hace 45 años. Sucede que yo le conté en forma inocente como había sucedido, fui a entregar a un conocido algo que había traído de otro país el día anterior, y me apuré para volver a casa, tomé el tranvía con ambas manos y mis piernas se quedaron colgando en la calle. Me caí, me levantaron y el resto ya lo saben Uds.

Mi amigo y vecino pensó un instante como viejo conocedor y me habló de esta forma:

-Ud. sabe, mi querido amigo -me dijo con voz dulzona- Ud. ha tenido mucha suerte, realmente ha sido muy afortunado, ha sido una desgracia con suerte, por cierto que sus antepasados en el paraíso se preocuparon por Ud., ha vuelto a nacer, esto solo puede pasar una vez en 50 años, pues imagine -prosiguió diciendo mi amigo- soltó las manos, cayó sobre las piedras, el tranvía podría haberle cortado las piernas, ni mas ni menos y podría haber llegado atrás el ómnibus 155, el cual podría haberle aplastado la barriga (no está mal, mi cabeza no la nombró) y hubiera sido muy común, muy natural, que su cuerpo no pudiese ser luego reconocido, por eso, siéntase feliz y contento, que todo terminara *tan bien*, es seguro que Ud. tendrá un año feliz.

Luego de su veredicto, mis otros amigos tomaron la palabra. Uno contó como su hermano -Dios no permita que suceda- se cayó de los escalones y se rompió ambas manos y una pierna. Le

enyesaron ambas manos y se las entablillaron para poder apoyarlas, el cuerpo estaba rodeado de hierros y ni que hablar de la pierna, dormía sentado y le tenían que dar de comer y estuvo así durante 3 meses. Luego de eso recién comenzaron los dolores de cabeza, masajes, baños de sal, ir a Carué, en fin, *tuve suerte*. No me sucedió nada! Uds. que piensan? No hay caso, soy un *hombre afortunado*.

Al otro día mi mano se puso negra, amarillenta y de colores verdosos y mi vecino el sabelotodo y estratega, vino y yo le mostré lo que sucedía, él me dio ánimos y me dijo que eso no era nada! Me dio a entender que la sangre quedo estancada, las venas no funcionan y no es nada más que eso y yo tuve mucho miedo, pensé que -Dios no lo quiera- me iban a tener que amputar la mano y luego, dentro de 120 años llegar al otro mundo con una sola mano, qué es eso? Y mi amigo me dio ánimo, eso si estaba bien.

Dos semanas más tarde, la mano comenzó a picarme terriblemente, sufrí muchísimo, pero mi amigo se reía y estaba muy contento, *eso esta muy bien -decía- ahora se sabe que se esta curando!* Yo sufría horrores, me mordía los dedos al no aguantar el dolor, y mi amigo decía que estaba bien. En pocas palabras, nadie se apiadó de mi, a no ser mi esposa, mis hijos, mis cuñados, todos los demás trataban de mostrarme de una u otra forma que tengo que estar feliz, que todo podría haber sido mucho peor y que la saqué barata.

Cuando llegaba alguien que no sabía nada de lo *afortunado* que yo había sido y viendo mi mano vendada me preguntaban que era eso, yo con gran alegría les decía:

-Ni pregunten! He tenido gran suerte, soy un hombre afortunado. ¡La saqué barata! Solo me rompí una mano, muy pronto voy a hacer un banquete y un kidush en el Shil (agasajo en la Sinagoga) y le pido un gran favor, quizás Ud. sepa donde vive el conductor del tranvía del cual me caí. Yo lo voy a invitar junto con su familia a la fiesta, ya que es el invitado principal de esta algarabía, si no fuera por él, yo no habría llegado a esta fiesta.

--- 0 ---

VOY A TOMAR BAÑOS TERMALES

Yo también soy víctima de las grandes lluvias, pero gracias a dios mis predios no se inundaron, la mercadería del negocio no se humedeció, ni mis árboles fueron arrancados. Simplemente, como llovió en forma torrencial durante varios días seguidos, se me despertó el viejo reumatismo de la pierna izquierda y comenzó a causarme fuertes dolores en la rodilla y noches sin conciliar el sueño.

Cuando algo así me sucedía en mi país, Bolivia, yo sabía que hacer, alistaba mi bolso y me iba a Urmiri, lugar que todos los judíos bolivianos que viven últimamente en Brasil, recuerdan y conocen muy bien de las bondades de sus baños termales.

Mientras la lluvia se tomaba más fuerte día a día, el dolor de mi pierna se acrecentaba proporcionalmente y cuando ví que el friccionarme con ungüento, el envolverme la pierna y cosas parecidas, no servían para nada, busqué consejo de alguno de mis amigos bolivianos que hace mucho que viven en Brasil, para que me dijese que hacer, por unanimidad, todos dijeron: baños! Pero no se ponían de acuerdo, algunos decían que tenía que ir a San Pedro, ya que el agua allí es más fuerte que en Pozos, y los otros afirmaban que tendría que ir a Pozos de Caldas *de donde decían- iba a volver renovado, sano y fuerte como un roble*. Finalmente vencieron los de Pozos de Caldas, y un día lluvioso (qué día era aquel en que no llovía?) llegué en buena hora, al hermoso paraje que los judíos llaman en forma más corta Pozos.

El dueño del hotel "Cosmos", oriundo de Varsovia, junto a su esposa, me recibieron amablemente cuando se enteraron que yo era periodista, me comentaron que el hotel era conocido por los de mi gremio, y que yo también iba a salir contento. Viendo al dueño y a su esposa, con sus físicos nada despreciables, comprendí que no iba a pasar hambre.

Luego de un chequeo médico, donde me examinaron, me tomaron la presión, analizaron mis piernas, golpearon con los dedos mi espalda, me auscultaron, me palparon el estómago y otras manipulaciones por el estilo, obtuve un certificado en el que constaba que estaba autorizado a exponerme por quince minutos diarios. Después de la primera inmersión, empecé a tomar contacto con mis conocidos, hermanos en desgracia, los cuales no eran novatos en esta cuestión de los baños. Me preguntaron cuando había tomado el primer baño, y cuando les comenté que lo había hecho después del desayuno, uno me dijo que no lo haga más, ya que es muy peligroso y que tras levantarme, como a las siete de la mañana, debía de tomar el baño, llevar conmigo una toalla, envolverme bien, y no olvidar de llevar conmigo un sombrero, porque es peligroso volver sin sombrero después del baño (e hizo mucho énfasis en la palabra "peligroso" que utilizó varias veces). Continuó diciéndome que después del baño, debía descansar durante media hora y transpirar, me recalco que debo transpirar. Yo le prometí que iba a seguir todas sus instrucciones.

Al día siguiente por la mañana, seguí las indicaciones de mi compañero. Me fui a bañar en ayunas, llevé conmigo una toalla muy grande con la que me envolví, me puse un sombrero, me senté y descansé, pero no hubo manera de hacerme transpirar. Cuando al medio día me senté en una mesa junto a mi otro compañero, éste me preguntó: *cuándo se bañó hoy?* y cuando le contesté que en ayunas, me miró entre sorprendido y enojado. *Como puede ser -me dijo- que usted se bañe antes de desayunar, cuando el agua aun está fría, así se puede resfriar, se ve que usted es de Bolivia. Uno se levanta -me dice instruyéndome- lo primero de todo, desayuna, luego de un corto paseo por el jardín se duerme una siesta, luego uno se baña, así lo he hecho yo durante veintidós años.*

Para dejar contentos a mis dos amigos, los buenos vecinos, les hice caso a ambos, un día me iba a bañar antes del desayuno cuando el agua aun estaba fría, y otro día lo hacía después del desayuno, ya que no me servían de nada, que por lo menos hubiese paz.

Luego de permanecer varios días, sentí que los dolores no disminuían y cuando le transmití la noticia a mis amigos, los vecinos del hotel, uno me recomendó que tome "Shikotes" (un chorro de los bomberos del viejo hogar), según él, esto da calor, hace que circule la sangre, que las venas funcionen, y ya que es algo tan bueno, hay que aprovecharlo. El me aseguró, que los dolores se me iban a ir *como por arte de magia*.

Esto lo escuchó mi otro vecino quien se empeñó en demostrar que lo que el otro sugería no servía para mí. Aseguró que en lugar de "shikotes", tome "Circular" que su médico de San Pablo le recomendó, y si eso tampoco me ayuda, me dijo que existe un aparato para colocar en el una o ambas piernas, u otro aparato que parece un barril, donde se puede entrar de cuerpo entero, que ya ayudó a mucha gente. Pero, mas tarde cuando conocí y examiné la maquina, ésta parecía querer tragarme, me asuste y pensé que si entraba ahí, no salía vivo, por lo cual renuncié a esta cura.

Traté de convencerme de que me sentía mejor, después de todo estaba en los baños termales, mientras tanto, otro amigo me trajo un ungüento que hizo que mi pierna se inflamara y quemara, pero el dolor no disminuía aunque yo seguía con la esperanza de que se me iba a aliviar. Varios conocedores de baños termales, me dijeron que los efectos de la cura de los baños, recién se notan dos meses después. Así que pensé que mientras tanto podía volver a San Pablo a esperar que transcurran los dos meses para mejorarme y mientras tanto mis amigos bolivianos, los hinchas de San Pedro se vengaron, con voz triunfal me decían: *no te decíamos nosotros que solo San Pedro te iba a ayudar?*

Luego de mi regreso a San Pablo, sentí que los baños le hicieron muy bien a mis juanetes que también me causaban grandes problemas. En lo que respecta a mi pierna izquierda, pienso ir a Bolivia, a los verdaderos baños que hay allí.

--- 0 ---

DEBO PERDER PESO

Estuve viviendo durante muchos años en las alturas de mi país, Bolivia, una vida tranquila y amena, sin tener que vérmelas con doctores, farmacias, recetas, consejos médicos de buenos amigos que solo buscan salvarme, verme sorprendido por las modernas plagas, como ser la presión alta, o escuchar *esta comida no es buena para el hígado, la otra comida engorda y eso no sirve para el corazón...*

Yo vivía normalmente con mi peso, el cual se adecuaba a un personaje como yo. Cuando rebajaba dos kilos de mi peso normal, no era ninguna tragedia, me iba hasta Buenos Aires y en el transcurso de cuatro semanas "recuperaba" tres kilos, de modo que me quedaba un kilo de reserva. Esto sucedía durante muchísimo tiempo, y yo había pensado que acabaría los años que Dios me había dado, en esta forma, pero no fue así. Se los contaré.

Hace algunos meses atrás, llegué a San Pablo proveniente de las alturas de Bolivia, naturalmente con mi peso normal de hace tantos años. Pero como aquí la comida en general, y la de mis amigos en especial, es mucho más rica que en mi patria, sin darme cuenta, comencé a ganar peso. Se entiende que la culpa de esto la tuvieron en cierto sentido mis amigos, en especial sus esposas que me ofrecieron los mejores manjares, como si fuera alguien muy especial (an eidem oif kest). Así, lentamente comencé a aumentar un kilo cada dos semanas. Pueden imaginarse que en varios meses mi cuerpo se vio redondeado y "enriquecido" con varios kilos de más. Comenzó a surgir el peligro de tener que vender toda mi vestimenta y hacerme una nueva, ya que todo me quedaba ajustado. Cuando me di cuenta que este juego era para el diablo, me rendí y decidí consultar a un médico.

Pero el hecho de ir a un doctor, tampoco es cosa fácil. En la zona judía de San Pablo, hay suficientes doctores judíos (mas vale no necesitarlos). C

Abundan los jóvenes doctorcitos recién salidos del cascaron, a muchos de ellos los recuerda aun mi amigo Shloimele, cuando festejaron su Bar - Mitzvá.

Consulté con mis amigos sobre a que médico me recomendaban, y ahí comenzó una verdadera pelea. Cada amigo quería que yo fuese a *su* doctor, dado que *solo él* puede hacerme perder peso.

-Él, mi doctor, -dice mi amigo- no es como los demás médicos que lo asaltan a uno y son parcos e indiferentes, el tiene paciencia con los enfermos, no como los otros que no le explican nada y que para cuando uno le va a preguntar algo, ya le esta dando la mano con un "hasta luego", le hacen creer al paciente que tiene algo grave y de esa forma le exprimen durante varios meses.

En resumidas cuentas, luego de estudiar una docena de médicos, me decidí por uno, con el cual se podía conversar, aunque jamás lo necesitemos. A la hora fijada, llegué con mi amigo al consultorio del médico con quien se podía hablar, y en un abrir y cerrar de ojos, me encontré recostado en una camilla, como todo un señor. El médico comenzó con su tarea, tomar el pulso, tomar la temperatura, revisar los latidos del corazón, dar unos golpecitos en la espalda, auscultar los pulmones, me mandó hacer un análisis, me golpeó con los dedos la cintura, me apretó la barriga y todos los costados mirándome a los ojos. Lo principal, me tomó la presión y diagnosticó que tengo presión alta! Y esto no le gustaba, *no es bueno* -me dijo. Yo le aclaré que a mi tampoco me gustaba. Después me pesó y viendo que tengo un sobrepeso de seis kilos hizo una mueca y agregó que tomando en cuenta mi altura, mi peso era desproporcionado, por lo que debía bajar de peso. Ahí recién comenzaron mis problemas.

Cuando el médico me indicó los alimentos que estaban prohibidos, se me vino el alma a los pies, dense cuenta porqué: pan (ni siquiera probarlo), las tortas (son para mi veneno), las papas (prohibidísimas), la carne asada (ni siquiera probarla salvo que este bien hervida en la

sopa), el hering (ni siquiera acercarme a él, ni para olerlo), los fideos (no puedo ni mirarlos), los huevos (no son sanos, salvo que los pueda tomar). En una palabra: después de leer la receta médica, me di cuenta que no puedo comer otra cosa que arroz con arvejas, tomar Coca Cola caliente y si llegara a tener hambre, puedo comer "una" mandarina o una manzana.

-Pero señor doctor, -le dije- eso lo puedo comer hasta cuando estoy satisfecho...

Parece cosa del diablo, pero todos los días recibía invitaciones para ir a banquetes, matrimonios, brit-milá (acto de circuncisión), despedidas de gente que se va a Israel, aniversarios y diversas invitaciones privadas para almuerzos o cenas. Una paisana mía a quien conozco ya hace muchos años me invita a comer un buen pescado con puré! Yo hablé, conté, expliqué tartamudeando, pero no resultó! Ella me insistió en que podía comer bajo su responsabilidad. Me tenía que defender de las queridas señoras de mis amigos y explicarles pacientemente de que estaba a dieta, que tenía que cuidarme con la comida ya que debía perder peso. Mis amigos me miraban con tristeza, movían la cabeza y me dan consejos de como perder peso. Uno de ellos me dijo que día por medio tome un baño turco, ya que de esa manera perdería seguramente un kilo adicional. Otro (que es medio ieke, es decir medio alemán) me dice, que tengo que correr todos los días, que haga un "paseo" de cincuenta cuerdas para salvarme. En cuatro semanas podría concursar con Mahatma Gandhi, que en paz descanse. Pero yo les explico a mis amigos que todo esto es imposible para mi, dado que de mañana mi amigo me lleva al negocio en el auto, y por la noche mi vecino me lleva de vuelta a casa también en el auto, por lo tanto no puedo ni correr ni caminar, salvo de noche.

Mientras tanto, estoy en problemas: ayuno, saboreo tostaditas con arvejas y de no ser por los lindos viernes de noche en los que como en lo de mis amigos, quien sabe si no estaría ya en ese lugar de donde ya no se puede escribir, no solo cosas humorísticas, sino siquiera una carta. A todo aquel que encuentro le pregunto: *quizás sepa usted de algún método para bajar de peso?* Pienso que si mi dieta de ayuno se extiende por otros pocos meses me voy a morir, pero de hambre...

--- 0 ---

CASI ME VOY AL OTRO MUNDO

Escribir cuentos humorísticos sobre enfermos parece contradictorio, pero yo creo que toda enfermedad por más trágica que sea, siempre contiene algo de humor, como que la grave enfermedad cardíaca por la cual atravesé hace poco tiempo atrás, tuvo ribetes cómicos. En este caso, yo no tenía noción de que estaba tan gravemente enfermo, ni siquiera sentí que transcurría un poquito más, y mis queridos lectores y más aun, mis queridas lectoras, se iban a librar de mis escritos de humor...

No recuerdo cuando me enfermé, o mejor dicho, el tiempo en que estuve enfermo, dado que si los médicos hubiesen visto mis ingresos, no andarían en autos de lujo sino que irían a pie como simple seres humanos. Yo recuerdo en el viejo hogar, allá en el pueblito en Europa, que cuando uno se enfermaba (las enfermedades del corazón no existían), se llamaba al enfermero mayor Don Shuel y él llegaba con su cajita negra en la mano, para darle al enfermo uno de los dos remedios que siempre se encontraban en su cajita: una docena de ventosas o un enema, uno de estos dos siempre ayudaba y si no era así, era la voluntad de Dios la que ya había sido fijada en Rosh Hashaná o en Iom Kipur, de que el enfermo se trasladase al otro mundo, allí donde uno nunca está enfermo.

Durante todos estos años en que he vivido en este país de alturas, nunca me sentí mal, como si entre el país y yo existiese un pacto secreto, yo no molesto al país, y este con su "altura" dejara tranquilo a mi corazón y los demás órganos de mis 63 kilos, hasta que sucedió... era una tarde en la cual me encontraba hojeando una serie de diarios y revistas que había recibido de medio mundo, cuando sentí algo debajo del corazón, como si este quisiese salirse, luego de unos pocos minutos todo se calmó y mi corazón comenzó a latir normalmente como todos los demás corazones.

Yo no soy muy partidario de los médicos, pero mis hijos se encapricharon en que era imprescindible que viera a un especialista del corazón, un cardiólogo como se dice en el lenguaje moderno. Cuando llegamos al médico, este como de costumbre, me preguntó cuanto hacía que no estaba enfermo, y cuando le dije que hacía más de cuarenta años, me miró en forma sospechosa. Le conté que siendo niño tuve la "enfermedad inglesa" y desde ese momento se algunas palabras en ingles.

Comenzó la historia tomándome el pulso, midiéndome la presión, apretándome la barriga, mirándome los ojos, auscultando los pulmones, examinándome las piernas, mirándome la lengua, y luego de otros procedimientos, se dedicó de lleno a mi corazón. Examinó, investigó, escuchó como latía, y yo estaba seguro que mi corazón *funcionaba como un reloj* y finalmente el médico dijo que tenía que hacerme un electrocardiograma para estar seguro de su diagnóstico. Me acostó en la camilla como a todo un personaje, me ató con los cinturones y tiras del caso, y el aparato comenzó a funcionar, del mismo salió una cinta con el resultado del electro, y cuando el médico lo vio, su cara se ensombreció, miró a la maquina y me miró con lástima, como si tuviese escondido otro corazón que no quisiese mostrar y me hizo nuevamente otro electro cardiograma, y como mi corazón era el mismo, el resultado fue el mismo que la primera vez. Yo no le hice mucho caso a todo este asunto y ni siquiera sabía que de acuerdo al resultado del electro, era un moribundo y que no faltaba mucho para trasladarme allí donde nada se escribe, ni siquiera una simple carta. El médico me dijo que era imprescindible que descansara y que permaneciese en cama *durante varios días*. Pero él había hablado con mis hijos, entregándoles dos largas listas con medicamentos, tableta, inyecciones, oxígeno, análisis, exámenes de sangre, etc.

El verdadero baile comenzó cuando tuve que instalarme en la cama, me colocaron dos grandes tubos de oxigeno mas grandes que yo, me colocaron una máscara de goma en la cara para respirar aire tanto de día como de noche, y de seguro parecía Gordon Cooper cuando comenzó su famoso viaje por los cielos, y mi nietito Moishle de tres años de edad, cuando me vio

con esa máscara me pregunto si yo realmente me había vuelto piloto y más tarde cuando me vi en un pequeño espejo, me pareció que me asemejaba al pintor de Lodz, de nuestro pueblo, el cual se disfrazaba en Purim como Mejiras Ioser.

Al lado de mi cama se encontraba una simpática enfermera, cuyos ojos me vigilaban constantemente. La mesita de luz se llenó de frasquitos, cajitas, paquetitos. Yo me sentía como si repentinamente me hubiesen metido en una cárcel y donde me estuviesen observando cientos de ojos, hasta los más pequeños movimientos. La enfermera comenzó a "estudiar" los dos largos recetarios del doctor como si fuesen la obra filosófica de Spinoza. Me dieron algo para tomar con una pequeña cucharita y me dijeron que no podía moverme en absoluto, ni siquiera hablar, como si lo que yo dijese, por más simple que fuera pudiese acarrear la destrucción del mundo. Yo temía perder el habla. Vaya pavada, tengo problemas con el corazón! Me hicieron retroceder a mas de sesenta años, cuando también me daban de comer en la boca y yo pensaba que solo así se puede comer. A estas alturas sentí que un poquito más y todo terminaba, que solo faltaba ir a buscar al de las pompas fúnebres.

Por la noche apareció una "enfermera religiosa" vestida con una larga sotana, con cuello alto adornado por un largo y negro collar con una gran cruz en la cual se veía a nuestro rubio hermano, Jesús con las manos extendidas y con la cara sufriente... La religiosa enfermera me saludó con un caluroso "Ave María Purísima", que en lenguaje popular quiere decir "que Dios lo ayude!" Se sentó sobre la cama y su collar se hamacaba de un lado hacia el otro, parecía como si "él" se hamacara al rezar. La "hermana" me dijo que no dijese una sola palabra, que le mostrare todo con las manos Mirándola me saltó el miedo, como cuando era un niño y vi al viejo cura y a las monjas con sus rostros arrugados como viejos pergaminos, ante mis ojos, se presentaron escenas de la inquisición española "los santos jesuitas", el Rey Fernando, Torquemada el maldito, Isabel la Católica, los autos de fe, los marranos, torturadores, etc. Al otro día, luego de una noche de pesadillas, la religiosa enfermera llamó a mi hija a la otra pieza y le pregunto confidencialmente si yo no quería convertirme! Mi hija le contesto que eso era imposible, pero la hermana insistió de que ella hablaría sobre este tema conmigo, y como ustedes suponen mis queridos lectores, de esta negociación no resultó nada.

Tuve tres distintos doctores, y dos enfermeras. Un médico de medicina general, otro, un "sanguinario" que se dedicaba a sacarme sangre para analizar, llegaba de mañana en forma silenciosa a mi pieza, tomaba mi brazo, buscaba "su vena", pinchaba la aguja, sacaba la sangre y salía tan silenciosamente como había llegado. Cuando el ponía la sangre en el frasco, yo recordaba "con la sangre que vivas..."

La noticia de mi enfermedad se propagó por la ciudad y hasta en los países vecinos. Como no se me permitía visitas, comenzaron a llegar cartas, saludos, y hasta telegramas de otras ciudades, por kilos, me deseaban una pronta recuperación, se interesaban por mi persona hasta que la crisis paso y el médico permitió una visita diaria de una hora. Me visitaron amigos, conocidos, representantes de instituciones, presidentes, secretarios y funcionarios. Cada uno con un paquetito bajo el brazo, un regalo para el enfermo. Un hombre, un plomazo, quería a toda costa saber cual había sido la causa de mi repentina enfermedad, entonces le dije: *-esto me vino por la vejez.*

Luego de recuperarme empecé a caminar en casa todos los días durante una hora, estoy aprendiendo a caminar, por ahora he vencido a la muerte, parece que en el cielo todavía tengo algo de crédito. Pero ahora, tengo la gran preocupación de saber que hacer con los paquetes, con los regalos que recibí de todos los amigos, tengo paquetitos de chocolate suizo, caramelos ingleses, frutas californianas, perfume francés, galletitas americanas, vino otros diversos productos, y yo estoy pensando que hacer con ellos, si apenas puedo salir a la calle, talvez abrir un negocio de cosas importadas con la mercadería que poseo, o mandárselas a los amigos y familiares que tengo por todo el mundo...

--- 0 ---

ME ENVIAN LIBROS PARA QUE LOS VENDA

En realidad no recuerdo bien como comenzó todo esto. Hace ya varios "años un escritor de Buenos Aires me envió diez libros para que se los venda a los judíos de Bolivia. Yo cumplí con ese petitorio y le envié el dinero producto de la venta, pensando que con ello daba por finalizado todo este asunto.

Pero estaba muy equivocado, tan pronto como este escritor conocido mío recibió el dinero en Bs. As., me envió una carta de agradecimiento por haber dado a conocer su "obra" y por el dinero que le venía muy bien, ya que andaba necesitado, pero que escritor judío no andaba necesitado de dinero? En la misiva enviada me comunicaba de que yo era un verdadero hombre de cultura, y que era importante que se conociera mi devoción para con la vida comunitaria judía.

Desde ése momento este escritor hizo que me conocieran todos sus colegas, lo cual me trajo aparejando un alud de libros, revistas, libros de poesías y canciones. Me vi enterrado con tanta literatura. En el correo comenzaron a mirarme en forma sospechosa, me preguntaban que era lo que yo importaba, y mientras tanto, cada vez había menos judíos entre nosotros. Los judíos se habían ido a los países vecinos, pero los libros seguían llegando continuamente y cuando yo leía en un diario que había aparecido un nuevo libro de un escritor judío comenzaba a temblar. Como ustedes saben los judíos no compran libros, sino que los venden. Lo peor de todo es cuando me llegan los libros de poesías o de canciones, cuando yo le entrego a alguien un libro de este tipo para que lo compren, lo hojean mientras leen:

La luna pálida brillaba.
El río mojado estaba...
Las estrellas brillaban en el cielo,
y en la tierra reinan la paz y el silencio...

El interesado en comprarlo, lo comienza a mover de un lado hacia el otro, hasta que me llama y me dice: *-usted sabe, mi querido amigo, si usted tuviese un libro que se pudiese leer lo compraría...*

Otro judío me dice: *-usted sabe que no tengo tiempo ni paciencia para leer libros. El único día libre que tengo es el domingo, y el domingo juego al póquer, entonces cuando quiere usted que yo lea libros?*

Yo le contesto: *-Qué dice Ud.? No sabe que este libro es tan fácil e interesante, que usted no necesitará tener tiempo para leerlo.*

Hace un tiempo, un autor me envió una docena de libros que eran grandes y pesados. Estaban llenos de datos, cifras, problemas, cuestiones sociales, más de cuatrocientas páginas, y yo trabajé como un burro para poder "expandir" la cultura de estos libros.

Como es costumbre, recién cobro unos meses mas tarde, pero me pongo contento cuando se llevan la mercancía. Y sucedió poco tiempo después, un escritor me envió varios libros más finos, para que los haga conocer, acompañados de una carta en la cual me daba el título, ni mas ni menos que de "embajador" de la cultura judía y del libro judío en mi país, y agregaba, de que estaba seguro de que yo iba a poder vender su mercancía fácilmente, ya que su libro es fácil de leer (el peso del mismo también era bajo) y que la gente estaría complacida en comprarlo.

Mientras estaba sentado en el negocio, esperando a que cayera algún cliente, que no se veía con frecuencia en estos días, entra un hombre que me saluda calurosamente y me pregunta si todavía tengo algo de esos nuevos libros que recibí la semana pasada. Viendo que era un cliente seguro, lo atiendo amablemente, haciéndolo sentar inclusive. Le pregunto por la salud de su

esposa y de sus hijos mientras que pienso que todavía hay un judío entre el pueblo que esta interesado en comprar uno. Pero mi alegría duró poco, resulta que este buen hombre, lo que quería era que le cambiara el libro gordo por el fino porque se lee mucho mas fácil y agrega que el libro gordo (del cual no me da el nombre) lo compró hace varios meses y que está en perfectas condiciones ya que no lo leyó. Cuanto éste buen señor capto mi asombro agregó: *no se enoje querido amigo, ya que si tengo que agregar algo de dinero para el cambio, lo haré con gusto...*

Otro, se me quejó de por qué le vendo solo libros fáciles o literatura de guerra. El me dice: *-basta de literatura trágica, quisiera leer algo mejor* (no me dice lo que). Y yo le pregunté: *-quizás quiera usted leer a Rambam?* No, me dice y agrega que en el viejo hogar había leído libros de Tolstoi, Turgueniev, Lermontov, Gorki, y si yo vendiese ese tipo de libros, seguro que el me los compraría.

Algunas veces recibo cartitas de algún joven escritor (recién salido del cascaron), que dicen:

-mi querido y distinguido colega, como leí su hermosa correspondencia (me adula de entrada) proveniente de su país, en la cual manifiesta que los judíos allí están deseosos de leer algo en idish, ni que hablar de libros judíos, los cuales reciben tan bien a los artistas judíos, y los cuales se sienten felices de las actividades culturales que se logran, y como yo recién edité un libro que es muy interesante y que se vende rápidamente. del cual la crítica ha hablado muy bien, e incluso el conocido crítico fulano de tal hizo un hermoso resumen en el que alaba mi libro, me tomo el atrevimiento de enviarles algunos ejemplares para que sus coterráneos puedan deleitarse con él, para mi será una gran satisfacción saber que mi obra va a ser conocida por vuestra colectividad, y al mismo tiempo, sacar algo de dinero, del cual yo, como principiante, he invertido y por eso le envío un libro de regalo a usted.

Luego de haber leído esta misiva, no tuve agallas para negarme a su pedido. En primer lugar, dado que se trata de un principiante a quien hay que estimular en su labor, segundo, porque me envía un libro de regalo con dedicatoria y, tercero (que es lo mas importante), su carta me hace saber que el crítico Fulano de Tal estuvo encantado con su libro, y yo no sé que es lo que piensan ustedes, pero a mi no me gusta meterme con los críticos, por lo cual, le pedí que me los enviara.

Algunas veces tengo satisfacciones cuando vendo los libros. Hace poco me encontré con un "cliente" que me brindó el siguiente elogio: *-sabe mi querido amigo, he tenido una gran satisfacción por el libro que me vendió hace dos años atrás. Hace dos semanas atrás fui a las termas, y como no tenía que hacer, ya que no había baraja para Póquer, recordé que mi mujer me había puesto junto con la fruta y las sardinas, el libro que usted me había vendido hacia dos años. Bueno, lo leí, y realmente lo disfruté, y si Dios quiere, cuando el año que viene vuelva a las termas le comprare otro libro, mientras que sea "algo bueno".*

En síntesis, no se preocupen escritores judíos, escriban, que el pueblo de libro compra los libros que dan una satisfacción...

--- 0 ---

EPILOGO

Álvaro Riveros Tejada

La lectura del libro "De dos hogares" de Don Abel Jarmusz Trajber tuvo para mi tres significados muy importantes: Primero, vivir junto al autor las experiencias de esa Europa de antes, durante y después de las grandes guerras mundiales y luego, su plácida estadía en tierras bolivianas. Supo, conducimos por esas ricas experiencias y costumbres judías, tan poco conocidas en nuestro medio; y finalmente, atender el honor que me deparó Don Jacobo Jarmusz, hijo del autor, de escribir estas líneas sobre la obra de su señor padre, la que leí con delectación de artista, toda vez que Don Abel Jarmusz la escribió con humor y gracias extraordinarias.

Rememora pasajes de su niñez, en los pueblitos de Kolo y Kalisz, de su Polonia natal y muchas experiencias en su país de adopción, Bolivia, al cual amó profundamente hasta el mismo día de su muerte. En ese centenar de cuentos que integran su extensa obra literaria nos hace vivir los usos y costumbres del pueblo judío, en medio de una Europa de comienzos del siglo XX, convulsa por las confrontaciones bélicas y amenazadas por los prejuicios étnicos y raciales.

A través de su fina pluma nos conduce por senderos y hábitos sempiternos de las fiestas religiosas judías, que de una forma u otra son el origen de las nuestras. De esta manera retrata, con habilidad extraordinaria, pasajes como el "Pesaj" (La pascua) o el "jametz" (vajilla adecuada y no contaminada que se usa por los ocho días, que dura la celebración de la pascua). Nos describe, con un realismo digno de un libreto cinematográfico a personajes como: el "asesino Kozele" quien no era erudito y tampoco un estricto observante del Minje Mariv (plegaria antes y después de la salida de las estrellas), mas bien era un hombre simple, un judío que de vez en cuando se perdía y se dirigía a la Sinagoga, donde escuchaba decir trozos del "Ain Yakov" (libro que enseña moral). Nadie en el pueblo hubiera creído que este mismo Kozele, que tenía un buen hijo, Sender, fuese el victimador de un judío de un pueblo vecino, al cual había llevado como "pasajero" al otro pueblo. O el cuento sobre "el sepulturero Sholem" que solía apostrofar con inusitada iracundia: "Vean, grandes y chicos, pobres y ricos, como todos terminan en mis manos". Al final, resulta ser quien despojaba a los muertos de sus mortajas, con la finalidad de venderlas, ya que la tela blanca había subido considerablemente de precio.

Finalmente, ya en Bolivia, sus magistrales descripciones humorísticas las traduce en su "casi partida al otro mundo" donde relata que: durante todos los años que le ha tocado vivir en este país de alturas, nunca se sintió mal. Como si entre el país y el existiese un pacto secreto afirmaba: "yo no molesto al país, y éste, con su "altura", dejara tranquilo a mi corazón y los demás órganos de mis 63 kilos"... Hasta que sucedió lo inesperado, un infarto que superó con el mismo humor y dignidad de siempre. Al describir dicho contratiempo describe: "El verdadero baile comenzó cuando tuve que instalarme en la cama, me colocaron dos grandes tubos de oxígeno mas grandes que yo, me colocaron una máscara de goma en la cara para respirar aire, tanto de día como de noche, y de seguro parecía Gordon Cooper cuando comenzó su famoso viaje por los cielos, y mi nietito Moishele de tres años de edad, cuando me vio con esa máscara me pregunto si yo realmente me había vuelto piloto"...

Como firme creyente y convencido de la trascendencia de los espíritus selectos a estadios superiores creo que la obra de Don Abel Jarmusz Trajber es un mensaje de incommensurable amor a su familia, a sus amigos y a la tierra que lo cobijó en distintas latitudes.